
EL HEREDERO
SINCLAIR
JEANNE PARKER

EL HEREDERO SINCLAIR

Hermanos Sinclair I

Jeanne Parker

Derechos de autor © 2025 Jeanne Parker

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Jeanne Parker

TABLA DE CONTENIDO

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo.
Agradecimientos.

PRÓLOGO

La mansión Sinclair se encuentra en silencio. Sus habitantes están profundamente dormidos, incluso el pequeño de la casa, Ethan, de poco menos de un año, que acostado en su cuna es ajeno a todo lo que está por ocurrir y que cambiará su destino para siempre.

La puerta de la cocina se abre muy despacio para dar paso a dos hombres vestidos de negro cubiertos con un pasamontañas. En silencio, suben las escaleras como si conocieran a la perfección la distribución, ya que se dirigen directamente a la habitación del primogénito de la familia.

—Coge al mocoso, y larguémonos —masculla uno de los encapuchados—. Que no llore, o estamos jodidos.

Obedece y, aunque el bebé comienza a gimotear, consigue acallarlo. Con un gesto de la cabeza, insta a su compañero para que salga, comienza a ponerse nervioso.

—Mueve el culo —sisea—. La alarma no ha sonado, y sabes por qué, pero no pienso arriesgarme. No nos pagan suficiente como para acabar en la trena.

—Cállate de una vez —ordena, saliendo al pasillo.

Una luz se enciende y se quedan inmóviles, maldiciendo su mala suerte. El bebé comienza a llorar, y todo estalla en un segundo.

—¿Ethan? —La voz adormilada de una mujer los sorprende—. ¿Quiénes son ustedes? —grita aterrada, corriendo hacia ellos—. Suelten a mi hijo. ¡Richard! —vuelve a gritar mientras forcejea con el hombre que sostiene a su bebé en brazos.

—Cállate, zorra —brama el otro, empujándola. Cae al suelo sin dejar de llamar a su marido, que sale de la habitación alerta—. Si os movéis, me lo cargo —amenaza con una frialdad que los deja congelados, sabiendo que no miente—. Le rompo el cuello al mocoso…

—Por favor —solloza Diane al tiempo que se levanta del suelo tendiendo los brazos con la esperanza de que le devuelvan a su bebé, que berrea aterrado en brazos de su captor—. No sé lo que quieren, pero si es dinero…

—Hagan lo que quieran conmigo —interviene el hombre—. Dejen a mi esposa e hijo en paz. —Furioso, parece dispuesto a abalanzarse contra los malnacidos que se han colado en su casa para amenazar a lo que más ama.

—Van a quedarse quietecitos y callados —se burla el cabecilla—. Vamos a salir por la puerta sin que muevan un dedo —advierte mientras empuja a su compinche para que se aleje.

—¡No! —grita Diane, dispuesta a seguirlo. Recibe una bofetada que la lanza contra su marido—. ¡Ethan! —el bramido desgarrador rompe la tranquilidad de uno de los barrios más caros de Boston.

—No te muevas de aquí —le ordena, saliendo detrás de los secuestradores. Los sollozos la desgarran, y se deja caer al suelo de rodillas sabiendo que no volverá a ver a su hijo. Siente cómo su corazón se parte en dos. Su vida, hasta ahora idílica, se convierte en un infierno del que no podrá escapar.

Los coches patrulla llegan poco después. Ella, conmocionada, responde lo mejor que puede a las preguntas que le formulan mientras Richard permanece a su lado, igual de desolado que ella.

La primera en llegar es Corinne, una amiga de la familia, y que consternada intenta consolar a la mujer de su amigo.

—Lo encontrarán —dice mientras limpia sus propias lágrimas y acaricia su vientre—. No me imagino lo que debes estar sufriendo.

—Quiero a mi hijo —susurra—. Quiero volver a abrazarlo y…

Sufre una crisis nerviosa, por lo que la ambulancia que la policía ha llamado se la lleva al hospital sedada. Su esposo, completamente devastado, la observa dormir mientras recorren la ciudad. Coge su mano y no la suelta, a pesar de que lo que más ansia es salir en busca de Ethan.

Tiene claro una sola cosa, no piensa descansar hasta encontrarlo y, cuando lo haga, los cabrones que se lo han arrebatado sufrirán lo indecible antes de que los envíe al infierno.

—Te juro que lo traeré de vuelta —susurra, una vez se encuentran en una habitación privada del hospital donde meses antes había dado a luz—. Te prometo que no descansaré hasta que nuestro hijo vuelva a casa.

Lo que ninguno de los dos sabe es que tendrán que pasar casi treinta años para que eso suceda.

CAPÍTULO 1

Ethan

Veintiocho años después…

Como cada mañana, me dirijo al gimnasio para entrenar. Dar golpes a un saco de boxeo es lo único que consigue mantenerme cuerdo. Desde adolescente, me ha gustado el deporte, de pequeño jugaba al fútbol, pero con el paso del tiempo, eso no fue suficiente para sacar lo que llevo dentro.

—Buenos días —saludo a la recepcionista que en numerosas ocasiones ha terminado de cansarme después de un par de horas de ejercicio.

—Hola, guapo —devuelve con una sonrisa provocativa—. ¿Cómo te va? Hace semanas que no venías…

—Han sido complicadas —reconozco sin dar más detalles, puede que me la tire de vez en cuando, pero no significa que compartamos ninguna confidencia—. Voy a darle al saco.

—Después podríamos hacer ejercicio juntos —alza sus cejas una y otra vez sin perder la sonrisa—. ¿Qué te parece?

—Búscame en una hora —respondo, entrando sin mirar atrás.

Ni siquiera me preparo. Golpeo con mis manos desnudas una y otra vez; no siento el dolor, por lo que no me detengo ni siquiera cuando me falta el aliento. Me dirijo a las duchas y, como suponía, Melanie ya me espera más que preparada. Nos desfogamos con un

polvo rápido contra la pared de azulejos mientras el agua cae sobre nosotros.

—Ha sido un placer, como siempre —dice la chica al tiempo que se viste y peina su cabello empapado—. Espero no tardar tanto en verte, Ethan —se despide, y termino de arreglarme.

Es lo que más me gusta de Mel, no intenta atraparme porque sabe que no lo va a conseguir. No tengo tiempo para relaciones absurdas. He tenido que trabajar como un cabrón para poder acabar mi carrera y no pienso detenerme ante nada ni nadie para conseguir donde quiero llegar. Mañana, al fin, empiezo a trabajar en una empresa lo bastante grande como para conseguir avanzar y espero estar en la cima antes de cumplir los treinta.

Al llegar a casa, el olor a pan recién horneado llena mis fosas nasales, escucho la música clásica salir de la cocina donde mi madre debe estar atareada con la cena. No me sorprende verla sacar algo del horno mientras tararea la canción. A pesar de no pasar de los cincuenta, parece mucho más mayor. Los golpes de la vida se han cebado con ella, hace diez años que perdimos a mi padre y no ha sido capaz de superarlo.

—Hola, mamá —saludo carraspeando para llamar su atención, se gira sorprendida.

—No te he escuchado entrar —exclama, sonriendo—. ¿Ya te has duchado? Sabes que no me gusta que lo hagas en el gimnasio, hijo —amonesta con un mohín—. Nada como hacerlo en el de casa, al menos, sabes que no vas a pillar ninguna infección.

Sonrío acercándome para dejar un suave beso en su mejilla, no puedo decirle que el motivo por el que suelo utilizar las duchas es por cierta morena con ascendencia latina que consigue encenderme con una simple mirada. Mi madre es de esas mujeres chapadas a la antigua que creen firmemente en el matrimonio, en el amor y que no ve el sexo como algo físico y necesario.

—Sea lo que sea lo que has cocinado, huele de maravilla —la alabo, intentando cambiar de tema.

—No intentes camelarme, jovencito —riñe con ternura—. Siéntate, anda.

Obedezco, dejando la mochila en el suelo. La escucho suspirar porque sé que la saca de quicio ver cualquier cosa por el medio, es una maniática del orden y la limpieza, por lo que, después de veintiocho años, debería estar acostumbrado.

—¿Estás nervioso? —pregunta cuando comenzamos a cenar, no sin antes bendecir la mesa, la miro extrañado—. Por tu nuevo trabajo.

—No —respondo tras dar un trago a mi bebida—. ¿Por qué debería estarlo? —cuestiono, frunciendo el ceño—. Mamá, estoy más que preparado para mi puesto.

—Lo sé —asiente, mirándome con un brillo de orgullo en su mirada que me hace sentir poco merecedor de ello—. No me cabe la menor duda de que mi hijo va a triunfar y a demostrarles a todos que, aunque se empiece desde lo más bajo, se puede llegar a lo más alto.

—En menos de un año, te habré comprado una casa en Back Bay. —Es una promesa que le hice cuando todavía era un niño. Odiaba verla pasar estrecheces cada mes porque el salario de mi padre no cubría todas las necesidades.

—No digas tonterías —amonesta de nuevo—. ¿Para qué quiero una casa tan grande? —pregunta con una mirada ahora de tristeza —. Cuando te cases, estaré sola, por lo que aquí estoy muy bien.

Aprieto los labios y no la rectifico. Sé que no se quiere marchar porque Hyde Park es su barrio, lleva toda la vida aquí. Esta casa, aunque pequeña y modesta, es la que compró con mucho esfuerzo junto al hombre que amaba. Aun así, odio verla rodeada de tanta miseria.

—Ya lo veremos —mascullo molesto a la vez que doy buena cuenta de la carne en mi plato.

—No empieces de nuevo, Ethan Collins —advierte, señalándome con uno de sus dedos—. Aquí nací y aquí moriré.

De nuevo, guardo silencio porque de nada sirve discutir con Molly Collins. Es la mujer más dulce y entregada que conozco, pero su cabezonería rivaliza con todas sus otras virtudes y, aunque puedo comprenderla, soy de la opinión de que no sirve de nada aferrarse a los recuerdos. Las casas y las posesiones son solo cosas materiales. Cambiarse a otro barrio no sería como traicionar a mi padre, mucho menos, buscar una vida mejor. No me cabe la menor duda de que, allá donde esté, sería feliz de verlo y saberla sana y bien cuidada por mí.

—Te he planchado el traje negro con la camisa blanca —informa mientras comienza a recoger la mesa—. Ni se te ocurra irte sin corbata, y tápate esos tatuajes, por amor de Dios.

—Mamá, nadie se va a escandalizar por ellos —espeto, levantándome de mi asiento—. Deja de preocuparte. Todo saldrá bien.

—Claro —asiente, mirándome sobre su hombro—. Te tengo a ti, por supuesto que todo va a salir bien.

Sonrío y le doy otro beso, deseándole buenas noches. Quiero repasar todo lo que pueda sobre la empresa donde mañana empezaré a trabajar para que no se me escape nada. No ha sido fácil pasar las tres entrevistas que realiza Tex Pharmaceuticals. De hecho, lo hice nada más salir de la universidad y solo pasé las dos primeras, por lo que, ahora que lo he conseguido, no puedo cometer el mínimo fallo.

CAPÍTULO 2

Ethan

Me despierto temprano, me doy una ducha y me visto sin prisas, ya que todavía tengo tiempo. Mi madre se empeña en que desayune en condiciones y me obliga a ponerme la puñetera corbata, porque dice que da mejor impresión. Yo siento que me ahogo con ella, parece una soga al cuello.

—Deja de meter los dedos entre el cuello de la camisa —regaña —. Vas a mancharla y arrugarla.

—Mamá —me quejo—. Sabes que odio estas cosas…

—No haberte hecho empresario —bromea—. Si hubieras seguido trabajando con tu padre… —deja de hablar de golpe. Sé lo que está pensando. Sí el día de aquel accidente hubiera estado en la obra con él, seguramente, yo también estaría muerto—. Lo siento.

—No te disculpes —la abrazo, verla tan rota después de tanto tiempo me duele—. Tengo que irme, ¿estás bien? —cuestiono.

—Claro que sí —asiente, intentando sonreír—. No hagas caso de esta vieja chocha.

—Te veo esta noche —me despido—. Si necesitas algo, llámame.

—Vete de una vez, pesado —exclama, empujándome hacia la puerta—. Soy una mujer adulta, sé cuidarme sola.

Salgo por la puerta riendo y voy calle abajo para coger el autobús que me deja en Northen Avenue, donde se encuentra la sede mi nuevo trabajo. Admiro el alto edificio antes de entrar por la gran puerta acristalada y enseñar mi acreditación. Subo al ascensor acompañado de un puñado de personas. Cada una inmersa en sus cosas; unos miran el móvil, otros hablan entre sí, yo solo observo.

No soy bueno conociendo a las personas. Para quien no me conozca, puedo parecer frío, insensible, incluso maleducado. Para los que sí lo hacen y no me molesto en causar buena impresión, suelen llamarme cabrón prepotente. Creo que lo he dejado claro incluso en mi primer día, ya que, cuando acaba la jornada laboral, me invitan a tomar unas cervezas en un bar cercano, pero declino la oferta. Estoy seguro de que mi madre estará esperándome mientras se come las uñas sufriendo por ver cómo me ha ido, igual que cuando iba a la escuela.

—Dime que te ha ido bien. —Como suponía, me espera en la puerta —. ¿Has hecho amigos?

—Mamá, he ido a trabajar, no al parvulario —me río, abrazándola—. ¿Me has preparado lasaña? —pregunto cuando al entrar un delicioso aroma inunda mis fosas nasales.

—Sí —replica—. Date una ducha, le quedan unos cinco minutos.

—Me sobran cuatro —grito, subiendo las escaleras, la escucho reír y eso me hace recordar el tiempo en que en esta casa se escuchaba constantemente ese sonido, ahora ocurre de muy tarde en tarde.

Al bajar ya duchado y con ropa más cómoda, me siento y devoro con gusto la comida de mi plato mientras mi madre no deja de preguntarme. Lo cierto es que me esperaba algo más de acción, pero el día ha sido monótono y bastante aburrido, aunque me propongo aprender todo lo que pueda para después ponerlo en práctica.

—Creía que llegarías más contento —dice, contrariada—. Debes tener paciencia, cielo. Bien sabe Dios que no es una de tus virtudes.

Ambos reímos, porque sé que es verdad. Nunca he sido paciente, algo que, a lo largo de los años, he intentado cambiar sin mucho éxito. Aunque, durante el tiempo que tuve que estudiar y trabajar, creo que hice un buen trabajo, ya que muchos en mi lugar no hubieran aguantado ni una semana.

—Me voy a la cama —me despido—. ¿Quieres que hagamos algo el fin de semana?

—Deberías salir con gente de tu edad, cielo —rebate—. ¿Por qué querrías pasarlo con una vieja en vez de con tus amigos?

—Sabes que no tengo de eso —respondo, encogiéndome de hombros—. Buenas noches, no te quedes hasta tarde despierta.

—Buenas noches, cariño —se despide.

Una vez en mi cama, miro el techo que he contemplado desde que tengo uso de razón. No puedo evitar sentirme como siempre, como si no encajara en ninguna parte, como si este no fuera mi lugar. Si no fuera por mi madre, me hubiera largado sin dudar hace mucho, pero no pienso dejarla sola después de todo lo que ha hecho por mí desde que me adoptaron con pocos meses.

Lo descubrí el mismo día que mi padre sufrió el accidente laboral que acabaría con su vida. Perdió demasiada sangre, me ofrecí a donar la mía, fue en ese momento en el que mi madre tuvo que contarme la verdad. Rota de dolor porque su esposo luchaba por sobrevivir, tuvo que revelarme algo que desconocía hasta el momento.

◆ ◆ ◆

—Lo siento, cielo —solloza, aferrándose a mi mano—. No queríamos ocultártelo —se lamenta—. Solo esperábamos el momento adecuado.

—¿Y cuándo iba a ser eso, mamá? —cuestiono, dolido por el engaño, ya que todo lo que conocía se desmoronaba como un castillo de naipes—. ¿Quiénes son mis padres?

—No lo sé —responde—. Te dejaron en la puerta de St Adalbeth Parish en una canastilla. Lo único que parecías conservar de tu antigua vida era una pequeña pulsera con tu nombre y tu grupo sanguíneo.

—Por eso sabías que no éramos compatibles —murmuro conmocionado—. ¿Mis padres no me querían?

—No pienses eso —exclama, arrodillándose frente a mí y alzando mi rostro—. Nunca les he juzgado, no debes hacerlo tú tampoco. Nosotros lo hemos hecho lo mejor que hemos podido y…

No puedo verla tan devastada, aterrada ante la idea de perderme cuando han sido unos padres amorosos y comprensivos. Por lo que la abrazo para tranquilizarla, no siento que este sea el momento de los reclamos o de buscar mis raíces.

◆ ◆ ◆

Aquel día no solo descubrí una verdad que había permanecido oculta durante mis dieciocho años, sino que perdí al hombre que me había criado sin poder despedirme de él. No salió con vida de la sala de operaciones. Todavía puedo escuchar el grito desgarrador de dolor que brotó de la garganta de mi madre cuando nos dieron la noticia.

Después de eso, vinieron tiempos muy duros. La mujer fuerte y trabajadora que siempre había conocido tocó fondo, por lo que tuve que tirar del carro yo. Me puse a trabajar en cualquier cosa, incluso llegué a plantearme dejar los estudios. Creo que fue eso lo que la hizo reaccionar, porque al día siguiente, al levantarme, estaba en la cocina como siempre, con profundas ojeras, demacrada, pero de pie y fuera de su habitación por primera vez en muchos meses. Desde entonces, se ha mantenido firme, como si así quisiera compensarme por ocultarme la verdad sobre mi nacimiento, lo que no entiende es

que jamás pude enfadarme con ellos. Sí, claro que me dolió, pero aprendí a aceptarlo.

Doy vueltas en la cama sin poder dormir. Odio cuando mi mente no es capaz de desconectar porque sé que mañana me levantaré hecho polvo. De nada sirve remover el pasado, puede que nunca descubra quiénes fueron mis verdaderos padres, y lo cierto es que no me importa, seguramente, serían unos adolescentes descerebrados que no sabían cuidarse ni a sí mismos. Yo fui el resultado y el que sufrió las consecuencias de sus actos.

Sea como sea, para mí, Andrew y Molly Collins son mis padres. Ellos me acogieron cuando no tenían siquiera para ellos mismos, me criaron y amaron sin ser su hijo biológico, así que no siento la necesidad de buscar a nadie.

—A la mierda todo —mascullo dispuesto a dormir.

Finalmente, lo consigo, dejando atrás todo mi pasado…

CAPÍTULO 3

Emma Sullivan

Me observo en el espejo para asegurarme de que estoy perfecta, no quiero escuchar las quejas de mi madre, pueden llegar a producirme una jaqueca que no se calma ni con analgésicos.

—Bien —dejo el peine en el tocador una vez termino de cepillar mi cabello color caoba heredado de mi abuela paterna—. Allá vamos.

—Vamos a llegar tarde, Emma —exclama mi madre desde el pie de las escaleras—. Sabes que no me gusta hacer esperar a los Sinclair.

—Eso sería un sacrilegio —replico con sorna—. Tranquilízate, mamá. Seremos puntuales. Después de todo, solo debes cruzar la maldita calle y subirte a la limusina.

—Esa lengua —regaña con frialdad—. ¿Así cómo pretendes pescar a Alexander? —cuestiona, retocándose el pintalabios frente al espejo de la entrada.

Bufo, porque estoy harta de que insista siempre en lo mismo. Parece que su mayor aspiración es que termine siendo la esposa del mayor de los Sinclair. Puede que, cuando fuera adolescente, me prestara a su experimento, que consistía en besarnos. Él tenía quince años y ya me sacaba una cabeza. Yo tenía casi diecinueve, fue un beso de lo más extraño. Cuando terminó, me agradeció mi

ayuda y se fue. Desde aquel día, nos quedó claro que solo seríamos amigos por mucho que nuestras familias vieran con buenos ojos una unión entre nosotros, a pesar de la diferencia de edad.

—¿No tenías prisa? —pregunto para que se calle de una vez, asiente y salimos hacia nuestro destino. Cruzamos la calle, puedo ver que Alexander nos espera junto a su padre—. Buenas noches —saludo sonriente.

—Tan hermosas como siempre —alaba el señor Sinclair—. La espera ha merecido la pena —escucho cómo su hijo gruñe, debo aguantar las ganas de carcajearme.

—Tan caballero como siempre, Richard —exclama mi madre zalamera, ruedo los ojos y hago un gesto con los dedos como si fuera a vomitar. Por fin, Alexander reacciona riendo, lo que le confiere otro aspecto, uno no tan sombrío.

Una vez dentro de la limusina, me veo obligada a sentarme junto al joven Sinclair, porque el patriarca es acaparado por mi madre sin ninguna vergüenza. La esposa de Richard rara vez acude a fiestas como las de esta noche, por lo que mi progenitora disfruta sabiéndose el centro de atención.

—Al menos, disimula —susurra Alexander, mirando su móvil—. Yo tampoco quiero estar aquí, pero…

—¿Es lo que se espera de nosotros? —cuestiono con mordacidad —. Estoy harta de hacer lo que quieren los demás —me cruzo de brazos—. ¿Tú no?

Me mira casi horrorizado y me pregunto qué demonios he dicho ahora. Lo observo sin poder creer que, aunque es parecido a su mellizo, son muy distintos en carácter. Alex es serio, reservado y siempre se comporta según lo esperado. Anthony, por el contrario, es bromista, alocado y no le gusta ceñirse a las reglas, por ello no se encuentra con nosotros esta noche. No le gusta que le recuerden que está enfermo, pero siempre utiliza su afección cardíaca cuando le place.

—Si lo hiciera, ardería el imperio Sinclair —bromea, aunque puedo ver en su mirada algo mucho más oscuro.

—¿De qué habláis, chicos? —interrumpe mi madre—. Hacéis tan buena pareja…

—No empieces —interrumpo con brusquedad—. Solo somos amigos.

—Corinne, déjalos —sonríe el señor Sinclair—. No se sienten atraídos el uno por el otro, hay cosas que no se pueden forzar.

—¿Cómo que no? —cuestiona casi ofendida—. Mi hija es preciosa y sería una maravillosa esposa para Alexander. Es culta, educada y de buena posición.

—Por el amor de Dios —gimo avergonzada, me siento como una yegua a la que quieren vender—. Haz que se calle —mascullo a mi amigo.

—Corinne —interviene—. Mi padre tiene razón. Conozco a tu hija desde que nací, y que me haya visto en pañales rompe todo el encanto. —Sonríe de esa forma que consigue que a todas las mujeres se les caigan las bragas al suelo—. Ella necesita a un hombre mejor que yo.

—Siempre estáis con esa tontería de la edad —amonesta, cruzándose de brazos y dejando en evidencia sus pechos operados —. ¿Qué importa que ella sea unos años mayor? No lo aparenta.

—Basta —exclamo, alzando la voz—. Si no te callas, me tiro del coche en marcha —amenazo entre dientes—. Lo digo en serio, Alex y yo solo somos amigos, y así seguiremos.

—Y respetamos esa decisión —aplaude Richard, mirándome con ternura—. No hagas caso a tu madre.

—¡Muy bonito! —se queja la susodicha—. ¿Qué hay de malo en querer lo mejor para mi hija?

—Nada, por supuesto —dice Alexander de nuevo ocupado en su teléfono—. Por eso mismo, no soy yo lo mejor para Emma. No dudo que lo encontrará y, cuando eso suceda, me alegraré muchísimo por ella.

No me pasa desapercibida la sonrisa complacida de su padre. Lo mira con admiración y con orgullo, ninguno de los míos me ha mirado así jamás. Mi madre me ve como una futura esposa trofeo, mi padre como una decepción por no ser el varón que ansiaba para continuar con su apellido.

—Gracias, Alex —le digo con cariño. Es cierto que lo he visto crecer y, sin exagerar, cuando nos dimos aquel beso, ya me sacaba una cabeza—. Al menos, entiendes que no soy un trozo de carne para vender al mejor postor.

—Oh, por Dios —farfulla mi madre, mirando por la ventanilla—. Eres toda una experta en hacer dramas.

Abro los ojos incrédula, porque se acaba de describir a la perfección ella misma. Corinne Sullivan es capaz de hacer de tu vida un infierno si no se sale con la suya y, si no, que se lo pregunten a mi padre.

Suspiro cuando llegamos a nuestro destino. La cena anual donde se junta la flor y nata de Boston, las empresas más importantes compiten por un premio al mayor crecimiento económico. Como siempre, los Sullivan compiten con Tex Pharmaceuticals.

—¿Nervioso, señor? —pregunto al hombre que camina a nuestro lado.

—¿Cuántas veces te he dicho que me llames tío Richard? —pregunta—. Te he visto crecer, pequeña Emma.

—Lo siento —me excuso—. No ha contestado la pregunta.

—Y tú no dejes de hablarme como si tuviera un pie en la tumba, chica —amonesta, aunque sé que no está realmente enfadado

conmigo—. Y no —niega mientras entramos al hotel donde está todo preparado—. Mi empresa, una vez más, ganará a los de Tex.

—Muy confiado te veo, papá —dice Alex, caminando detrás de nosotros.

—Hijo, no he llegado hasta aquí dudando —espeta mientras recibe una copa de champán que acepta encantado—. Divertíos.

Suspiro con hastío. Mi madre se cuelga de su brazo dejando claro que debemos apañarnos por nuestra cuenta. Miro a mi amigo alzando una ceja, se encoge de hombros y nos alejamos de nuestros padres.

—¿Cuándo podremos largarnos? —cuchicheo mientras probamos algunos canapés—. Pienso casarme con un hombre que no tenga nada que ver con toda esta mierda.

—Esa boca, Emma —riñe como si fuera el mayor de los dos—.Y dime, ¿cómo llevarías el tren de vida al que acostumbras?

—¿Me estás llamando *snob*? —cuestiono, ofendida—. ¿Pija egoísta o algo así?

CAPÍTULO 4

Ethan.

¿Quién me mandaría a mí aceptar la invitación de mi jefe?

Observo a mi alrededor y me dan ganas de salir corriendo. Yo no pertenezco a este lugar, detesto verme rodeado por personas que, por el simple hecho de tener dinero, se creen superiores a los demás mortales.

Algo llama mi atención. Un chico que debe ser unos años menor que yo se acerca a la mesa de los canapés junto a una joven, la típica niña rica, rubia, con un cuerpo enfundado en un vestido que seguramente cuesta lo que yo gano en varios meses. Pero lo que me hace decidirme a acercarme son sus ojos. Cuando se encuentran con los míos, puedo apreciar que son de un azul tan puro que me pregunto si son de este mundo. Otro en mi lugar no lo haría, ya que parece muy bien acompañada, pero yo no soy cualquiera. Sé que, si me empeño, estaré follándola en los baños en menos de cinco minutos.

—Hola —saludo sin dejar de mirarla. Pretendo que se ponga nerviosa, aunque no parece que esté funcionando—. ¿Cómo te llamas?

—Te dejo con Casanova —escucho que dice el chico para alejarse. Mi presa intenta detenerlo, pero sin conseguirlo. Sonrío.

—Es listo —alabo—. Sabe que no tiene nada que hacer…

—¿Perdona? —cuestiona, mirando ahora a los ojos. Para ello debe alzar el cuello, me gusta que sea tan pequeña a mi lado, más manejable—. ¿Quién demonios te crees que eres?

—El que va a hacer que te corras como nadie —murmuro en su oído para que nadie nos escuche, puedo darme cuenta que se estremece. ¡Bingo! Ya he ganado.

—¿Te funciona esta manera tan burda de ligar? —cuestiona, alejándose de mí—. Ni siquiera has tenido la educación de preguntarme cómo me llamo.

—No lo necesito —me encojo de hombros—. Solo tienes que saber que me llamo Ethan, para que puedas gritarlo cuando esté… —me cubre la boca con una de sus delicadas manos y me empalmo. ¿Quién coño lo hace por un simple roce?

—Cállate —ordena entre dientes, observando a nuestro alrededor—. ¿Dónde se mete Alex? —pregunta para sí misma.

—No puede ser que lo prefieras a él. Parece que tiene un palo metido por el culo —me carcajeo, de nuevo me dirige una mirada de molestia.

—Lárgate —replica—. ¿Por qué tengo un imán para los imbéciles?

—¿Sueles hablar mucho contigo misma? —Es mi turno de preguntar—. Deberías mirártelo, pequeña ninfa —murmuro.

—Tranquilo, puedo psicoanalizarme yo misma —responde—. ¿De dónde sacas que soy una ninfa? —intenta hacer como que no le importa mi respuesta, pero no tiene mucho éxito disimulando.

—Eres el sueño húmedo de cualquier hombre —musito—. Menos del que ha salido corriendo —apostillo—. ¿Es gay?

—¿Eres gilipollas? —defiende—. No entiendo por qué coño sigo hablando contigo.

—Encima, malhablada —exclamo, risueño—. Casi consigues que me corra del gusto.

—Eres un cerdo —escupe, frunciendo su graciosa naricilla—. No puedo decir que haya sido un placer, Casanova.

Se aleja, y se lo permito de momento. Creo que puedo conseguir divertirme un poco esta noche y olvidar que estoy rodeado de gente llena de hipocresía. La pequeña ninfa ha sido un soplo de aire entre tanta mierda a mi alrededor.

—Te estaba buscando, Ethan. —La voz de mi superior me saca de mis cavilaciones—. ¿Te estás divirtiendo?

—Por supuesto —miento con una sonrisa serena en mi rostro—. Me siento muy agradecido de que haya pensado en mí para acompañarlo. Después de todo, soy el más nuevo y…

—Tengo muchos planes para ti —interrumpe—. Has demostrado ser un monstruo empresarial en pocos meses, por lo que no pienso desaprovecharte —bromea.

Mis ojos se van directos hacia la ninfa que me he propuesto poseer. Mi jefe se da cuenta y silba, eso llama mi atención. Le miro con el ceño fruncido.

—¿Emma Sullivan? —cuestiona con una extraña sonrisa—. Chico, no puedo decir que tengas mal gusto, pero mejor mantente alejado de ella.

—¿Por qué? —cuestiono tensándome. No me gusta que me prohíban nada, ya que entonces para mí se convierte en un reto aún mayor.

—Es como una hija para Richard Sinclair. —Abro los ojos incrédulo—. La que nunca tuvo —puntualiza—. Se estuvo hablando mucho durante un tiempo de que sería la próxima señora Sinclair.

—No jodas —exclamo—. Pues no parece muy posesivo con ella.

—No creo que haya nada entre ellos —informa—. Se comportan como amigos. Después de todo, se dice que han crecido juntos. La flor y nata de Boston —se burla.

Ahora ya no me gusta tanto cierta ninfa de ojos de ensueño. Sabía que era una niña bien, pero no que estaba relacionada con el enemigo, es decir, Sinclair Pharmaceuticals son nuestros mayores competidores, por lo que confraternizar con ella no debería estar en discusión.

La cena da comienzo, e intento olvidarme de Emma Sullivan. Ha pasado de ser mi pequeña ninfa a la princesa Sinclair. No me gusta perder ni entrenando y no poder meterme entre sus piernas me tiene de mal humor, aunque, ¿por qué no? No volveré a verla después de esta noche, así que…

—Y el ganador de esta noche es… —parpadeo al darme cuenta que de nuevo me he perdido en mis pensamientos—. Richard Sinclair.

En mis mesas, todos maldicen al verse vencidos otro año. Veo a un hombre de mediana edad subir al pequeño escenario para agradecer a su familia y trabajadores ser el vencedor una vez más. Mis ojos se dirigen de nuevo a cierta rubia que ahora mismo aplaude con una sonrisa resplandeciente que me gustaría borrar. Puede que, antes de que acabe la noche, lo haga. Poco después, todo se calma, y la gente comienza a bailar. Unos observan; otros, sentados en sus mesas, conversan. Me muevo entre la gente con mi quinta copa de champán, malditos ricachones, desde luego que saben lo que beben. Sonrío sin poder evitarlo cuando veo cómo Emma termina de bailar con el heredero de los Sinclair, parece que el destino se empeña en unirnos, por lo que me acerco hasta ella en el momento que comienza a sonar *Cant´t help falling in love* de Elvis Presley. Le ofrezco mi mano, y la acepta. Su buena educación no le permite mandarme a la mierda como sé que quiere hacer por el fuego que brilla en su mirada.

—Así que eres de la competencia —dice ella mientras mira hacia otro lado—. ¿Por eso te has acercado antes?

—Si lo hubiera sabido, seguramente no te hubiera dirigido la palabra —corrijo, tensándome ante su acusación. Eso hace que alce su mirada sin perder el paso.

—Entonces, ¿por qué lo haces ahora? —cuestiona, desconfiada.

—Porque, después de esta noche, tú y yo seguiremos estando en bandos opuestos. —Me alzo de hombros—. Pero podemos disfrutar un poco antes de volver a la realidad. —Alzo una de mis cejas provocativo.

—No pienso acostarme contigo —escupe, ruborizada.

—No he dicho nada de estar acostados —corrijo con sorna—. Me vale de pie.

—Qué ganas de perderte de vista —masculla un poco antes de que la canción termine y tengamos que detenernos.

—¿Emma…? —Casi gruño cuando escucho a Sinclair tras de mí. Me giro y nos vemos la cara por primera vez, ya que, al principio de la noche, él ni me ha mirado. Veo cómo palidece y da un paso atrás. A ver, que sé que a veces impongo un poco, pero joder, no es para tanto—. ¿Ethan? —susurra sin voz, frunzo el ceño, ¿cómo sabe mi nombre?

—¿Nos conocemos? —cuestiono a la defensiva —. Mira, Sinclair, no quiero problemas, así que te devuelvo a tu chica.

—No soy su chica —se ofende la rubia—. Y no soy un objeto para que lo devuelvas a nadie.

—¡Alto ahí! —Alzo las manos en son de paz, no quiero llamar la atención y, mucho menos, cuando los directivos de mi empresa se encuentran aquí—. No he dicho nada de eso, soy fiel defensor del derecho de la mujer.

—Te llamas Ethan, ¿verdad? —insiste el joven. Comienza a molestarme—. Tienes que venir conmigo y hablar con mi padre porque…

—No pienso ir a ningún lado y menos para hablar con la competencia, chico —interrumpo—. Me largo, estáis como cabras.

—¡No puedes irte! —me detiene, cogiéndome del antebrazo. Si estuviéramos en la calle, ya le habría arreado un puñetazo, pero aquí no puedo—. Tienes que venir conmigo.

Me deshago de su agarre y comienzo a caminar dispuesto a largarme. Escucho cómo Sinclair le pide a Emma que me detenga para ir en busca de su padre. Como no quiero problemas, decido marcharme a casa, hablaré con mi jefe mañana y me inventaré alguna excusa para no avisarle antes de irme. Salgo a la calle y camino con rapidez buscando la moto que me he comprado y que pago a plazos. Siempre había soñado con tenerla y fue lo primero que hice al tener un contrato estable de trabajo.

—¡Espera! —escucho que me grita. Miro sobre mi hombro, la rubia corre todo lo que puede, dado que lleva unos tacones de infarto.

—¿Te has quedado con las ganas? —pregunto mientras me dispongo a ponerme el casco—. Si es así, sube y te prometo una noche que no olvidarás en la vida.

—No es eso —se defiende—. ¿No has escuchado a Alexander? Debes ser importante. Él nunca reacciona así ante nada y…

—Las neuras del Sinclair no son mi problema, Rubia —interrumpo de nuevo—. ¿Follamos, o no?

—¡No, imbécil! —grita furiosa, pateando el suelo.

—Una lástima, Ninfa —susurro, poniéndome el casco—. Hasta nunca —me despido. Antes de arrancar escucho un…

«¡Ethan!», que no me detiene.

CAPÍTULO 5

Emma.

Lo veo acelerar y alejarse con rapidez mientras Alexander lo llama como si le fuera la vida en ello. Su padre lo sigue de cerca, ambos con el rostro desencajado, ¿qué demonios está pasando?

—¡Te digo que tiene que ser él, papá! —exclama al mismo tiempo que su progenitor intenta recuperar el aliento—. Es como verte a ti de joven…

Frunzo el ceño sin saber de qué están hablando, ¿cómo va a parecerse Ethan a…? Me cubro la boca con la mano impresionada ante lo que está sucediendo y comprendiendo por qué mi amigo se ha comportado de esta manera.

—¿Estás seguro, hijo? —El dolor y la esperanza luchan entre sí en la voz del hombre que parece conmocionado mirando por donde la moto ha desparecido hace unos minutos—. No podría soportar otra decepción, y tu madre mucho menos.

—¿Cuándo demonios te he dicho yo que alguien se parece a ti tanto como para hacerme dudar de si estoy frente a mi hermano? —cuestiona ofendido y dolido a partes iguales—. Maldita sea. Papá, era él, estoy seguro, tiene que serlo.

—Puede que sea tu ansia por hallarlo, hijo mío —susurra algo desesperanzado—. ¿Por qué no ha podido esperar? —pregunta entre dientes.

—No es muy bueno obedeciendo órdenes —apostillo, consiguiendo que ambos me miren. Me encojo de hombros—. Hemos hablado bastante esta noche.

—¿No te ha dicho dónde vive? —pregunta Alex ansioso. Niego, y suspira pesaroso.

—Pero sí que trabaja para Tex —informo, ambos se miran incrédulos—. No creo que sea difícil encontrarlo. Pero si realmente crees que es quien creo, sería mejor que primero os asegurarais.

—Tienes razón —asiente Richard—. Me encargaré de eso mañana mismo. No podemos asediarlo sin saber si Alexander está en lo cierto.

—¿Qué sucede? —pregunta mi madre, llegando hasta nosotros —. ¿Por qué habéis salido corriendo?

—Alexander cree que ha encontrado a Ethan, Corinne —exclama el señor Sinclair, mi madre jadea, parece horrorizada—. ¿Te lo puedes creer? —continúa eufórico—. Tantos años de búsqueda y…

—Por Dios, Richard —interrumpe mi madre, ganándose una mirada helada de Alex, no le ha gustado nada su tono—. ¿Cómo va a ser Ethan? Lo habéis buscado durante casi treinta años, seguro que lo que le sucede a tu hijo es que imagina cosas en su deseo de encontrarlo.

—Cállate, mamá —le ordeno furiosa al ver cómo el brillo de la esperanza en los ojos de Richard se apaga—. Si Alex cree que puede ser su hermano, yo le creo.

—Gracias —susurra con una sonrisa triste en sus labios. Está pálido y, evidentemente, preocupado y ansioso a partes iguales—. De verdad, he visto muchas fotografías de mi padre con esa edad, es él.

—¿Y dónde está? —contraataca mi madre—. Yo no lo veo.

—Se ha marchado —respondo—. Déjalo estar, mamá. Ellos se encargarán.

—¿Cómo pretendes que lo deje si veo cómo sufre mi mejor amigo? —exclama ofendida, le encanta ese papel—. ¿Has bebido, Alex?

—Por supuesto que no —responde entre dientes—. ¿Crees que veo visiones, Corinne? —acusa—. Creo que deberías mantenerte al margen, esto es un asunto familiar.

¡Pum! Punto para mi amigo. Mi madre continúa con su papel, el de víctima lo borda, por lo que de inmediato sus ojos se humedecen.

—¡Alexander Sinclair! —amonesta su padre furioso—. No le hables así a Corinne, sabes que es una buena amiga que siempre nos ha apoyado y ayudado en la búsqueda de tu hermano.

Creo que es el único que no es capaz de ver el lado oculto de la mujer que ahora llora como una niña, refugiándose en los brazos del señor Sinclair.

Cuando la limusina llega y subimos en ella, suspiro. Me duelen los pies, y la cabeza parece que va a estallarme. No debería haber bebido esas dos copas de alcohol. Nunca he sido buena soportándolo, y la tensión de lo sucedido no ayuda. Todos nos mantenemos en silencio sumidos en nuestros pensamientos, interrumpidos por los sorbidos de mocos de mi madre, algo poco glamuroso, debo añadir.

—Lamento lo que he dicho, Alex —rompe el silencio—. Lo que sucede es que no quiero hacerme ilusiones. —Un mohín se dibuja en sus labios—. Muchas veces creímos haber encontrado a Ethan y, cada vez que descubríamos que no era así, era como un mazazo que nos hundía un poco más.

—Puedo entender eso, Corinne —dice el chico, mirando por la ventanilla—. No olvides que yo también he tenido que vivir con ello.

Y es por eso que, si no estuviera tan convencido, no le hubiera dicho nada a mi padre. ¿Crees que quiero que sufran?

—Por supuesto que no —replica—. Eres un buen hijo.

—Lo es —intercede Richard—. Y es por ello que he salido corriendo sin cuestionarme que puede ser que ese hombre se parezca a mí sin ser el hijo que llevo veintiocho años buscando.

Mi madre coge su mano intentando darle consuelo, uno que no hallará por mucho que ella lo pretenda. Durante toda mi vida, he visto cómo la sombra del secuestro de su primogénito les ha acompañado. De hecho, la señora Sinclair es la que peor lo lleva, casi una reclusa en su casa. Ha seguido viviendo medicada, con temporadas buenas, otras muy malas, pero siempre con la ayuda de su esposo, que la ama por encima de todas las cosas, y de sus hijos pequeños. Los mellizos llegaron años después para paliar un poco el dolor de la pérdida, pero jamás ocuparon el vacío que dejó Ethan.

Es raro que piense en él cuando no lo conocí, todavía no había nacido cuando unos cabrones lo secuestraron y no dejaron rastro que los Sinclair pudieran seguir para recuperar a su bebé. No me imagino cómo debe ser vivir con la incertidumbre, con el miedo de que jamás puedas volver a ver a un hijo.

—Mañana mismo me pondré a investigar —dice Richard—. Niña, por casualidad, ¿no te ha dado su teléfono, o algo?

—¿Por qué debería? —pregunto algo avergonzada—. Solo hemos hablado unos minutos.

—Emma, quería meterse en tus bragas —replica Alex, le lanzo una mirada furiosa, mi madre jadea—. Papá, para eso no necesita darle su teléfono —bromea—. Por lo que he podido ver, es un depredador.

—No es educado decir eso —masculla, incómodo—. No lo conocemos, por lo que no vamos a juzgarlo.

Me gusta su respuesta, a pesar de estar más que de acuerdo con Alexander. Ethan es un seductor nato, busca a su presa y la consigue, por eso me he convertido en un reto, porque no me he dejado llevar y no ha podido meterse entre mis piernas.

El silencio vuelve a adueñarse de la limusina y, cuando llegamos a nuestro destino, soy la primera en bajar, despedirme e irme a mi casa. Ni siquiera espero para asegurarme de si mi madre me sigue o no. La verdad es que solo quiero darme una ducha y meterme en la cama. Han sido semanas muy duras terminando los exámenes finales para terminar mi carrera, porque sí, puede que «Don te miro y fulmino tus bragas» crea que soy la típica rubia tonta y pija que no hace nada con su vida, y eso es lo que pretendía mi madre, pero mi padre siempre me ha alentado a ser algo más que una cara bonita. Y por ello me decidí a estudiar psicología infantil, me encantan los niños, y poder ayudarlos es lo más gratificante a lo que me podría dedicar.

Tuve problemas el primer año, por lo que he terminado un poco más tarde de lo esperado, pero saber que lo he conseguido me hace sentirme muy orgullosa de mí misma.

No me sorprende encontrarme a mi madre sentada en mi cama esperándome. Suspiro armándome de valor para la que se avecina.

—¿Crees que te he criado para que hablen de ti de ese modo? —cuestiona furiosa—. ¿Por qué has dejado que Alexander dijera esas cosas?

—No tengo la culpa de que los hombres quieran ligar conmigo. —Me encojo de hombros eligiendo un pijama color morado—. ¿Qué problema tienes, mamá?

—No quiero que piensen que eres una zorra —masculla ofensiva, la miro impasible—. Eres una Sullivan, no sé qué dirá tu padre si se entera.

—No tiene nada que saber, porque no me lo he tirado —contraataco—. Aunque, si realmente es hijo de los Sinclair, es algo

que supongo querrás que solucione, ¿verdad? —cuestiono con sorna.

—Nunca te he dicho que te abrieras de piernas para Alexander —se defiende—. Solo que intentaras enamorarlo, hubieras tenido la vida solucionada, estúpida.

—Ya la tengo. —Alzo el mentón—. Soy psicóloga infantil, y pronto tendré mi propia consulta. No necesito un hombre para que me mantenga.

—Una consulta que va a financiar tu padre —rebate con inquina —. Y, hasta donde yo sé, es un hombre —se burla, levantándose de mi cama.

—Es mi padre —corrijo entre dientes—. Le devolveré cada dólar.

—Claro —replica con condescendencia, aprieto los puños por la rabia—. Asegúrate de mantener las piernas cerradas, Emma. Ni se te ocurra aparecer por casa con un bombo.

Se marcha muy digna después de soltarme semejante perla. ¿Cómo demonios se atreve a llamarme zorra sin motivos? Es mi madre, debería tener más confianza en mí. Ahora me arrepiento de no haberme tirado a Ethan sobre una de las mesas del enorme salón donde se ha celebrado la fiesta. Así podría insultarme con justa razón.

—Al menos, me hubiera llevado unos cuantos orgasmos a casa —murmuro, metiéndome en la cama furiosa. Doy vueltas pensando en todo lo ocurrido esta noche. Desde el descaro del hombre que se me ha acercado con la clara intención de pasar un buen rato al descubrimiento de que puede que los Sinclair hayan encontrado a su hijo perdido. De ser así, eso significaría muchos cambios para Ethan, para todos en realidad.

Al dormirme, sueño con él y no precisamente con un reencuentro con su posible familia, sino que es un sueño muy húmedo.

CAPÍTULO 6

Ethan.

Pasan los días, e intento olvidarme de la maldita fiesta y lo ocurrido en ella. Me niego a pensar en cierta Ninfa rubia, mucho menos, en el imbécil del Sinclair que se comportó como un lunático y tuve que marcharme sin la posibilidad de acabar entre las piernas de Emma Sullivan.

—Ethan. —Alzo la vista del ordenador, uno de mis compañeros me informa—. Te buscan.

Frunzo el ceño porque nadie suele venir preguntando por mí. Me levanto y lo sigo hasta una de las salas que utilizamos para las reuniones. Reconozco que me pongo algo nervioso, y entrar y ver a los Sinclair no es que ayude mucho.

Me giro para preguntarle a mi compañero, pero este se ha marchado en silencio dejándome solo con el enemigo. ¿Los han dejado entrar? ¿Es algún tipo de trampa? Ellos me observan de una manera que comienza a molestarme, como si fuera una aparición o algo por el estilo.

—¿Ves, papá? —pregunta el joven que permanece sentado mientras el hombre más maduro permanece de pie como si fuera incapaz de reaccionar—. ¿Ahora tienes alguna duda?

—Creo que no —lo escucho murmurar con la voz trémula—. Muchacho, ¿puedo preguntar quiénes son tus padres?

Me tenso, no entiendo nada y no me gusta el rumbo de esta conversación que no comprendo. Podría mandarlos a la mierda, salir por la puerta y no mirar atrás, pero lo cierto es que siento un poco de curiosidad por saber el motivo que los ha impulsado a poner un solo pie en Tex.

—Creo que no le incumbe —respondo—. ¿Qué les trae por aquí? —pregunto, aparentando indiferencia.

—Hace veintiocho años, me arrebataron a mi hijo mayor… —dice con evidente dolor.

—Lo lamento —replico—. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—¿Te adoptaron Andrew y Molly Collins? —interviene Alexander, le lanzo una mirada de advertencia—. Si lo hicieron, no fue algo muy legal, no hemos encontrado nada al respecto.

—No digas nada de mis padres —advierto, dando un paso al frente—. Ni os acerquéis a mi madre —ahora miro a ambos para que les quede muy claro.

—No tenemos intención de hacerle daño alguno —rebate el señor Sinclair—. Solo queremos saber si… —veo que le cuesta hablar, se deja caer en una de las sillas y su hijo lo mira preocupado.

—¿Estás bien, papá? —pregunta—. Si esto es demasiado…

—No —exclama, alzando una mano temblorosa—. Hemos llegado hasta aquí, y no pienso moverme hasta no obtener las respuestas.

—Pues espere sentado —escupo—. No tengo por qué decirles nada referente a mis padres o mi vida.

Me dispongo a salir, pero la exclamación de Alexander me detiene de golpe dejándome sin aliento.

—¡Eres mi hermano! —Cierro los ojos porque siento esas palabras como un puñetazo en el pecho—. Eres un Sinclair.

Me giro con brusquedad furioso, no mido mi reacción y, cuando me doy cuenta, lo tengo cogido por el cuello de su camisa y nos encontramos frente a frente. Maldigo porque verme en sus ojos es como ver los míos, no puede ser verdad, están mintiendo.

—¿Esto es por la Rubia? —siseo—. Porque no tiene gracia.

—Deja a Emma fuera de esto —me empuja, y me aparto porque quiero—. Hemos venido porque estoy casi seguro de que eres mi hermano mayor.

Los observo a los dos, su padre se ha levantado preocupado al vernos a punto de llegar a las manos. No parece que sea una broma, por lo que no sé si los dos han perdido la cabeza al creer que soy uno de ellos. Es una puta locura.

—¿Y lo afirmas porque, según tú, me parezco a tu padre cuando era joven? —cuestiono con sorna.

Saca su móvil y comienza a enseñarme fotos. Me jode tener que darle la razón porque es como verme a mí mismo con ropa de hace treinta años o más, pero el parecido es innegable.

—¿Y qué? —vuelvo al ataque, negándome a creer que exista la más mínima posibilidad de tener frente a mí a mi verdadera familia —. Como me parezco, ¿vas a reconocerme como tu hijo?

—Yo no tengo dudas, y él tampoco —responde, señalando a Alexander—. Durante años, he visto muchos que creía que serían el bebé que me arrebataron, otros que se hacían pasar por él para vivir la gran vida, pero tú…

—Yo nada —espeto—. No soy su hijo, siento que el dolor le haga ver cosas que no son. Ahora, si me disculpáis, tengo trabajo que hacer…

—Si tan seguro estás, no te importará darnos un poco de tu saliva —cuestiona el que se supone cree ser mi hermano, lo miro sobre mi hombro—. ¿Verdad, Ethan?

—¿Me estás vacilando, hermanito? —me burlo—. No utilices tus trucos mentales conmigo, chaval.

—No sabes lo que daría por no estar equivocado y que seas mi hermano, aunque intentes parecer un imbécil. —Sonrío ante su tenacidad y temperamento—. ¿Qué te cuesta? Si tan convencido estás…

—No vas a dejarlo estar, ¿verdad? —gruño, frustrado porque no quiero a los Sinclair tras de mí, mucho menos, en el trabajo—. ¿Sabéis que me habéis metido en problemas al venir hasta aquí? No os importa una mierda, ¿verdad? Sois la competencia, joder.

—No lo hemos pensado —reconoce, agachando la cabeza—. Danos lo que necesitamos y nos marcharemos —insiste, acercándose a mí—. En veinticuatro horas, tendremos los resultados.

—Y después, ¿qué? —pregunto, girándome de nuevo, porque en realidad su respuesta me interesa mucho—. Si soy quien creéis ¿qué va a pasar?

—Si eres mi hijo, tienes una madre que lleva veintiocho años muerta en vida a la que harías muy feliz —comienza a decir el señor Sinclair—. Si la prueba da positivo, significa que estoy frente al bebé que no pude salvar aquella noche. —Sus ojos se empañan—. Si tienes nuestra sangre, tienes dos hermanos menores que han crecido con tu ausencia doliéndoles cada día.

Me maldigo en silencio por dejar que sus palabras, el dolor y la desesperación que desprende de ellas me conmueva. Mascullo lo imbécil que soy, pero abro la boca para que Alexander meta el palito en ella, lo remueva un poco y lo guarde satisfecho.

—Muchas gracias —agradecen los dos a la vez—. En cuanto tengamos los resultados, nos pondremos en contacto contigo —añade Sinclair—. ¿Puedes darnos un teléfono de contacto? No queremos causar más problemas…

Tiendo mi mano. El más joven lo entiende y me da su móvil, le apunto mi número y se lo guarda con rapidez. Ahora me encuentro muy incómodo con la situación, tendría que haber salido de aquí, ¿cómo puedo ser tan idiota?

—Imagino que si no me llamáis es porque yo tengo razón —es mi manera de despedirme sin demostrar todo lo que siento en estos momentos.

—Una última pregunta. —Miro con los ojos entrecerrados al joven que empieza a tocarme los huevos—. ¿No tendrás una marca de nacimiento?

—¿Como cuál? —intento que mi voz no tiemble—. Creo que, si la tuviera, lo sabría.

Salgo como alma que lleva al diablo para terminar con el maldito interrogatorio. Me dirijo al baño que tengo en mi despacho, aunque es pequeño, está bien equipado. Desabrocho mi camisa y, justo en el omóplato izquierdo, tengo una pequeña marca de color marrón que me ha acompañado desde que tengo uso de razón.

—No puede ser —murmuro—. Solo es una maldita coincidencia.

Golpeo con fuerza la puerta, me visto con rapidez y salgo dispuesto a continuar trabajando sin dejar que la visita de los Sinclair interfiera en mi día a día. Rezo para que nadie venga a pedirme explicaciones para las que no tengo respuestas, aunque va a ser casi imposible que nadie diga nada después de que hayan venido hasta aquí para hablar conmigo. Empiezo a mosquearme porque no me cabe en la cabeza que hayan sido tan estúpidos para hacer algo así, y su lacrimógena historia no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Qué más da que pueda pasar por el hermano gemelo de Sinclair con treinta años menos? —cuestiono para mí mientras paseo por mi despacho como un animal enjaulado—. ¿Y la marca? Pues una coincidencia. No soy el único en el mundo con una.

La puerta de mi despacho se abre para dar paso a mi jefe bastante furioso.

—¿Eres un topo de los Sinclair? —pregunta gritando—. Respóndeme, Ethan —ordena.

Estupendo, tengo una suerte cojonuda.

CAPÍTULO 7

Emma.

—¿Que habéis hecho qué? —grito entre sorprendida y horrorizada—. Dime que no es verdad, que no habéis ido a la empresa rival para hablar con uno de sus trabajadores.

—Lo sé —Alex suspira—. Ha sido una gilipollez. Pero necesitaba que mi padre lo viera, Emma.

—No me lo puedo creer —mascullo enfadada—. Puede tener consecuencias muy malas para él —recrimino, cruzándome de brazos—. Puede que me parezca un salido prepotente, pero jugar con el trabajo de una persona no me parece correcto, Alexander.

—Maldita sea —pasa una de sus manos por su pelo castaño—. No ha sido nuestra intención. ¿Debería llamarle para asegurarme de que no ha tenido ningún problema?

Le miro con una sonrisa, aunque también me dan ganas de darle una colleja. Él me mira con el ceño fruncido ante mi gesto.

—De verdad que deseo que sea tu hermano —explico mi reacción—. Ya te preocupas por él…

—Lo haría por cualquiera —se defiende—. No soy tan capullo. Y no hables tan alto —pide preocupado—. No le hemos dicho nada a mi madre ni a Anthony. Ninguno de los dos necesita sufrir si resulta que no tengo razón.

—¿Cuándo te dan los resultados? —pregunto—. No has dejado el teléfono en todo el rato.

—Normalmente, tardarían más, pero mi padre se ha encargado de que no sea así —sonríe algo avergonzado—. Estoy de los nervios, Emm.

—Tienes que tranquilizarte, o Anthony se dará cuenta —aconsejo—. ¿Cómo está?

—Como siempre —se encoge de hombros—. Intentando aparentar que no es una bomba de relojería.

—No hables así. —Sé que lo hace como una manera de defenderse del dolor que le causa no saber en qué momento su hermano va a sufrir una crisis que lo envíe al hospital—. Todo va a salir bien. Desde la última operación, ya no ha tenido ningún susto.

—Porque estamos encima de él —exclama—. No puedo con tanto.

Me levanto de mi asiento y lo abrazo. Muchas veces he pensado que lleva demasiada carga para él solo siendo tan joven, no es como si yo fuera una anciana, pero no puedo olvidar la pequeña diferencia de edad. Por eso me encantaría que Ethan fuera su hermano, que pudieran recuperar el hijo que le robaron, porque estoy segura de que entonces Alex no se sentiría en la obligación de cargar con tanto.

Suena el teléfono, y nos sobresaltamos. Lo coge de inmediato y escucho cómo habla intentando controlar su nerviosismo. Es curioso que pueda ser frío como el hielo cuando quiere, ya que verlo de este modo es extraño.

—De acuerdo, muchas gracias —dice, cerrando los ojos—. Se lo diré a mi padre. Envíeme los resultados.

—¡¿Qué?! —pregunto de los nervios al ver que no se mueve, ni siquiera parpadea—. ¡Alexander! —grito. Reacciona parpadeando muy rápido, y cuando veo que las lágrimas comienzan a fluir, no sé

si es de alegría o decepción—. Maldita sea, dime algo o voy a golpearte.

—Es él —murmura al fin. Me mira y sonríe, aunque no deja de llorar—. Lo he encontrado, Emm. Le prometí a mi madre que lo haría y he cumplido mi promesa.

Me abraza y entierra su rostro en mi cuello, dejo que se desahogue porque lo necesita. No puedo creer que el imbécil de Ethan realmente sea el primogénito de los Sinclair. Eso significa que debería ser él quien se hiciera cargo de la empresa y no Alex, estoy segura de que se hará a un lado gustoso, porque ese nunca ha sido su deseo.

—Tengo que decírselo a mi padre —masculla, limpiándose todo el rastro de llanto—. Y después encontrar la mejor manera de contárselo a mi madre y Anthony.

—Puedo quedarme si quieres —me ofrezco—. No tienes por qué hacerlo solo.

—¿Hijo? —La llegada del señor Sinclair nos sorprende—. Tenía varias llamadas del laboratorio, pero estaba con tu madre y…

—Es él, papá —anuncia emocionado—. Tenemos que llamarle y…

—Lo sabía —aplaude, intentando contenerse—. ¡Dios mío! Cuando se lo digamos a Diane… —Se deja caer en una silla, me preocupa su estado—. ¿Le has llamado?

—No me ha dado tiempo —reconoce—. ¿Lo hago ahora?

Asiente apretando las manos en señal de nerviosismo. Estoy feliz por ellos y, a la vez, sufro al ver que ellos lo hacen. No creo que sea fácil de digerir el hecho de que, después de casi treinta años, de haber gastado millones dólares en investigadores privados de todo el mundo para encontrarlo, lo hagas donde menos lo esperas.

—Maldita sea, no sé por dónde empezar —dice el joven—. Puede mandarme al infierno.

—Trae —le arrebato el teléfono y le llamo. Pocos pitidos después, escucho esa voz ronca con la que he soñado desde la noche que nos conocimos—. ¿Ethan?

—¿Quién eres? —Su brusquedad no debería sorprenderme, pero lo hace—. ¿Vas a responder, o cuelgo? No estoy para que me toquen mucho los…

—¡Soy Emma! —interrumpo—. Te llamo desde el móvil de Alexander…

—Hombre —se carcajea—. La Rubia, ¿y a qué debo el honor?

—Tienes que venir a la mansión Sinclair —espeto de golpe. Los hombres me miran horrorizados, me encojo de hombros—. Espera un momento. —Tapo el teléfono, y les pregunto en voz baja—. ¿No tiene que venir aquí?

—Sí, creo que es lo mejor —asiente el señor Richard—. A Diane y Anthony les va a dar un sincope —añade preocupado—. ¿No debería decírselo antes?

—Rubia —escucho que me llama—. Diles que pueden irse al infierno. —Abro mucho los ojos—. Me importa una mierda si soy su hijo o no. Por su culpa, me he quedado sin trabajo. Así que, si no es para echar un polvo, no vuelvas a llamarme.

—Me ha colgado —exclamo ofendida—. Imbécil prepotente, engreído y…

Guardo silencio cuando dos pares de ojos, que antes se encontraban apagados, ahora brillan con una chispa de diversión.

—Que no os haga tanta gracia —mascullo, devolviéndole el teléfono—. Me ha dicho que os vayáis al infierno, que lo han despedido por vuestra culpa.

—Eso no importa. —Se encoge de hombros el señor Sinclair—. No iba a seguir en la competencia cuando todos supieran que es mi hijo mayor.

—¿Qué has dicho, Richard? —jadeo al ver a la señora Diane en la puerta, pálida ante lo que acaba de escuchar—. ¡Habla, maldita sea!

—Cielo, no te pongas nerviosa —le pide preocupado—. No quería decirte nada hasta no tener los resultados y…

—¿Has encontrado a mi hijo y no me has dicho nada? —pregunta dolida—. ¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí, en su casa?

—Mamá, nos acabamos de enterar —interviene Alexander —. Y Ethan no se lo ha tomado muy bien.

—Quiero verlo —exige—. Richard, por favor, quiero ver a mi pequeño.

—Mamá, ya no es pequeño —replica—. Es un hombre, uno que no le va a gustar que le trates como tal.

—Todos mis hijos seguirán siendo mis pequeños hasta el día que me muera —rebate, cruzándose de brazos—. Y pensé que lo haría sin poder abrazarlo de nuevo, sin ver en la persona en la que se había convertido. Por lo que no me pidáis que tenga paciencia, he esperado veintiocho años —solloza, cubriéndose el rostro. Me apresuro a abrazarla, porque me parte el corazón verla así.

—Tranquilícese —le pido al sentirla temblar—. No puede caer enferma, si no, no podrá ver a Ethan.

—¿Tú lo has visto, niña? —pregunta, intentando recomponerse —. ¿Cómo es?

—Un mujeriego —replico, guardándome para mí que me parece un cerdo prepotente, ella ríe entre lágrimas.

—¿Y es guapo?

—Mamá, lo reconocí porque es igual que papá hace treinta años —añade mi amigo.

—Entonces sí que lo es —replica, ganándose un gracias susurrado por parte de su marido—. Lo supe desde que lo tuve en brazos por primera vez. Por favor, Emma, quiero verlo. Llévame hasta él.

—No sé dónde vive, Diane —respondo pesarosa—. Solo sé que trabajaba en Tex, pero lo han despedido gracias a la visita de su esposo e hijo.

—¿Tenías que decirle eso, niña? —regaña Richard—. No fue nuestra intención. Lo arreglaremos.

—Por supuesto que lo harás —sentencia su mujer resuelta—. Quiero a mi hijo de vuelta, quiero que tenga lo que le pertenece por derecho.

—Lo tendrá, ahora debes calmarte —suplica su esposo—. Recuerda tu tensión.

—Al infierno mi tensión —exclama, alzando la voz—. Quiero verle, quiero hablar con él —exige de nuevo a punto de romper a llorar de nuevo—. Por favor, Richard, no puedes darme una noticia así y pretender que me quede tranquila.

—Me ha colgado, Diane —informo—. No está muy contento con su despido, no me ha dejado explicarme.

—Alexander, llámale y dame el móvil —ordena sin mirar a su hijo—. Ahora —ordena, perdiendo los nervios—. Yo hablaré con él.

Su hijo obedece, veo cómo le tiembla la mano cuando se lleva el teléfono al oído. Me parece que trascurre una eternidad cuando sus ojos vuelven a empañarse, imagino que al escuchar la voz de su hijo mayor por primera vez.

—¿Ethan? —Su voz es casi un susurro estrangulado—. Soy mamá. Por favor, ven a casa —pide llorando, imagino que al otro

lado el silencio debe ser demasiado para la pobre mujer—. Por favor, necesito verte.

Muerdo una de mis uñas con nerviosismo, me doy cuenta que Richard y Alexander no pierden detalle, alerta, listos para intervenir si Ethan dice algo que pueda dañarla.

—Alexander te enviará la dirección —dice tras unos instantes en los cuales he pensado lo peor—. Gracias, muchas gracias.

Cuelga y se abraza a su marido con fuerza, llorando emocionada. Es un momento tan íntimo que no estoy segura de si debería marcharme a casa y dejarles reunirse con su hijo en la intimidad familiar.

—Va a venir —dice encantada—. Al principio no hablaba, y yo… —niega con la cabeza— temía que no quisiera verme, que me culpara por lo que sucedió esa maldita noche.

—Creo que debería marcharme —digo algo incómoda—. Me alegro mucho de que Ethan sea vuestro hijo.

Me despido y salgo por la puerta para chocar con una mole.

CAPÍTULO 8

Ethan.

Mentiría si dijera que no he salido de casa en cuanto Emma me ha llamado desde el teléfono de Alexander Sinclair.

He supuesto lo que significaba y necesito muchas respuestas antes de hablar con Molly, ya que para mí es la única madre que he conocido, y no quiero hacerle daño alguno. Ese fue uno de los motivos por los que no busqué a mi familia, porque para mí ella era lo único importante, sobre todo, cuando mi padre murió. No puedo dejar de verlos como las personas que me han criado, que me han protegido y han estado toda la vida a mi lado.

Gruño cuando algo pequeño choca contra mi pecho. Bajo la mirada y lo primero que veo es el cabello rubio de cierta ninfa. Acaba de salir de casa de los Sinclair.

—¿Cómo has llegado tan rápido? —cuestiona, sorprendida—. Diana hace nada que te ha llamado. —Frunce el ceño.

—Cuando lo hiciste tú, salí de mi casa —explico—. No hay tráfico a estas horas, y con la moto se llega rápido.

—Pasa —dice, asintiendo con la cabeza—. Te están esperando.

Paso por su lado algo nervioso hasta que su voz me detiene antes de que llame al timbre. Me giro para mirarla, ella parece preocupada.

—¿Ethan? —Miro sobre mi hombro—. No les hagas daño —susurra—. Lo han pasado muy mal sin ti.

Se aleja, cruza la calle y entra en una casa muy parecida a esta. ¿Por qué no me extraña que vivan tan cerca? Tengo que armarme de valor para tocar el maldito timbre. Yo no debería estar aquí, llegué con la intención de decirles un par de cosas, ya que por su culpa me han echado de Tex, pero, cuando he escuchado la voz rota por el llanto de la esposa de Richard Sinclair, no he podido marcharme y, mucho menos, entrar en su hogar para discutir con su esposo e hijo.

—¿Vas a entrar o a quedarte como un pasmarote en la puerta? —Me giro y me encuentro a un chico con un parecido a Alexander, aunque claramente no es él, debe ser el mellizo pequeño—. Soy Anthony y, ¿tú eres…?

—Ethan —Algo brilla en sus ojos, la mano que tenía tendida cae a un costado—. Me han llamado tus padres.

—No puede ser —le escucho murmurar, se tambalea y lo cojo para que no caiga al suelo—. ¿Eres tú…? —jadea, llevándose la mano al pecho.

—¿Qué demonios? —llamo al timbre con insistencia mientras lo sostengo para que no caiga—. Ni se te ocurra morirte —mascullo entre dientes.

—Ni se me ocurriría ahora que estás aquí —susurra un poco más calmado, no deja de mirarme como si fuera una aparición.

—¿Qué le pasa? —pregunta Alexander cuando nos ve—. Papá, ¡trae la medicación de Anthony! —grita mientras lo entra en brazos.

—Estoy bien —replica—. Bájame, maldita sea.

—Cierra el pico —ordena—. No tendrías que haberte enterado así.

—Lo has encontrado, ¿verdad? —pregunta, tumbado en el sofá con los ojos cerrados—. Eres nuestro hermano —afirma, abriéndolos para mirarme con fijeza.

—Ethan. —Esa voz tomada por el dolor es la que me ha traído hasta aquí. Me giro para ver a una mujer hermosa, pero con una sombra de pesar que le hace ver más mayor de lo que debe ser—. Dios santo, eres una copia de mi Richard. —Sus manos temblorosas cubren sus labios, y yo no sé cómo comportarme.

—¿Podrías abrazarla? —pregunta Anthony—. Por favor…

Lo hago con incomodidad, pero, cuando ella se aferra a mí rota por los sollozos, mis brazos la rodean y dejo que sus lágrimas mojen mi camiseta. Murmura cosas sin sentido para mí, dejo que se desahogue, porque siento que lo necesita, ni siquiera se ha dado cuenta de que su hijo está indispuesto.

Cuando se calma lo suficiente, se separa un poco para observarme con detenimiento, una de sus manos se alza y acaricia mi mejilla muy despacio, como si disfrutara del contacto. Intento mantenerme sereno, no alejarme o hacer algún comentario fuera de lugar. La llegada del señor Sinclair me salva en cierta manera.

—Cielo, estás atosigando al niño —casi comienzo a reír a carcajadas, porque no creo que nadie pueda decir que parezco uno —. Discúlpala, Ethan.

—¿Debo entender que los análisis han dado positivo? —pregunto, carraspeando—. No imagino qué otro motivo podría haber.

—No sé por qué todavía lo dudas —espeta Alexander—. ¿Crees que mi madre se pondría histérica y mi hermano tendría una crisis solo con verte, si no fueras el Ethan que buscamos?

—Solo preguntaba para asegurarme. —Me encojo de hombros.

—Por favor —susurra la mujer—. Solo quiero, necesito…

—Anthony, hijo, ¿estás bien? —pregunta el señor de la casa—. Tu madre está tan conmocionada que ni siquiera se ha dado cuenta.

—Sí, papá. —Se toma la medicación que el hombre le tiende y poco después ya tiene mejor color—. Solo ha sido la sorpresa.

—Mejor —suspiro, aliviado—. No quiero cargar con la culpa de que te pase algo por aparecer por aquí.

—No te preocupes —dice con un movimiento muy gracioso de la mano—. Puede que me quede poco tiempo de vida, pero tú no eres el responsable.

—¿Perdón? —pregunto, sorprendido.

—Anthony —exclama su madre—. Sabes que odio que hables así. Encontraremos la forma de curarte, solo debes tener paciencia.

—¿Más? —cuestiona con sorna—. Mamá, deja que hable con mi hermano mayor por primera vez tranquilamente.

—Esto es muy raro —mascullo, sintiendo la boca seca—. ¿Qué te sucede?

—Nací con una enfermedad del corazón —explica con tranquilidad—. Me han operado dos veces sin éxito. Lo mejor para mí sería un trasplante, o puede que no llegue a los treinta.

Saberlo me provoca un vuelco extraño en el pecho. Puede que todavía tenga que hacerme a la idea de que los que me rodean son mi familia, aun así, saberlo enfermo no me gusta.

—No deberías rendirte con tanta facilidad —le digo molesto.

—Imagino que no eres de los que se rinde —replica—. ¿Dónde has estado estos años, hermano?

Nadie me había llamado así antes. La señora Sinclair me invita a sentarme, y lo hago frente a ellos. ¿Qué debería contarles?

—No muy lejos de aquí —digo sin entrar en detalles. No hablaré de más hasta estar seguro de que Molly no tendrá problemas—. He

sido criado por dos buenas personas que me encontraron en una iglesia.

—¿Cuál? —pregunta el señor Sinclair—. Necesitamos información, Ethan —explica—. Tenemos que saber quién nos alejó de ti y por qué.

—Ellos no tuvieron nada que ver —les defiendo, dispuesto a marcharme—. Como digo, me dejaron en una iglesia, y el cura, al saber lo desesperados que estaban por tener hijos que nunca llegaban, me entregó.

—¿Sin más? —cuestiona Alexander—. No tiene sentido.

—Sí lo tiene —rebato tenso—. Algo que no es negociable es la tranquilidad y seguridad de Molly.

—¿Molly qué más? —sonrío, sabiendo lo que busca.

—No necesitas saber más que me criaron lo mejor que pudieron y, lo más importante, con mucho amor.

—Me alegro tanto de que tu infancia haya sido feliz —exclama la mujer que hasta ahora se había mantenido en silencio, observándome embelesada.

—Lo ha sido —asiento—. Puede que no me haya criado en Back Bay, pero lo realmente importante jamás me ha faltado.

—¿Qué has estudiado como para trabajar con la competencia? —pregunta el señor Sinclair.

—Empresariales —respondo—. Por cierto, gracias por recordarme que me habéis dejado sin trabajo.

—Qué tontería —exclama Anthony, levantándose ahora con mejor aspecto—. Eres el mayor, por lo que la dirección de Sinclair Pharmaceuticals es tuya. Lo cierto es que le haces un favor a Alexander. —Miro al otro que se ha mantenido en silencio—. Él estudia abogacía.

—Alto ahí —replico—. ¿De dónde habéis sacado que yo voy a dirigir nada? Mi vida no está aquí, he venido porque ella —señalo a la mujer, que ahora me mira preocupada apretando sus manos en señal de nerviosismo— me lo ha suplicado.

—Pero eres nuestro hijo —rebate temblorosa—. Tu lugar está aquí, con nosotros. Tú mismo has dicho que has estudiado empresariales, por lo que estarás más que preparado para asumir el mando cuando Richard se jubile.

CAPÍTULO 9

Emma.

Vuelvo a mirar por la ventana con la esperanza de ver si Ethan se queda o se marcha. Estoy nerviosa, temo cómo pueda reaccionar, ya que imagino que los Sinclair querrán que permanezca en sus vidas. Ahora que lo han encontrado, no van a dejarlo marchar tan fácilmente.

—¿Qué demonios haces? —pregunta mi madre desde la butaca donde se pinta las uñas de las manos—. Me estás poniendo de los nervios.

—Solo quiero saber si Ethan se queda mucho rato o no —respondo sin pensar.

—¿Ethan? —exclama, alzando la voz sorprendida—. ¿Ese hombre está en casa de los Sinclair?

—Claro, mamá. —La miro extrañada por su comportamiento—. Alexander tenía razón —añado—. Es el hijo que secuestraron hace veintiocho años.

—¡No puede ser! —se levanta con rapidez pálida—. ¡Eso no es posible! —sale corriendo hacia la puerta, y la veo dispuesta a cruzar la calle.

—Mamá, no —grito mientras la sigo—. Es algo íntimo, no pintas nada ahora mismo. —Cojo su brazo cuando ya ha tocado al timbre.

—Suéltame, Emma —ordena, luchando contra mí—. Tengo que verlo.

La puerta se abre, Alexander parece sorprendido por vernos, pero mi madre no le da tiempo a que él abra la boca. Le empuja para pasar, y la sigo avergonzada para poder llevármela de aquí. Al entrar al salón, la sorprendo observando a Ethan como si fuera un fantasma.

—¿Eres tú? —pregunta—. ¿Os habéis asegurado?

—¡Mamá! —Me siento tan avergonzada que bien podría salir corriendo para no volver a poner un pie en esta casa.

—Corinne. —Richard no parece muy contento por la intromisión —. Por supuesto que sí, pero tú mejor que nadie debería ver el parecido conmigo.

—Claro que lo veo —se excusa, ofendida—. Pero eso no prueba nada. —Se cruza de brazos—. Lo siento si sueno como una harpía, pero no quiero que os hagan más daño.

—Señora, no he sido yo el que les ha buscado —la aparente frialdad de Ethan asusta más que si hubiera gritado encolerizado.

—Entonces, ¿es verdad? —vuelve a insistir—. ¿Tenéis las pruebas?

—Han sido positivas sin lugar a duda, Corinne, por lo que tu preocupación en este asunto está de más —Alexander no oculta su enfado—. Esto es una reunión familiar, por lo que… —lo deja en el aire pero es una clara invitación para que nos larguemos.

—No os molestéis —dice Ethan, levantándose—. Yo ya me iba. Debo volver a casa. Como os he dicho, para mí esto no cambia las cosas, dejémoslo todo tal como está.

—Pero ya estás en casa —exclama la señora Sinclair, levantándose también para cogerle la mano ansiosa—. No me pidas

que haga como si no te hubiera encontrado después de que te arrebataron de mis brazos hace casi tres décadas.

—No puedo hacer eso —niega—. No voy a abandonar a mi madre.

—Tu madre te está implorando que no te vayas —masculla Anthony—. Puedo entender que sientas cariño y lealtad por la mujer que te ha criado, pero...

—No entiendes una mierda, chico. —Ahora sí está furioso—. Ella me ha criado, y no pienso darle la espalda y abandonarla como a un perro.

—No te estamos pidiendo eso, Ethan. —El señor Sinclair intenta mediar—. Solo que pases tiempo con nosotros, disculpa a tu madre —carraspea—. Todos lo hemos pasado mal, pero Diane ha sido una sombra de la mujer que era desde que te perdió.

—Y lo siento mucho —dice sin dar su brazo a torcer. Frunzo el ceño molesta ante su falta de tacto—. Pero no fue culpa mía, ni vuestra. No me pidáis que deje toda mi vida atrás para empezar una nueva en un sitio que no es el mío.

—¿Nunca te has sentido fuera de lugar? —pregunta Alexander de brazos cruzados muy cerca de mí—. Tu silencio es suficiente respuesta. Eres ambicioso, o no hubieras llegado hasta Tex siendo tan joven.

—¿Y eso qué demonios tiene que ver? —cuestiona con desconfianza.

—Te ofrecemos dirigir Sinclair Pharmaceuticals. —Sonríe como si ya se creyera vencedor—. Hermano, tú sabes al igual que todos los aquí presentes que es mucho mejor que tu anterior trabajo.

—¿Y para ello debo abandonar a la mujer que me acogió en su casa? —pregunta entre dientes—. ¿Esa es la condición? Porque si es así, puedes meterte la oferta por el culo, hermanito.

Mi madre jadea, los demás se mantienen en silencio hasta que el señor Sinclair estalla en carcajadas para que los mellizos lo imiten poco después. Diane no sabe dónde meterse, y yo me pregunto por qué demonios se ríen si la tensión que reina en el salón se puede cortar con un cuchillo.

—No sabes lo que hubiera dado todos estos años por escuchar a mis hijos discutir —explica cuando se calma un poco—. Puede que suene a locura, pero esa es la verdad.

—Ethan. —La voz dulce de Diane atrae su atención de nuevo—. No te estoy pidiendo que la abandones. De hecho, me gustaría conocerla porque quiero darle las gracias por haberte criado. No podré pagarle jamás el hecho de que fuera ella y no cualquier desalmado quien te adoptara.

—Ahora mismo no puedo con esto —le dice, mirándola a los ojos atormentado—. Lo siento.

Se suelta de su agarre y sale corriendo, a pesar de que lo llama una y otra vez.

—Déjale espacio, cielo. —El señor Richard, a pesar de la emoción de saber que ha encontrado a su hijo, es el que se está guiando más por la cabeza que el corazón—. Debemos darle tiempo para que lo acepte.

—No parecía desconfiar —intercede mi madre—. ¿Sabía que era adoptado? Qué conveniente.

—Deja de inmiscuirte donde nadie te llama —siseo furiosa—. Vámonos a casa.

Lejos de hacerme caso, se acerca hasta su amiga y la abraza. La señora Diane llora desconsolada, y me parte verla así, por lo que sin pensar, salgo corriendo con la esperanza de encontrar al responsable de dejarla en semejante estado y decirle un par de cositas.

—Ethan. —Lo encuentro cuando está poniéndose el casco ya subido a su moto color negro—. Creo que has sido un poco imbécil

allí dentro.

—¿Perdona? —cuestiona, mirándome con esa mirada penetrante de largas pestañas—. Lo que yo creo es que te estás metiendo donde no te importa, Ninfa.

—Me importan, porque son mi familia. —Alzo el mentón—. Me he criado en la casa Sinclair y me duele verlos así. Diane está llorando, es tu madre y parece no importarte.

—No los conozco —exclama enfurecido—. Molly también llorará si la dejo atrás por ellos.

—No tienes por qué hacerlo —le digo para calmarlo, para que entienda que no debe elegir—. Diane es tu madre biológica, la mujer que te ha buscado sin cesar, y Molly la que te ha criado sin haberte tenido en su vientre. Ambas te aman, y tú puedes amarlas a las dos.

—¿Y vivimos felices y comemos perdices? —pregunta con sorna —. Rubia, el mundo real no funciona así. Ni yo ni Molly encajaríamos aquí. —Mira a su alrededor—. Mejor dejarlo así.

CAPÍTULO 10

Ethan

Sus gestos la delatan, no le gustan mis palabras.

—No puedes hacer eso —recrimina empujándome, cojo una de sus manos—. Suéltame —muerde la orden.

—Ninfa —susurro, dando un tirón para que quede contra mi pecho. Solo nos separa la moto, porque me ha pillado subido en ella —. No me des órdenes. —Miro sus labios entreabiertos—. Solo me gusta aceptarlas en la cama.

—¿No puedes dejar de pensar en eso? —masculla sonrojada, pero su respiración se ha acelerado, y puedo sentir sus pezones contra mi pecho, consiguiendo ponerme cardíaco—. Eres un salido.

—No lo soy —río, negando con la cabeza—. Pero tú eres una maldita tentación.

—Una que te vas a quedar con las ganas de probar. —Me empuja y, como toda la sangre la tengo en cierta parte de mi anatomía, no reacciono lo suficientemente rápido, por lo que consigue alejarse—. No me acuesto con cabrones prepotentes, egoístas e incapaces de tener un poco de empatía.

Entrecierro los ojos y aprieto los dientes con ganas de mandarla al infierno. Tras unos instantes, asiento y arranco la moto acelerando para salir de allí como alma que lleva el diablo. Recorro las calles de

Boston sin poner rumbo a mi casa, no quiero que Molly me vea en este estado y comience a preguntarme. Ella no tiene por qué saber que, por una jodida casualidad del destino, mi familia me ha encontrado a mí.

Ahora me encuentro sin trabajo y con un marrón de la hostia encima, porque no creo que los Sinclair se mantengan al margen y, lo que es peor, no estoy seguro de querer que lo hagan. Diane me ha conmovido, puede que Emma crea que soy un bastardo sin corazón, no necesito que sepa que no es así. Después, la enfermedad de Anthony, mascullo una maldición y decido detenerme antes de tener un accidente. Lo hago y bajo de la moto. Al mirar a mi alrededor, me doy cuenta de que me encuentro en una zona bastante alejada rodeado de árboles. Me giro y puedo ver Boston por completo, ha anochecido, por lo que es todo un espectáculo.

—Maldita sea —pego una patada a una piedra—. ¿Por qué me importa que esté enfermo? Es un desconocido para mí y… —Cierro los ojos sabiendo muy en el fondo que saber qué es mi hermano ya hace que me preocupe por él, puede que no nos hayamos criado juntos, , aun así, eso ya no cambia nada para mí—. Conque cabrón egoísta e insensible —mascullo furioso, porque me haya sentenciado creyendo conocerme.

No estoy seguro de cuánto trascurre. El sonido de mi teléfono sonando es el que me hace reaccionar, tan perdido estaba en mis pensamientos que no he sido consciente del paso del tiempo.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunto, intentando aparentar normalidad.

—¿Dónde estás? —pregunta—. Ha venido un chico a buscarte bastante preocupado.

Me tenso. Como sea alguno de los Sinclair, voy a partirle todos los huesos de su cuerpo.

—¿Te ha dicho cómo se llama? —pregunto, subiéndome a la moto.

—Anthony —mascullo una maldición—. Ethan —exclama—. No corras con ese cacharro infernal…

Cuelgo y arranco para llegar lo antes posible a mi casa, rezando porque el bocazas de mi hermano no diga nada que pueda hacer sospechar a mi madre. Les he dejado claro que para mí es lo más importante, por lo que, si no respetan eso, ni siquiera volveré a plantearme tener algo de relación con ellos.

Llego en tiempo récord y entro como una exhalación en casa. Me quedo petrificado cuando los veo en la cocina tomando un té mientras charlan animados, como si se conocieran de toda la vida.

—Cielo —saluda mi madre, no veo en ella nada que me haga sospechar—. No me habías dicho que tenías dos hermanos menores…

La mirada que le lanzo a Anthony mientras avanzo hacía él debe darle una pista de lo que pienso hacerle, pero mi madre me detiene con sus palabras.

—Él no me ha dicho nada —informa, interponiéndose entre los dos—. Con solo verle, puedo ver que os parecéis.

La miro asombrado, preocupado y culpable a partes iguales. De reojo, me doy cuenta de que Anthony también la mira con culpabilidad. Al darse cuenta de que le observo, agacha la cabeza.

—Lo siento —susurra—. Solo queríamos asegurarnos de que estabas bien. —Me mira con una sonrisa torcida, apenada—. Emma nos dijo que estabas bastante alterado y estábamos preocupados. No imaginé que tu madre se daría cuenta, no le he dicho nada.

—Chico —sonríe Molly—. Tienes algunos rasgos que solo yo podría ver, lo he visto crecer hasta convertirse en el hombre que es. Y tú me recuerdas un poco a Ethan. —La miro casi horrorizado, haciendo que suelte una carcajada—. Esa lengua mordaz, esas bromas que utilizáis como coraza…

Ambos nos miramos asombrados, mi hermano pequeño carraspea incómodo. Por mi parte, no sé qué demonios decir o hacer; no me gusta que haya venido a mi casa, con un simple vistazo soy capaz de ver lo fuera de lugar que está, al igual que yo lo estaba en Back Bay.

—Os dejo —dice mi madre, rompiendo el tenso silencio—. Tendréis mucho de qué hablar.

—Mamá. —Cojo su brazo con cuidado cuando pasa por mi lado —. Lo siento. —Un nudo en mi garganta se instala cuando veo que intenta ocultar la preocupación.

—Cariño… —Alza su mano para acariciar mi mejilla—. No has hecho nada malo, sabía que este día llegaría.

Se marcha, dejándonos solos. Debo contenerme para no salir tras ella, pero, para hacerlo, primero debo dejarle claro algo a mi hermano menor, que me mira preocupado. Hace bien en estarlo.

—No sé quién ha sido el imbécil que ha tenido la idea de enviarte aquí —comienzo a decir entre dientes—. ¿Creíais que por ser tú no os iba a mandar al infierno? —alzo la voz perdiendo la paciencia, recordar la mirada de mi madre me enfurece.

—Ellos no lo saben —defiende de inmediato—. Ha sido decisión mía.

—Como será cosa tuya decirles que no quiero volver a veros —sentencio, abre mucho los ojos—. Ahora, lárgate de mi casa.

—No puedes hacer eso —implora—. No los castigues a ellos, por favor —intento una vez más que no me afecte—. Castígame a mí, pero no a nuestros padres ni a Alexander. Prometo que no volverás a verme.

—Márchate ya, Anthony —le pido ahora con brusquedad, lo mejor es cortar por lo sano—. Ya has hecho demasiado. Solo os pedí una cosa —señalo con el dedo la puerta por la que ha salido mi

madre—. Que ella no sufriera —bramo con ganas de asestarle un puñetazo.

—Lo siento —repite una vez más—. Como te he dicho, no pensé que podría reconocerme. —Se dirige a la puerta de la cocina—. Piénsatelo, por favor —suplica una vez más—. No castigues a los demás por mi metedura de pata. Me mantendré alejado de ti. Después de todo, sabemos que más pronto que tarde ya no estaré en este mundo. Adiós, Ethan —se despide con la voz rota, aprieto los puños temblando por la avalancha de emociones que me invade.

—¡Joder! —bramo cuando cierra la puerta. Mis manos barren la mesa de la cocina tirando todo lo que hay sobre ella.

—No dejes que se vaya así. —La voz de mi madre me hace girar la cabeza sorprendido—. Ethan —implora ella, también rompiéndome—. Es tu hermano… ¿Qué significa lo que ha dicho? —pregunta.

CAPÍTULO 11

Emma.

No creo que haya sido buena idea que Anthony fuera a casa de Ethan. No sé cómo, los Sinclair han tenido su dirección todo este tiempo desde que sospecharon que podría ser su hijo, y no se han acercado para hablar con él. Imagino que querían charlar primero en un lugar neutral, aunque, visto el éxito obtenido después de presentarse en la empresa rival para hacerlo, creo que mejor hubiera sido hablar en cualquier otra parte.

Hace frío. Me abrazo a mí misma mientras paseo arriba y abajo por la acera de nuestra calle a la espera de que regrese. Me siento responsable. Cuando ha salido tras su hermano, acababa de marcharse, y me encontraba frustrada, furiosa y preocupada a partes iguales, por lo que he hablado sin pensar.

—Menos mal —mascullo cuando veo cómo el coche de Anthony enfila la calle—. ¿Cómo ha ido? —pregunto en cuanto abre la puerta. Cuando nuestros ojos se encuentran, obtengo mi respuesta—. Fatal —afirmo.

—La he cagado —reconoce, pasándose una mano por su cabello castaño—. No quiere volver a vernos. —Abro mucho los ojos impresionada por el dolor que detecto en su voz—. Su madre me ha reconocido y…

—Dios mío —exclamo ahora preocupada—. ¿Cómo es posible?

—Dice que nos parecemos. —Se alza de hombros y sonríe con tristeza—. Jamás pensé que lo hiciera, Emma. —Parece tan perdido —. Solo quería asegurarme de que estaba bien, hablar con él para poder llegar a un entendimiento y…

Lo abrazo porque comienza a llorar. No es bueno que lo haga en su estado. Intento calmarlo diciéndole que todo saldrá bien, que lo pensará mejor y volverá, pero ni yo las tengo todas conmigo. Si pudiera, lo golpearía hasta hacerlo entrar en razón. ¿Cómo puede hacerles esto? La furia que se había evaporado comienza a invadirme de nuevo.

—Debes tranquilizarte o tendré que avisar a Alex —amenazo con cariño—. ¿Tengo que buscar tu medicación?

—Mi maldito corazón está bien, Emm —masculla—. Duele mucho más saber que soy el culpable de que Ethan no le dé una oportunidad a mi familia.

—Deja de preocuparte por eso —replico nerviosa—. Hablaré con él, ¿de acuerdo? —le digo con la esperanza de que eso lo tranquilice.

—¿Lo harías? —pregunta, esperanzado—. Yo volvería allí mil veces, pero le he prometido que me mantendré fuera de su camino si con ello le da una oportunidad a mis padres y a Alexander.

—Maldito bastardo —mascullo, odiándole por lo que ha hecho—. Dime la dirección —le exijo—. Voy a terminar esto de una maldita vez. ¿No nos quiere por allí? Bien, pues va a tener doble ración.

—No creo que sea lo mejor, Emma —dice algo indeciso—. Debe estar hablando con su madre…

Frunzo el ceño porque tiene razón. Puede que ese imbécil me importe un pimiento, pero no quiero hacerle daño a la pobre mujer. Asiento, mordiendo mi labio indecisa…

—¿Tienes su teléfono? —pregunto, niega—. Joder, tendré que pedírselo a Alex.

—No le digas lo que ha pasado —me pide de inmediato—. No quiero que me parta la cara.

—Tu hermano no te ha pegado en la vida —le defiendo—. No seas exagerado.

—Porque estoy enfermo —replica mientras caminamos hasta su casa—. Ni siquiera discute conmigo, ni tan siquiera lo intenta. Siempre controla ese carácter que tiene cuando se encuentra a mi alrededor. Creo que morirá de una ulcera por todas las veces que ha tenido que contenerse.

No puedo evitar reírme ante su ocurrencia. Puede que sí tenga algo de razón. Alexander siempre ha intentado contenerse a su alrededor por temor a perderlo. Creo que eso ha condicionado su carácter, le ha vuelto más frío, más comedido, pero pienso que de los tres es el hermano más letal. Ni siquiera Ethan con su chulería, sus comentarios mordaces y su poca paciencia impone tanto como cuando Alexander Sinclair te mira con esa frialdad en sus ojos.

Al entrar, no lo encuentro, por lo que subo a su habitación como si fuera mi propia casa. Lo cierto es que no le he mentido a Ethan, he pasado más tiempo aquí que en la mía. Golpeo despacio la puerta y entro una vez me da permiso. Lo encuentro en su escritorio, estudiando, como siempre.

—Necesito que me des el número del imbécil de tu hermano —se gira para mirarme, le tiendo el móvil para que lo apunte—. Vamos —insisto—, no tengo toda la noche, Alex.

—¿Para qué lo quiere? —pregunta desconfiado—. Creo que es mejor que le dejemos espacio.

—¡Otro! —Ruedo los ojos cansada de escuchar lo mismo—. Tranquilo, no pienso invadir su espacio. Solo necesito decirle algo. —Me encojo de hombros.

Suspira dudando durante unos segundos. Finalmente, lo apunta y me lo devuelve. Sonrío agradecida y me despido de él saliendo de

su cuarto para dejarle seguir estudiando. Bajo las escaleras a la carrera y vuelvo a mi casa, no veo a mi madre por ningún lado, no le doy importancia y me escondo en mi habitación.

—Ahora va a saber quién es Emma Sullivan —mascullo mientras tecleo con rapidez.

Emma:

Creo que eres el mayor cabrón que he tenido la desgracia de conocer. ¿Cómo puedes hacerle algo así a Anthony? Da gracias que no ha tenido que medicarse o algo peor, porque, si no, te juro que te ibas a arrepentir.

Dejo el teléfono sobre la mesilla de noche y me voy al baño para darme una ducha rápida. Diez minutos después, me he puesto un pijama y me cepillo el pelo distraída. El pitido de un nuevo mensaje llega, y me levanto del tocador para leerlo.

Ethan:

Me tienes hasta los cojones, Rubia. No sé por qué los defiendes con tanto fervor. Dime, ¿con cuál se supone que vas a casarte? ¿Te tiras a los dos y por eso te sale la vena posesiva?

No puedo creer lo que leo, ¿cómo se atreve a llamarme zorra? Si lo tuviera delante, le daría una bofetada que le haría saltar todos los dientes de esa bocaza que tiene.

Emma:

Lo cierto es que no me acuesto con ninguno, pero, al menos, tienen más posibilidades de hacerlo que tú. Arregla toda esta mierda mañana mismo, te lo advierto.

Como me responda alguna gilipollez, soy capaz de presentarme en su casa, y al infierno con todo. Estoy tan nerviosa que no consigo mantenerme quieta por mucho tiempo, maldigo la hora en que nos conocimos en esa maldita fiesta a la que no debería haber asistido, si no fuera porque mi madre me obliga.

Otra vibración en mi móvil…

Ethan:

Solo por amenazarme, debería ir a tu casa y dejarte el culo tan rojo como un tomate. No vuelvas a ordenarme una mierda y no me escribas, si no es para quedar y hacerte gritar mi nombre, pija insufrible.

—¿Pija insufrible? ¡Cabrón prepotente! —grito, lanzando mi teléfono a la cama con rabia—. ¿Cómo coño se atreve a hablarme así?

Emma:

Que te follen.

Bloqueo su número y me acuesto en la cama sabiendo que no voy a poder pegar ojo en toda la noche por lo furiosa que me encuentro. Ahora me siento como una estúpida por haber reaccionado cuando me ha cogido entre sus brazos, por dejar que su voz ronca y sugerente hiciera que mis pechos le dejaran más que claro que tiene el poder de excitarme. Me remuevo inquieta en la cama y aprieto mis piernas porque con solo recordarlo he vuelto a humedecerme. Maldigo entre dientes. Intento pensar en otras cosas, como, por ejemplo, en lo egoísta que es, en el dolor que he sido testigo en los ojos de los Sinclair.

—Mierda —gimo cuando no tengo más remedio que meter una de mis manos entre mis muslos y acariciarme. No necesito mucho para explotar en un orgasmo que me deja lo suficientemente relajada como para dormirme.

◆ ◆ ◆

Los días pasan y soy testigo de cómo mis vecinos se ponen más impacientes, de cómo Anthony se siente culpable por el dolor que se refleja en Diane, y yo sigo furiosa con ese patán. No he vuelto a saber nada de él, porque no he desbloqueado su número. Hacerlo

solo me enfurecería más y podría terminar haciendo algo que dañaría a personas inocentes.

—¿Qué tal llevas los exámenes finales? —pregunto a Alexander, ambos estamos sentados en la terraza de su casa, viendo el atardecer.

—Bien —es su escueta respuesta—. Tengo ganas de terminar —suspira, se le nota cansado.

—¿Y tú? —cuestiona, mirándome—. ¿Cuándo abres tu consulta?

—No lo sé —musito—. Me gustaría no depender de mi padre para ello. Tal vez comience a trabajar para otros y consiga un préstamo.

—Si lo haces para que tu madre no pueda echarte nada en cara —comienza a decir con el ceño fruncido—, mi padre puede ayudarte…

—¡No! —exclamo azorada—. Me gustaría hacer las cosas por mí misma.

—Emm, has conseguido sacarte una carrera en tiempo récord siendo la mejor de tu promoción —replica—. No dejes que tu madre te haga creer que no sirves para nada más que ser una cara bonita que adorna el brazo de un hombre.

—Gracias —le digo con cariño—. ¿Por qué muchas veces pareces tú el mayor? —cuestiono, bromeando—. Has crecido demasiado rápido, Alex.

—Todos tenemos que hacerlo algún día. —Se encoge de hombros, restándole importancia. No le gusta que le digan que ha hecho bien las cosas, como si ese hecho le incomodara—. ¿Crees que mi hermano se pondrá en contacto con nosotros? —pregunta por primera vez desde que Ethan estuvo en esta casa—. Pasan los días, y pierdo la esperanza.

—Debéis darle tiempo —aconsejo—. No es fácil digerir que tienes otra familia.

—Lo sé —asiente—. Pero tampoco es fácil encontrarlo para sentir que se me escapa de las manos nuevamente.

—Ethan no parece un hombre fácil de llevar —replico—. Por lo que es mejor esperar a que decida venir de nuevo.

—No lo hará. —Muerdo mis labios y rehúyo su mirada—. Puede que no nos hayamos criado juntos, pero sé que no volverá. Y eso está matando a mi madre más rápido que la ausencia que hemos sufrido todos estos años.

—No digas eso —susurro preocupada, pero sé que tiene razón, yo misma soy testigo de cómo Diane se consume un poco más cada día que no recibe noticias de su hijo mayor.

—Tengo que contenerme para no ir a buscarlo y partirle la cara —gruñe—. Siempre debo hacerlo —se queja—. Y siento que un día voy a estallar y romperme en mil pedazos.

—Eso no va a pasar —espeto—. Alexander, mírame —le pido, obedece poco después con el tormento reflejado en su mirada—. Cada vez que necesites desahogarte, búscame.

—Qué forma más conmovedora de ofrecer sexo, Rubia —me tenso ante el sonido de esa voz.

CAPÍTULO 12

Ethan

Pasan los días, y no puedo olvidar la conversación que tuve con la mujer que me ha criado. Y es por eso que me encuentro camino de la casa de los Sinclair después de pensar mucho en sus palabras y de luchar contra el remordimiento, las preguntas y la curiosidad.

◆ ◆ ◆

—Respóndeme, hijo —insta mi madre—. ¿Por qué ese chico tiene en la mirada una sombra que ni todas las sonrisas falsas del mundo pueden borrar?

—Está enfermo —respondo. Las palabras son como serrín en mi boca—. Nació con un problema del corazón. Según me ha explicado, le han operado en varias ocasiones sin éxito.

—Pobre muchacho —se lamenta—. Tus padres deben de haber sufrido muchísimo. —La miro impresionado, pero así es ella—. Primero, te pierden a ti; luego, uno de sus hijos nace enfermo. —Su voz se rompe, la abrazo porque sé que está llorando, aunque quiera ocultarlo.

—Mamá, tranquilízate —le pido con dulzura—. Anthony es joven, se pondrá bien —miento.

—Tu hermano se ha despedido de ti —se aparta enfadada—. ¿Cómo puedes ser así? Me estás mintiendo, Ethan. Ese chico sabe que tiene el tiempo contado, y tú…

—¿Yo qué, mamá? —interrumpo—. ¿Salgo por esa puerta y te doy la espalda? ¿Comienzo una vida de lujo siendo el heredero de uno de los hombres más ricos de Estados Unidos? —pregunto.

—¿Cómo puedes darles la espalda? —cuestiona de nuevo—. No debes pensar en mí, debes…

—¡Claro que debo! —vuelvo a impedir que siga hablando, porque parece haber perdido la cordura—. Te debo la vida, Molly, eres mi madre —me rompo, se acerca corriendo para abrazarme como tantas veces ha hecho a lo largo de los años.

—Y siempre lo seré —susurra—. No importa dónde vayas, no importa dónde vivas. —Se aleja y coge mi rostro entre sus manos para que la mire a los ojos—. En mi corazón, siempre serás mi hijo. He disfrutado de ti veintiocho años, mientras que la mujer que te dio la vida los ha pasado buscándote y, ahora que te han encontrado, ¿pretendes que sigan como si nada? Ethan, por favor, recapacita.

◆ ◆ ◆

Por ella me encuentro aquí. Me armo de valor y, cuando voy a llamar al timbre, escucho voces no muy lejanas. Frunzo el ceño y me asomo por el lado de la casa, me encamino hacia la parte trasera y descubro que la pija entrometida se encuentra hablando con mi hermano. Parece que consolarlo es una costumbre en ella.

Tras mi entrada triunfal, los dos parecen notar mi presencia, Alexander se levanta de su asiento mientras la Ninfa me mira desde el suyo como si quisiera matarme, sonrío para rematarla, casi puedo escuchar cómo rechinan sus dientes.

—Más respeto, hermano —amonesta. Alzo una ceja porque me parece gracioso que sea él quien me reprenda y, ¿por qué no? También me parece extraño que alguien me llame así cuando

siempre he sido hijo único—. ¿Qué te trae por aquí? Si vas a hacerle más daño a nuestra madre…

—Cierra el pico —ordeno molesto. Que me culpe a mí de hacerle daño cuando también soy una víctima en este asunto, me toca los huevos—. Tengo que hablar contigo.

—¿Conmigo? —parece sorprendido—. ¿De qué?

—Eres el abogado de la familia, ¿no? —cuestiono—. Quiero que me digas todo lo que sepas respecto a mi secuestro.

—Eso sería mejor que lo hablaras con papá —rebate—. Estudio abogacía, todavía no puedo ejercer.

—Tú me vales —insisto—. ¿O me doy la vuelta para no volver?

Me doy cuenta de que se tensa, puede que siempre haga lo que se espera de él, pero no le gusta que le den órdenes, al menos, yo. Puedo llegar a entenderlo, ya que nunca he sido bueno acatándolas.

—No juegues esa baza —advierte, acercándose—. Hablemos en mi habitación. Nuestros padres no están, pero puede que lleguen en cualquier momento, y como parece que no les quieres ver…

—Será mejor que me marche. —Me había olvidado de la Ninfa. La observo pasar por mi lado poniendo mucho cuidado de no tocarme.

—Sí —coincido con ella, solo para que me haga caso, para que alce su mirada y se encuentre con la mía—. No pintas nada aquí, Rubia. No vamos a necesitar desahogarnos.

—Maldito… —masculla, dispuesta a abalanzarse sobre mí, mi hermano la detiene.

—Basta —exclama—. Si vuelves a ofenderla, voy a golpearte, Ethan —advierte—. Emm, hablamos luego.

—Puedes intentarlo, hermanito —me burlo sin apartar los ojos de los de ella, que refulgen como dos llamas—. Adiós, Emm.

Se marcha mascullando una retahíla de insultos. No puedo evitar sonreír, porque parece un camionero en vez de la hija de los Sullivan. Puede que no sean tan ricos ni influyentes como los Sinclair, pero no se quedan atrás por mucho.

—¿Entramos? —Alexander llama mi atención, me giro y lo sigo por toda la casa hasta llegar a su habitación. Me invita a entrar, y lo hago sin perder detalle de nuestro alrededor. Decorada en azul oscuro y blanco sin mucha decoración, solo un par de fotos, una de los Sinclair al completo que me recuerda todo lo que me he perdido y otra de los mellizos—. Fue el día de nuestra graduación —explica cuando se da cuenta de que la observo—. Nos hubiera gustado que estuvieras con nosotros.

Intento que ese comentario no me afecte, pero lo cierto es que lo hace, porque siento lo mismo, sin embargo, de nada sirve darle la razón, ya que no va a cambiar el hecho de lo mucho que nos han arrebatado.

—Necesito que me enseñes todo lo que tienes —voy directo al grano, no me gusta regodearme en las desgracias—. Cualquier cosa, Alexander.

Asiente y abre uno de los cajones de su escritorio. Saca una carpeta y me la tiende. La cojo con mano temblorosa consciente de que lo que haya en ella puede ayudarme a descubrir que sucedió aquella fatídica noche donde nos truncaron la vida.

—Es todo lo que hemos podido conseguir —dice—. Prácticamente nada, Ethan —masculla molesto—. Tú nos dijiste más el otro día que lo que padre pudo averiguar hace años.

—¿Estás de broma? —mascullo—. ¿Esto es todo? ¿Es todo lo que habéis buscado? —le recrimino, alzando la voz.

—Nunca dejaron de buscarte —rebate con fervor—. He dicho que no consiguieron información, y pronto la policía archivó el caso como uno más de desaparición.

—Esto tiene que ser una jodida broma —murmuro—. Hemos vivido en la misma ciudad, Alexander —acuso sin poderlo creer.

—¿Crees que no me jode? —pregunta furioso—. ¿Crees que papá no se siente culpable por haberte fallado?

—No voy a dejarlo pasar —sentencio—. No voy a descansar hasta descubrir quiénes fueron los cabrones que me robaron y por qué.

—Estoy de acuerdo —asiente con decisión—. Te ayudaré en todo lo posible. Prefiero dejar a Anthony fuera, creo que entiendes el motivo.

—Por supuesto. —Me muerdo el labio luchando, finalmente pierdo la batalla—. ¿Cómo está?

—Como todos —responde—. Triste. Lo he visto bastante callado, pero no ha querido decirme nada. Se alegrará de verte.

CAPÍTULO 13

Emma

Intento concentrarme en lo que estoy leyendo, pero me es imposible. Me pregunto si estarán matándose entre ellos o podrán mantener una conversación como adultos civilizados.

—Aunque eso sería un maldito milagro —mascullo—. Con ese imbécil, es imposible mantener la cordura intacta. Cuando abre su bocaza, es para decir algo ofensivo.

—¿Hablando sola, hija mía? —La voz de mi padre me sorprende, ya que no suele venir mucho por casa.

—Papá —exclamo contenta de verle, me levanto y me lanzo a sus brazos abiertos—. ¡Cuánto me alegro de verte! —musito contra su cuello.

—Y yo a ti, pequeña —susurra, apretándome contra su pecho—. ¿Cómo has estado? ¿Ya tienes todo listo para abrir tu consulta?

Me tenso, es algo que he estado posponiendo. Me separo y veo que ha perdido la sonrisa al darse cuenta de mi reacción.

—¿Qué sucede, Emma? —cuestiona—. Sabes que puedes confiar en mí.

—Lo sé —asiento—. Es solo que… —No estoy segura de qué decir, porque no quiero crear más problemas entre mis padres. Ellos solos ya tienen bastantes sin que yo meta baza.

—No dejes que tu madre meta cosas en tu cabeza —aconseja, lo miro sorprendida—. Cielo, son muchos años —sonríe con tristeza —. No permitas que trunque tus sueños.

—Alexander me ha dicho lo mismo —le cuento indecisa.

—Siempre ha sido un muchacho inteligente —apostilla—. Quiero que mañana te pongas manos a la obra, pequeña. ¿Me has oído?

—¡A sus órdenes! —Hago un saludo militar que nos hace reír a los dos.

—Vaya, vaya, vaya. —La llegada de mi madre nos interrumpe—. Si el gran Troy Sullivan se ha dignado a venir a su casa.

—Corinne —saluda, intentando no entrar en su provocación—. Tan encantadora como siempre. Yo también me alegro de verte.

—Corta el rollo —espeta—. ¿Qué te trae por aquí?

—Vivo aquí —responde con aparente tranquilidad, pero sé que en breve comenzaran los gritos, los portazos y él se irá de nuevo dejándome atrás.

—Por supuesto —responde, dirigiendo su mirada hacia mí—. No te he visto mucho en estos días, Emma —replica—. ¿En qué andas metida?

—En nada. —Me encojo de hombros, no suelo contarle mis planes, mucho menos, problemas que ella jamás entenderá.

—Ya le he dicho que, a partir de mañana, quiero que se ponga en marcha para abrir la consulta —interfiere mi padre, cierro los ojos a la espera de escuchar alguno de sus comentarios despectivos—. Elige lo que más te guste, o lo haré yo, señorita

—Sí, papá —replico, asintiendo porque sé muy bien que es capaz de ocuparse de todo sin que me entere.

—Voy a darme una ducha. —Me da un beso en la frente y se marcha silbando como si nada.

—¿Lo has llamado tú? —pregunta en cuanto lo perdemos de vista.

—No —respondo con sinceridad—. Creo que tiene tanto derecho o más de venir aquí que tú, mamá —añado molesta—. ¿Acaso necesita un motivo para venir a su propia casa?

—No seas insolente —espeta—. No me hables así, Emma.

—No tengo ganas de discutir —suspiro, empezando a sentir presión en las sienes. El dolor de cabeza se avecina—. Si me disculpas…

Huyo a mi habitación. Una vez en ella, aparto las cortinas para mirar al frente. Esto comienza a convertirse en una costumbre, seguro que si Ethan lo supiera, me regalaría alguna de sus pullas que conseguiría avergonzarme.

Su moto continúa en la puerta, por lo que todavía sigue hablando con Alex. Muerdo mis uñas con nerviosismo, ya que mi amigo no se encuentra tan calmado como suele estar y cualquier comentario fuera de tono puede hacerlo explotar.

—No tendría que haberles dejado solos —mascullo—. ¡Al infierno! —Me alejo de la ventana y me preparo para bajar a cenar.

Como imaginaba, la cena con mis padres es de todo menos amena o divertida. La tensión se puede cortar con un cuchillo, apenas puedo probar bocado y, cuando nos retiran los platos, parece que la cabeza me va a estallar.

—Deberías tomar algo para el dolor, cielo —miro sorprendida a mi padre—. Sé reconocer tus gestos —añade—. No dejes que el dolor aumente, o comenzarás a vomitar. ¿Has tenido episodios fuertes?

—Por el amor de Dios —masculla mi madre—. Deja de tratarla como una niña, Troy.

—Para mí siempre lo será —replica—. ¿Pretendes que no me preocupe cuando sé que está sufriendo?

—Es un maldito dolor de cabeza —exclama—. Se toma una pastilla, y punto. Suele ser muy conveniente, ¿verdad, Emma? —pregunta sonriendo—. Tus migrañas van y vienen a conveniencia, la tuya, por supuesto.

—Basta, Corinne —ordena mi padre, cierro los ojos intentando que el ramalazo de dolor que pincha tras mis párpados desaparezca —. No comprendo cómo eres capaz de dudar de ella, está pálida y no ha probado bocado.

—Será porque la cena no ha sido precisamente una celebración —apostilla con sorna—. Ve a dormir, Emma. Mañana seguro que estás mejor.

Me levanto solo para poder huir, me tambaleo porque siento un pequeño mareo. Mi padre reacciona y se levanta para cogerme antes de que me caiga al suelo. Una arcada me sobreviene y, aunque intento contenerla, vomito lo poco que he comido.

—Maldita sea, Emma —escucho que mi madre se queja—. Voy a vomitar yo también —se lamenta, saliendo corriendo del comedor.

—¿Qué le viste? —pregunto cuando soy capaz de hablar. Mi padre ríe con resignación.

—Ni lo recuerdo —responde—. ¿Te encuentras mejor? ¿Quieres ir al hospital?

—No es necesario —niego horrorizada ante la idea—. Tomaré la medicación y me acostaré.

—¿Te acompaño? —pregunta preocupado.

—No —niego algo avergonzada por el espectáculo—. Pediré que limpien esto.

—Ya lo hago yo —rebate—. Vete a la cama. Si necesitas algo, búscame.

—Gracias, papá —susurro—. Buenas noches, te quiero.

—Y yo a ti, pequeña —escucho que responde mientras subo las escaleras con lentitud.

Me tomo dos pastillas, me desnudo y me meto en la cama con la esperanza de que hagan efecto lo más rápido posible. Cierro los ojos y susurro ante el contacto de las sábanas con mi cuerpo. Intento relajarme, ya que los nervios no ayudan cuando tengo una crisis.

Cuando estoy quedándome dormida, juraría que mi teléfono vibra, sin embargo, dejo que el sueño me lleve lejos para olvidarme del dolor.

CAPÍTULO 14

Ethan.

—No contesta —dice mi hermano—. ¿De verdad te ha bloqueado?

Me encojo de hombros, no es que me quite el sueño semejante hecho. No comprendo por qué parece tan preocupado.

—El coche de su padre está aparcado fuera, lo cual significa problemas. —Me tenso.

—¿La trata mal? —pregunto, intentando aparentar indiferencia.

—Por supuesto que no —exclama—. Troy Sullivan adora a su hija. Pero Corinne no deja pasar ninguna oportunidad para hacerle la vida imposible.

—¿No se llevan bien? —vaya interrogatorio me estoy marcando —. Debería besar los pies de su marido, gracias a él puede tener la vida que disfruta.

—Desde que tengo memoria, esa mujer siempre ha disfrutado amargando la existencia de Emma y su padre. Lo que no comprendo es por qué no se divorcian.

—Imagino que no le sale rentable —apostillo con sorna—. No creo que debas preocuparte, la rubia sabe defenderse.

—No lo entiendes —espeta—. Contra su madre, no sabe hacerlo.

Frunzo el ceño, no me da tiempo a decir nada más porque se escucha la puerta principal y cómo alguien llama a Alexander. Poco después, los Sinclair entran en la habitación como una exhalación.

—Estás aquí —exclama Diane—. Hemos visto tu moto y…

—Hola —saludo algo incómodo, sintiéndome como un niño ante la mirada de sus padres—. Lamento no haber avisado de…

—No hace falta que nos avises para venir —interrumpe el señor Sinclair—. Esta es tu casa, puedes venir siempre que lo desees, hijo.

Esa simple palabra sale temblorosa de sus labios. Parecen nerviosos, como si no supieran cómo comportarse, como si temieran que, al decir o hacer algo, yo salga corriendo de nuevo y no puedo culpar a nadie más que a mí.

—¿Te quedas a cenar? —pregunta esperanzada, asiento porque no tengo corazón para negarme—. Perfecto, enseguida os aviso para que bajéis.

—Gracias —dice Richard para seguir a su esposa.

Carraspeo incómodo, porque siento la mirada de Alexander sobre mí. Una vez más, la foto familiar llama mi atención, ¿cuántas me he perdido a lo largo de los años? No, mejor dicho, me han robado.

—Lo siento. —Miro al chico que ahora habla con pesar—. Siento todo lo que te arrebataron.

—No eres el responsable —replico—. Ni siquiera habías nacido. Me ocuparé de ello —es una promesa que pienso cumplir.

Se escuchan pasos en el pasillo, me giro de nuevo en el momento en el que Anthony hace acto de presencia. Me mira con preocupación, ambos recordamos muy bien lo que me dijo la última vez que hablamos.

—Me alegro de que estés aquí —saluda—. Disfrutad de la cena —se dispone a marcharse, pero Alexander lo detiene.

—¿Otra vez vas a la cama sin cenar? —pregunta—. Sabes que no es bueno…

—Anthony —llamo su atención—. No es necesario. He venido a veros a todos —hago hincapié para que entienda a qué me refiero, ya que parece que no ha hablado con nadie de nuestro encuentro—. Así que no vas a esconderte en tu habitación sin cenar.

—Genial. —Rueda los ojos sin poder ocultar una sonrisa—. Ahora no solo voy a tener a Alex sobre mi chepa —se queja como si fuera un niño pequeño, escucho una carcajada ahogada, miro hacia atrás para ver cómo el mellizo mayor intenta aguantar la risa. Por mi parte, fallo estrepitosamente, por lo que terminamos los tres riendo como idiotas.

Escuchamos el sonido de una cámara, y miramos sorprendidos hacia la puerta, donde se encuentra Diane sonriendo feliz con una cámara en la mano.

—No sabéis las veces que he soñado con un momento como este —susurra emocionada—. Venía a deciros que ya está lista la cena.

Se marcha y me giro incrédulo hacia los mellizos.

—¿Siempre lleva la cámara colgada al cuello? —pregunto sin poder creerlo.

—Casi siempre —responden a la vez—. Antes era fotógrafa. Dejó de trabajar cuando desapareciste —añade con tristeza—. Su vida se detuvo esa noche, siguió su curso, nuestra llegada la mantuvo con vida, pero…

Asiento comprendiendo y los sigo para bajar a la cocina donde la mesa está preparada. Me siento al lado de mis hermanos, tal y como me indican, no puedo evitar sentirme fuera de lugar, a pesar de que hacen grandes esfuerzos por evitarlo.

—¿Te has pensado el hecho de trabajar con nosotros? —pregunta el hombre al que debería llamar papá.

—Lo cierto es que han sido días difíciles —reconozco—. Molly ha sido quien me abrió los ojos. —Todos se miran asombrados, menos Anthony, que no alza la vista de su plato—. Ella lo sabe.

—¿Cómo se lo ha tomado? —cuestiona mi madre preocupada—. No queremos causarle ningún daño, Ethan.

—Una vez más, me ha demostrado lo generosa que puede llegar a ser. —Sonrío—. Fue ella la que me hizo ver que no tengo porqué elegir, ni dar la espalda a nadie para poder tener a ambas familias a mi lado.

—Una mujer sabia —alaba Richard—. Algo más que debemos agradecerle.

—Nos gustaría conocerla —dice Diane, la miro porque es algo que no me esperaba—. ¿Podría ser?

—No sé… —respondo—. Tendría que hablar con ella.

—Hazlo —sonríe esperanzada—. Pero no quiero que se sienta presionada, sé que podemos llegar a ser algo intensos.

Alexander bufa a mi lado, le miro con una ceja alzada. Él solo se encoge de hombros sin explicarse. Llegamos a los postres mientras me siguen preguntando sobre mi infancia y adolescencia. En otro momento, hubiera cortado semejante interrogatorio, pero entiendo que lo necesitan, ya que se han perdido todos esos momentos.

—¿Tienes novia? —pregunta mi madre. Me pilla bebiendo, por lo que me atraganto, Anthony golpea mi espalda—. ¿He dicho algo malo?

—No —me apresuro a responder—. No tengo novia. Lo cierto es que estudiar y trabajar ha ocupado todo mi tiempo durante años.

De reojo, veo cómo Alexander me mira con la boca abierta, supongo que él no se ha tragado la mentira. Joder, tampoco lo es

del todo, es cierto que no he tenido tiempo para tener una relación estable y tampoco la he buscado. Eso no significa que sea un santo, soy muy sexual, y eso no es un maldito delito.

—¿Y vosotros? —Creo que es mi turno, miro a los mellizos—. ¿Tenéis novia?

—¡Qué va! —responde Anthony—. Si la tuviera, puede que la emoción hiciera petar mi corazón —bromea, ganándose una mirada condenatoria de su madre.

—¿Alexander? —cuestiono a la espera de su respuesta.

—Si lo sabes, ¿para qué preguntas? —espeta—. No tengo. Estoy muy ocupado estudiando, también ayudaba a papá a buscarte y hacía prácticas en la empresa.

—A este paso, nunca seré abuela —masculla nuestra madre, Richard coge su mano sobre la mesa.

—Son jóvenes, cariño —replica con dulzura.

—Con la edad de Ethan, tú y yo estábamos casados —rebate mirándome, como si fuera el culpable de que no tenga un par de retoños correteando por la casa.

Gracias a Richard, la conversación cambia de rumbo y, poco tiempo después, me despido de ellos. No me pasa desapercibida la mirada de tristeza que vuelve a empañar los ojos de Diane, la abrazo y le prometo volver pronto, me despido de mis hermanos. Una vez en la calle, de nuevo no puedo evitar mirar la casa de enfrente, donde las luces están apagadas. Me pregunto si cierta ninfa de cabellos dorados y ojos azules como el mar ya está durmiendo o ha salido.

—¿Y a mí qué demonios me importa? —mascullo subiendo a la moto.

Arranco y pongo rumbo a mi casa, sintiendo por primera vez desde que sé quién soy realmente que dejo alguien atrás. ¿Cómo

voy a vivir partido en dos? ¿Sintiendo que tengo dos casas en las que debo estar? Justo era esto lo que quería evitar, contra lo que luchaba, y es algo que no sé cómo arreglar, por lo que debo encontrar un equilibrio para que nadie salga herido.

Puede que este sea el empujón para cambiar de rumbo una vez más…

CAPÍTULO 15

Emma

Cuando despierto, suspiro aliviada al comprobar que no me duele la cabeza. No me apetece salir de la cama, pero le hice una promesa a mi padre y pienso cumplirla, no quiero decepcionarle por nada del mundo.

Me doy una ducha rápida y, en menos de media hora, salgo de casa con las pilas a tope, dispuesta a comerme el mundo. Emocionada por la nueva etapa de mi vida, sabiéndome apoyada por el único hombre en el que confío y que pondría la mano en el fuego, segura de que nunca va a fallarme. Después de varias horas, decido dar una vuelta por Cambridge, porque me parece una buena zona, llamo a mi padre para consultarle sobre el tema antes de dar un paso más.

—Buenos días, cariño —saluda en cuanto descuelga—. ¿Te encuentras mejor?

—Estupendamente —respondo—. Te llamaba porque me he decidido por Cambridge, ¿qué te parece?

—Acertado —responde sin dudarlo—. ¿Quieres que me encargue de buscar un local?

—¿Lo harías? —pregunto, aliviada—. Llevo horas dando vueltas por la ciudad —explico—. Y no he encontrado nada que me guste.

—Claro, Emma —replica—. Deberías haberme pedido ayuda directamente. Ya te lo dije anoche, hija —amonesta con cariño—. Vuelve a casa y descansa, no creo que sea bueno después del brote que tuviste hace unas horas.

—Estoy bien, papá —intento tranquilizarle—. Pero sí, voy a volver. En cuanto tú encuentres algo, nos ponemos manos a la obra —exclamo emocionada.

Me despido de él y pongo rumbo a mi casa con la esperanza de que mi madre no esté y así evitarme un interrogatorio lleno de reproches por lo sucedido la noche anterior. Al llegar, decido visitar primero a los Sinclair para ver qué tal fue la visita de Ethan.

—Emma —saluda Diane—. Pasa, cielo —invita con dulzura—. Pareces cansada.

—Llevo todo el día de un lado para otro —replico, dejando que me guie hasta la cocina—. Mi padre me ha apremiado con el tema de la consulta.

—Eso es maravilloso —aplaude—. ¿Quieres un té? —pregunta solícita.

—Por favor —asiento mientras me siento, me quito los tacones y suspiro aliviada—. Gracias. ¿Cómo fue ayer la visita de Ethan?

—Muy bien —exclama emocionada—. Cenamos por primera vez los cinco juntos, Emma. —Contiene la emoción y sonrío feliz por ellos—. Yo no dejé de interrogarle, seguro que le parezco una pesada de cuidado.

—Seguro que no —rebato—. Es lógico que quieras saber todo de él.

—No lo puedo evitar —suspira con pesar, perdiendo esa sonrisa que estaba iluminando sus ojos—. Cuando se fue, verlo cruzar esa puerta sabiendo que se iba a su casa, pero sintiendo en mi corazón que es aquí donde debe estar…

—Imagino que debe ser muy duro —intento consolarla, encontrar las palabras adecuadas—. Es cuestión de tiempo que encontréis la forma en que todos estéis cómodos y felices.

—Sé que soy una estúpida esperando que mis tres hijos vivan en mi casa —dice algo avergonzada—. Sobre todo, cuando ya son adultos. Los mellizos lo hacen porque continúan estudiando y porque les resulta cómodo.

—Creo que todos los padres debéis pasar por eso —bromeo, intentando hacerla sonreír—. Aunque mi madre estaría encantada…

—No digas eso —replica, cogiendo mi mano sobre la mesa—. Corinne no es mala…

Sonrío guardando silencio. Cuando no sabes qué decir, lo mejor es no decir nada que pueda empeorar la situación. Su móvil suena y se disculpa saliendo de la cocina. Con un gesto, se disculpa, me quedo sola observando todo lo que me rodea. Puede que todas las casas de vecindario se parezcan en estructura, sin embargo, por dentro, la casa de los Sinclair es un verdadero hogar, la mía parece salida de una revista de decoración. Fría e impersonal, no invita a que pases tiempo en ninguna de las estancias, menos mal que mi habitación se me permitió decorarla como yo quería, por lo que es el único sitio en el que me siento bien.

Suena el timbre y miro hacia la entrada a la espera de que Diane aparezca, pero tras unos instantes, no lo hace, por lo que me levanto y abro yo en su lugar, lo que no me esperaba es encontrarme frente a mí a su hijo mayor. Alza una de sus cejas, parece algo que hace muy a menudo en mi presencia y que deja claro que no está contento de verme.

—¿No tienes casa, Rubia? —pregunta, pasando por mi lado para entrar, me roza y odio sentir cómo una corriente eléctrica recorre mi cuerpo—. Siempre que vengo, te encuentro aquí.

—No te importa —escupo, cerrando la puerta—. Diane está hablando por teléfono.

—¿No hay nadie más? —cuestiona, mirando hacia la sala de estar vacía—. ¿Ni Alexander ni Anthony?

—Creo que no —respondo nerviosa—. Puede que estén arriba. —Me encojo de hombros.

—Pensé que estarías aquí por Alex… —deja la acusación en el aire, se cruza de brazos mirándome con una intensidad que no ayuda a calmar mis nervios ni aligerar la tensión.

—No tengo por qué explicarte una mierda —espeto. Sonríe consiguiendo que deba controlar las ganas de borrarle la sonrisa a golpes—. Creo que voy a dejar de disfrutar de tu compañía —añado con sorna—. Dile a tu madre que vendré en otro momento.

—Cuando no esté yo, supongo —dice cuando me doy la vuelta dispuesta a marcharme.

—Supones bien, Sinclair. —Abro la puerta, pero una mano me impide salir, me encuentro acorralada, miro sobre mi hombro para descubrir que su rostro queda muy cerca del mío—. ¿Qué haces? —susurro ,intentando no mirar sus labios.

—Huyes —susurra de vuelta—. ¿Por qué? ¿A qué tienes miedo, Ninfa?

—No te tengo miedo, imbécil —mascullo—. No te soporto…

Gimo sorprendida cuando sus labios atrapan los míos. Tal y como estoy, me encuentro atrapada entre la puerta, su cuerpo y las sensaciones que despierta en mí. Su lengua busca la mía y nos enzarzamos en una batalla por ver quién sale vencedor. Intento apartarlo en un momento de lucidez, aunque, si lo reconozco, no lo hago con mucha fuerza. Sus manos se pierden entre mi cuello y cabello para buscar mejor acceso.

Un carraspeo nos interrumpe, me suelta sin mucha prisa y, cuando me doy cuenta de que Diane nos mira intentando entender qué ha pasado para encontrar a su hijo mayor besándome como un poseso, me siento tan avergonzada que musito una disculpa y salgo

corriendo de la casa a la que no pienso volver. No podría mirar a la cara a la señora Sinclair.

Al llegar a la mía, me siento aliviada al encontrarla vacía. En el estado de nervios en el que me encuentro, si mi madre me hubiera interrogado o acusado de algo, no creo que me pudiera callar. Subo las escaleras de dos en dos y me encierro en mi habitación, apoyándome en la puerta, intentando recuperar el aliento. Mi mano en mi pecho siente cómo mi corazón palpita con fuerza, y no creo que sea por la carrera para llegar hasta aquí.

—Maldito cerdo —mascullo, tocando mis labios, que todavía conservan su sabor, incluso los noto hinchados—. ¿Por qué me ha besado?

CAPÍTULO 16

Ethan.

Que mi recién encontrada madre me mire con el ceño fruncido, los brazos cruzados demostrando que no está nada contenta por lo que ha visto, mientras intento ocultar una erección de caballo, no era algo que tuviera planeado para esta tarde, la verdad.

—Ethan Sinclair —me tenso, ya que, sobre el papel, ese no es mi apellido—. ¿Qué se supone que estabas haciendo? —pregunta.

—Bajándole los humos a la señorita Sullivan. —Sonrío con la esperanza de que eso sea suficiente.

—Soy inmune a esa sonrisa, jovencito —amonesta. Abro los ojos como platos, porque llamarme de ese modo es como retroceder en el tiempo a cuando Molly me echaba la bronca siendo un adolescente—. No olvides que te pareces mucho a tu padre. No intentes camelarme, Ethan.

—No he hecho nada —me defiendo—. He venido a verte, ¿no estás contenta? —mascullo al verme acorralado.

—Mucho —asiente algo más tranquila—. Pero no me gusta lo que he visto.

—Por amor de Dios —exclamo, siguiéndola a la cocina—. No estaba violándola.

—Ethan —grita furiosa—. No me gustan ese tipo de comentarios. ¿Qué te propones con Emma? ¿Te gusta? —esas preguntas encienden todas mis alarmas, y la observo como si fuera un bicho de cuatro cabezas.

—Por supuesto que no —replico, aceptando la bebida que me tiende—. Ya te lo he dicho, solo era un juego. —Me encojo de hombros restándole importancia.

—Pues no juegues con ella —ordena—. Prácticamente he criado a esa chica —informa—. Si no quieres nada serio con ella, mantén tus manos lejos, ¿me has entendido?

—¿No querrás que me case con ella? —bromeo cada vez más acorralado.

—Creo que he tenido esta conversación demasiadas veces —la escucho mascullar mientras se sienta frente a mí—. Hijo —alza la vista hacia mí—. ¿Puedes explicarme por qué has sentido la necesidad de bajarle los humos a Emm?

—Es insufrible —gruño, ella alza una de sus cejas—. Se cree que lo sabe todo y por ello debe dar lecciones a los demás. Le encanta insultarme —enumero, quedándome sin más argumentos, ya que decirle a mi madre que es la única chica que no se ha abierto de piernas para mí, y me jode un huevo, no es una opción.

—No la conoces —sonríe complacida, como si hubiera encontrado la solución a un problema que no lograba entender—. La jovencita que acaba de salir de aquí roja como un tomate no es como la describes.

—Me da igual como sea. —Me cruzo de brazos—. ¿Podemos cambiar de tema?

—No —replica con firmeza—. Soy una persona muy sincera, cielo. —Imagino que no me va a gustar lo que viene a continuación —. Durante años, he tenido la esperanza de que Emma fuera mi nuera y…

Me levanto como un resorte dispuesto a salir corriendo, casi puedo sentir la soga al cuello.

—Alto ahí —exige. En ese momento, Anthony llega y nos mira a uno y al otro entre preocupado y curioso—. Vuelve a sentarte.

—¿Qué demonios has hecho? —masculla en busca de una explicación—. Está furiosa, como me salpique…

—Cállate, Anthony —dice. Mi hermano me lanza una mirada furioso, la situación es tan cómica que no puedo evitar reír—. Si has sido así de rebelde, Molly tiene mis respetos, por cierto, ¿cuándo la vas a traer?

—Tengo que hablar con ella —respondo en son de paz—. Pero pronto —no vuelvo a sentarme tal y como ella quiere, porque, en la primera oportunidad que tenga, pienso salir pitando.

—Bien —asiente—. Es lo único bueno que he escuchado en mucho rato. Justo desde que has besado a Emma y esta ha salido despavorida.

—¿Has besado a Emm? —pregunta mi hermano como si fuera un sacrilegio—. ¿Por qué?

—Dejad de preguntarme lo mismo una y otra vez —estallo, me he contenido porque acabamos de encontrarnos. No quería esto, joder—. Será mejor que me vaya.

Maldita Ninfa y su lengua viperina. Consigue crisparme los nervios con su simple presencia, recordándome lo que nunca seré por mucho que mis padres me reconozcan como su hijo. No he vivido toda mi vida rodeado de lujos y comodidades, no me he codeado con la *jet set* de Boston.

—Ethan, espera —me detengo a la espera de que mi hermano me alcance—. ¿Por qué la has besado?

—Porque me la pone dura, ¿de acuerdo? —grito harto, me importa poco que todos puedan escucharme—. ¿Estás ciego?

Cualquier hombre reaccionaría —añado ofuscado—. Además, ha sido un verdadero placer callarle la boca.

—Si algún día quieres hablar sobre esto, te escucharé —dice apesadumbrado, parece que con mis palabras lo he decepcionado, perfecto—. Espero que no te hayas enfadado con mamá, no la castigues por intentar protegerla, la ha cuidado desde que nació.

—Sí, sí —hago un gesto con la mano impaciente—. La hija que nunca ha tenido —me burlo—. Pues podría adoptarla.

De la decepción pasa a la furia tras mis palabras, me doy cuenta porque se tensa y sus ojos se oscurecen. Soy consciente de que me he pasado de la raya. Es algo que suelo hacer muy a menudo cuando me siento acorralado, cuestionado. Lo mejor es no decir nada más, porque sé que, pasadas unas horas y con mi carácter más calmado, me arrepentiré.

—Entra en casa —le digo—. Volveré dentro de unos días…

Al girarme, veo que Emma se encuentra asomada a un pequeño balcón, escucho cómo mi hermano maldice, ahora mismo me golpearía por cabronazo.

—Te has cubierto de gloria, Ethan —esa es su despedida, no lo veo marchar, porque no puedo apartar la mirada de la rubia que, desde la otra acera, debe haber escuchado mis palabras.

Por inercia, doy un paso al frente. La atracción que siento por ella me hace reaccionar en contra de mi voluntad, pero me detengo al ver cómo entra cerrando la puerta, dejándome claro que no quiere ni verme.

—Joder —musito sin entender muy bien por qué me siento tan culpable.

Me marcho de Back Bay sin saber si seré bienvenido de nuevo. No debería extrañarme después de mi comportamiento, he confundido a Emma con las chicas con las que suelo tratar. Y son como el día y la noche, ella son libres, la Ninfa es una prisionera,

aunque no sea capaz de verlo. Su prisión, una jaula de oro, pero una cárcel, al fin y al cabo.

Recorro la ciudad con mi moto hasta que oscurece. Al llegar a mi casa y a pesar de las preguntas de Molly, no tengo muchas ganas de hablar, por lo que, en cuanto puedo escapar hacia mi habitación sin que ella se preocupe, lo hago. Ya metido en mi cama, no puedo dejar de pensar en lo imbécil que puedo llegar a ser, pero lo que realmente me tiene confuso y de los nervios es no ser capaz de quitarme de la cabeza el beso que le he dado a Emma. El deseo vuelve a apoderarse de mí. Furioso, vuelvo a vestirme y salgo sin hacer ruido en busca de algo que me haga olvidar y no cometer alguna estupidez que pagaría muy caro.

CAPÍTULO 17

Emma.

Dos años después…

—Sí, mamá —respondo, entrando en casa cargada con varias bolsas—. Me parece bien —concedo distraída—. Ocúpate de todo eso, por favor.

Cuelgo y lanzo el teléfono al sofá, dejo las bolsas al lado y miro a mi alrededor sonriendo. Hace un año, decidí mudarme, porque era demasiado difícil seguir viviendo en Back Bay, por lo que, con la ayuda una vez más de mi padre, encontré un pequeño apartamento en Seaport District.

Han pasado muchas cosas en dos años. Mis padres al fin se divorciaron, y ese fue el empujón que necesité para salir de la sombra de mi madre. En otro tiempo, me hubiera apoyado en los Sinclair, pero con la llegada de Ethan, lo que hice fue distanciarme, fue doloroso y todavía los echo de menos, pero fue lo mejor para mí. Mantengo un contacto un poco más estrecho con los mellizos. Diane intentó hablar conmigo en varias ocasiones, sobre todo, en las semanas posteriores a vernos besándonos a su hijo y a mí, mas conseguí esquivarla.

Poco después, todo lo referente al divorcio de mis padres explotó y pude escapar de su interrogatorio. Tras eso, me marché sin mirar atrás, por lo que hace dos años que no veo a Ethan Sinclair

a no ser que sea en las revistas. El hijo pródigo que regresó al hogar y ocupó el puesto que le correspondía, su padre se jubiló y lo dejó a cargo de Sinclair Pharmaceuticals. En dos años, ha conseguido triplicar beneficios, convirtiéndose en uno de los empresarios más jóvenes e influyentes no solo de Boston, sino del país.

Un mensaje llega a mi teléfono, sacándome de mis cavilaciones.

Alexander:

Dime que no es verdad, Emm. ¿Te has comprometido?

—Mierda —exclamo—. Mi madre, cuando quiere, es muy rápida.

De inmediato, entra una llamada. Es él, y no estoy segura de estar preparada para esta conversación.

—Hola, Alex —saludo, entusiasmada—. ¿Cómo has estado?

—¿Cómo he estado? —cuestiona, alzando la voz—. ¿Te has vuelto loca?

—¿Perdón? —pregunto sin comprender qué demonios le sucede.

—Pasamos años luchando para que nuestros padres no decidieran por nosotros, Emm. —Aprieto el teléfono—. ¿Y vas a casarte con un hombre que puede ser tu padre?

—No exageres —exclamo—. William solo tiene diez años más que yo, por Dios.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —pregunta dolido, desconfiado.

—Alexander, no hablamos tanto como para contarte mi vida privada —espeto molesta ante sus recriminaciones sin fundamento —. ¿Tú me lo cuentas todo?

—Lo haría si no nos hubieras dado la espalda, Emm. —Esas palabras han sido un golpe bajo, porque sé que son ciertas.

—Lo siento —musito, sentándome en el sofá, sintiendo cómo mis piernas tiemblan tanto que no son capaces de sostener mi peso —. Tuve que irme, Alex. Mi casa era…

—No me mientas —interrumpe—. Fue culpa de Ethan. Te asustó y huiste como siempre has hecho cada vez que algo te superaba.

—Eso no es cierto —protesto—. Tu hermano no es ni era lo suficiente importante como para que yo cambiara toda mi vida.

—Me gustaría verte —cambia de tema, descolocándome—. Y a mis padres, también. En cuanto Corinne ha venido toda orgullosa para darnos la invitación para la boda del año, se han quedado anonadados. Podrías habérselo dicho tú, sabes que te quieren mucho.

—No tengo tiempo, Alex —me excuso—. Y ya sabes cómo es mi madre, siempre se adelanta a todo, es como una apisonadora. Los llamaré, ¿de acuerdo?

—¿Eso es todo lo que se merecen por tu parte? —pregunta ofendido, me tenso ante la nueva acusación—. Ellos te quieren como una hija, y ahora resulta que te casas en seis meses y…

—Basta, Alexander —le grito harta de todo—. Lo que yo haga o deje de hacer no le concierne a nadie más que a mí. Siento que os parezca que os he fallado, o que soy una ingrata —añado entre dientes—. Tengo derecho a hacer mi vida, y si casarme, buscar un compañero que la comparta conmigo, no os alegra, lo siento.

—Lo haría si supiera que es lo que tú quieres. —Ya no parece furioso, sino triste—. Mis padres sí irán a la boda, a mí no me esperes. —Cierro los ojos y una lágrima silenciosa rueda por mi mejilla—. Deseo con todo mi corazón que seas muy feliz.

—Alex… —me ha colgado.

¿Por qué me siento como una cabrona? Porque tiene razón, hui y todos pagaron las consecuencias de lo que había sucedido entre Ethan y yo, algo que no saben…

◆ ◆ ◆

Medio adormilada me parece escuchar un ruidito repetitivo. Frunzo el ceño y me incorporo, algo golpea el cristal de mi ventana. Me levanto descalza y aparto las cortinas para ver a Ethan en el jardín de mi casa.

—¿Qué demonios haces aquí? —siseo—. Lárgate.

—Déjame entrar —ordena con voz pastosa, se tambalea.

—¿Estás borracho? —pregunto furiosa—. ¿Has conducido hasta aquí en ese estado? —No debería importarme, pero lo hace—. No hagas ruido.

Cierro y corro escaleras abajo para abrir la puerta muy despacio. Entra sonriente como si fuera el amo y señor del lugar, cojo su mano y lo subo a mi habitación para que no nos descubran. No sé qué diría mi madre de semejante visita social a estas horas.

—¿Te has vuelto loco? —pregunto, poniendo distancia entre los dos, me cruzo de brazos porque solo llevo un fino camisón que no deja nada a la imaginación—. ¿O te has equivocado de casa? Porque con la mierda que llevas encima, todo es posible…

—Créeme, Rubia —comienza a decir—, lo que busco no lo voy a encontrar en la casa Sinclair —bromea, me tenso expectante—. Creo que antes hemos dejado algo a medias, ¿no piensas lo mismo?

—Por supuesto que no —alzo el mentón—. Si estás cachondo, búscate a otra que te la ponga dura —repito sus palabras entre dientes con rabia, con vergüenza y, por qué no, con algo de excitación.

—Lo he intentado —asiente, dejándome con la boca abierta—. Pero aunque ha puesto mucho empeño, no lo ha conseguido. —Se encoge de hombros—. ¿Qué piensas hacer?

Que me diga a la cara que ha estado a punto de follarse a otra, que no ha podido y que por eso ha venido a mi casa, me hace verlo

todo rojo. Me abalanzo contra él, dispuesta a golpearlo hasta borrarle esa estúpida sonrisa de la cara, pero él es más rápido que yo, coge mis brazos, me da la vuelta y quedo contra mi escritorio con su cuerpo a mi espalda.

—Suéltame —ordeno luchando, me detengo en cuanto siento su erección en mi trasero—. Cerdo.

—¿Ves? —susurra contra mi cuello—. Sabía que tú solucionarías mi problema. —Comienza a dejar suaves besos que me estremecen —. Me encanta cómo hueles.

No soy capaz de decirle nada coherente, me siento como una imbécil por responderle, pero mi cuerpo actúa por libre cuando se trata de él. Una de sus manos se cuela por el bajo de mi camisón y recorre mi muslo. Gimo cuando se pierde entre mis pliegues, al encontrar la humedad que me delata, muerde mi hombro haciendo soltar un grito ahogado.

—Voy a follarte y te va a encantar —murmura, besando mi cuello. Con su otra mano libre, coge mi barbilla y me obliga a girarme lo máximo que me lo permite la postura en la que me encuentro—. Vas a correrte con mi nombre en tu boca.

Es lo último que se escucha antes de que me bese robándome la cordura. Todo pasa muy deprisa, lo siento mientras lucha contra su pantalón y podría apartarlo, pero lo cierto es que no quiero. Cuando entra en mí de una estocada certera, cubre mi boca para que mis padres no me escuchen gritar, como suponía, Ethan arrasa conmigo.

El movimiento de sus caderas es brutal, tanto que no entiendo cómo no nos descubren, ya que incluso movemos el escritorio por los envites que recibe mi cuerpo. Sus manos aprietan mis pechos, los amasan, pellizca mis pezones consiguiendo que me encuentre en el borde del precipicio. Pido más, y me lo da. Coge mis caderas con tanta fuerza que no dudo que deje marcas, pero no es algo que me importe en estos momentos, solo busco la liberación.

—Córrete, Ninfa —gruñe contra mi cuello—. Hazlo conmigo.

Obedezco y, con una última penetración que llega a lo más profundo de mi ser, ambos estallamos en un orgasmo que nos estremece. Me sostengo contra el mueble, porque siento mis piernas como si fueran gelatina. Gimo muy bajito cuando siento cómo sale de mi interior. Cuando me recompongo lo suficiente, me giro para descubrir que se ha subido los pantalones y me observa muy pagado de sí mismo, y es entonces cuando recuerdo que esto era lo que tanto quería evitar.

—Ha sido todo un placer. —Creo que nunca voy a olvidar su mirada después de un orgasmo, sus mejillas sonrojadas—. Ya nos veremos.

◆ ◆ ◆

Salió de mi casa con sigilo, lo observé marcharse desde mi ventana, y me di una ducha con la esperanza de que borrando su olor de mi piel podría también hacerlo de mi mente.

No ha sido así. Han pasado dos años desde aquella noche, y Ethan Sinclair sigue muy presente. Por eso, cuando el año pasado conocí a William y comenzamos a vernos, tuve la esperanza de conseguirlo, es todo un caballero; amable, considerado, romántico…

No me importa que sea diez años mayor que yo, eso le confiere madurez, que es lo que siempre he querido en un hombre, sobre todo, el que vaya a pasar toda la vida conmigo. No quiero tener que lidiar con los problemas de alguien que no sepa relacionarse emocionalmente, porque entonces esa pareja está abocada al fracaso.

Y Ethan me lo dejó muy claro aquella noche…

CAPÍTULO 18

Ethan.

Podría haberme quedado en mi apartamento, pero he decidido venir a ver a mis padres. Desde que asumí la presidencia de Sinclair Pharmaceuticals, he trabajado como un cabrón para hacerme un nombre, para que me aceptaran como el hijo mayor de Richard Sinclair, todavía no estoy seguro de haberlo conseguido.

Abro con mis llaves y me dirijo al salón, donde escucho bastante alboroto. Encontrar a Corinne Sullivan no es algo agradable para mí, es el recordatorio constante del tremendo error que cometí cuando todavía era un niñato jugando a ser mayor.

—¿A qué se debe el champán? —pregunto con una sonrisa fingida.

—Corinne ha venido a traernos las invitaciones de la boda —explica mi padre.

—¿Quién se casa? —pregunto algo perdido, no creo que sea ella quien lo haga.

—Mi hija —responde, intento no mover un músculo aunque todo mi cuerpo se tensa—. A Emma le hubiera gustado venir, pero está muy ocupada. Su consulta ha resultado ser un éxito, y entre el trabajo y los preparativos…

—Y lo entendemos —escucho decir a mi madre mientras intento procesar que mi Ninfa va a casarse.

Siento que alguien me observa, alzo de nuevo los ojos para encontrarme con los de Alexander, que no parece muy contento. Algo que no es nuevo en él, pero puedo darme cuenta de que está furioso y no creo que sea solo por la presencia de Corinne Sullivan. Me acerco hasta donde está sentado, alejado de los demás, y me hace un sitio como una invitación muda que acepto todavía en *shock*.

—¿No vas a decir nada? —pregunta en voz baja.

—¿Qué esperas que diga, Alex? —cuestiono de vuelta—. Si es lo que ella quiere, deberías estar feliz, eres su amigo…

—A la mierda con eso —exclama, llamando la atención de nuestros padres —. Lo siento —excusa, suspiro aliviado cuando nuestra invitada acapara de nuevo su atención—. La he llamado. Al escuchar su voz, era como escuchar a la Emma con la que crecí, pero no es ella —niega con tristeza.

—Venga, Alex —replico incómodo—. No veas fantasmas donde no los hay. Todos hemos cambiado en dos años, era el momento de crecer, de madurar…

—Perdona, pero siempre he sido muy maduro —se defiende, me río, porque realmente esta ofendido.

—Es cierto —concedo—. Siempre has sido la voz de la razón.

Le escucho gruñir, me encanta tomarle el pelo. No puedo creer que nuestra relación haya cambiado tanto, pasar de ser unos completos extraños que comparten grupo sanguíneo a ser verdaderamente hermanos en toda la extensión de la palabra. Imagino que haber vivido juntos durante algo más de un año ayudó mucho, me costó bastante tomar la decisión, pero, como siempre, Molly me apoyó, y fue el empujón que necesitaba para sacarla de

Hyde Park. Ahora vive cerca de aquí, pero manteniendo su independencia.

—Mírala —dice entre dientes—. Tan pagada de sí misma. Encantada de que su única hija vaya a casarse con un reputado cirujano, ¿qué importa si le saca diez años y ya se ha divorciado una vez?

Le miro espantado. Asiente con brusquedad, no puedo creer lo que me cuenta, aunque no sé por qué me extraño. Siempre supe que alguien así sería la elección de Emma, un hombre que le diera seguridad, que fuera maduro y tuviera su vida bien encauzada.

—Esto no debería estar pasando —masculla, levantándose para salir del salón, le sigo porque quiero entender su comportamiento, suele ser muy comedido, demasiado, y hoy parece a punto de estallar—. Pasamos años —exclama ya en el pasillo— luchando contra las imposiciones de ellos —señala hacia el salón—. Conseguimos no vernos obligados a un matrimonio que ninguno de los dos deseaba, y ahora…

—¿Te has parado a pensar que es lo que ella quiere? —pregunto —. Ya no es una niña, tiene veintisiete años, puede decidir por sí misma.

—Pues lo ha hecho como el culo —replica, de nuevo me carcajeo porque verlo de este modo es tan extraño que resulta cómico—. No pienso dejarlo pasar, si ella no viene aquí, iré a su casa.

—¿Sabes dónde vive? —pregunto, intentando sonar indiferente —. No lo habías comentado.

—Porque nunca quieres escuchar nada referente a Emma — apostilla.

—Eso no es cierto —me defiendo, sabiendo que estoy mintiendo —. Lo que sucede es que yo no he crecido junto a ella. Entiendo que tú y Anthony tenéis un vínculo, pero yo no.

—He callado durante dos años esperando a que confiaras lo suficiente en mí, Ethan —suspira dolido—. Te vi —me tenso, rezando para que no se refiera a lo que estoy pensando—. Aquella noche fuiste a verla.

—Joder —paso una mano por mi pelo con nerviosismo—. No es lo que…

—¿Crees que soy imbécil? —interrumpe molesto—. No puedo asegurarlo, pero me imagino qué sucedió en esa habitación. Os cambió a los dos —exclama, golpeando mi pecho con uno de sus dedos—. Emma, poco después de tu llegada aquí, se fue. Mierda, le vino de perlas el divorcio de sus padres —termina mascullando.

—No fue por mí —siseo con firmeza, intentando creerlo yo mismo para poder vivir en paz—. Puede que hace dos años fuera un cabrón egoísta y prepotente como me acusó en varias ocasiones, pero no tuve nada que ver en su marcha.

—Si eso te deja dormir por las noches. —Mi hermano pasa por mi lado para subir las escaleras. Una vez arriba, vuelve a girarse para asestar el golpe mortal—. Encontrarte ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida, pero hacerlo también me hizo perder a una persona muy importante para mí.

—Joder, Alexander —me quejo, mirando hacia arriba, ahora ya no queda nada del enfado que lo consumía, solo tristeza.

—Dime una cosa, Ethan —replica—. ¿Podrás vivir sabiendo que podías haberlo tenido todo?

Se marcha tras soltarme semejante pregunta muy tranquilo, mientras que yo me encuentro en un remolino de emociones que no me gusta sentir.

—¿Qué haces ahí parado, hijo? —Mi padre aparece tras de mí, sorprendiéndome—. ¿Te preocupa algo?

—No —niego, intentando sonreír—. Creo que he venido en mal momento, ya hablaremos…

—No digas tonterías —dice, pasando un brazo sobre mis hombros—. ¿Tomamos algo en mi despacho?

No es que tenga muchas ganas de hablar, pero me gusta pasar tiempo con mi padre, por lo que no declino su invitación. Cierra la puerta y suspiro aliviado, escuchar la voz de la madre de Emma me crispa los nervios, no entiendo cómo su exmarido la soportó tantos años.

—¿Todo bien? —pregunta de nuevo—. ¿Has discutido con Alex?

—No —digo con sinceridad—. Solo hemos hablado, estaba algo confuso y sorprendido por la boda de Emma.

—Todos en realidad —apostilla—. No puedo creerme que la chiquilla que correteaba por aquí con dos coletas vaya a casarse, además, con alguien que no conocemos.

—Imagino que sus padres sí. —Me encojo de hombros, bebiendo de mi copa, espero la respuesta conteniendo el aliento.

—Dudo que Troy lo haya visto más de un par de veces —explica con preocupación—. Y Corinne… Bueno, ella parece encantada, porque dice que es el yerno perfecto.

—También lo decía de Alex —bromeo, quitando hierro al asunto.

—Siempre supe que jamás terminarían juntos, son como hermanos —replica —. Sabía que no era lo adecuado para ellos. Emma necesita un hombre a su lado con carácter para poder dominar el suyo, y Alex es demasiado frío en ese sentido.

—Seguramente —concedo—. No soy partidario de los matrimonios por conveniencia.

—Ni de ninguno en general —rebate sonriendo—. ¿Cuándo voy a ver casado a alguno de mis hijos? —pregunta.

—Convence a tus hijos menores —indico con una sonrisa pícara —. No pienso pasar por semejante circo.

—¿Es por lo de tu secuestro? —Su pregunta me roba el aliento, porque, durante estos años, hemos intentado no mencionar ese hecho, aunque por mi parte he seguido investigando sin avanzar en absoluto.

—No —contesto muy tenso—. No creo tener madera de marido fiel y abnegado.

—Créeme, hijo —rebate—. Con la mujer indicada, todos podemos ser un buen compañero.

—Yo no —vuelvo a insistir, me levanto, porque ya va siendo hora de salir de aquí—. Tengo que marcharme, papá.

—¿Otra de tus citas? —parece molesto—. Sabes que odio que desperdicies el tiempo de esa manera.

—Papá —exclamo—. Tengo casi treinta años, creo que ya ha pasado el tiempo en el que podías amonestarme.

—Ethan, puedes tener setenta, y seguiré haciéndolo si considero que te estás equivocando.

—¿Os habéis puesto de acuerdo todos para cantarme la cartilla? —cuestiono, incrédulo—. No deberías juzgar tan a la ligera a alguien que no conoces.

—¿Es algo serio? —pregunta, levantándose de su asiento.

—Esto parece un tercer grado —mascullo—. Hablamos otro día, papá.

Salgo del despacho sin darle tiempo para seguir con su interrogatorio, detesto cuando lo hace, porque siempre consigue sacarme información sin darme apenas cuenta. Como hace un momento, no pensaba hablar de Clare, porque no es nada serio, puede que más que las otras, pero nada que vaya a llegar a buen puerto.

CAPÍTULO 19

Emma.

En menos de seis meses, estaré casada. Esa certeza comienza a asfixiarme. Sé que dije que sí cuando William me ofreció aquel anillo, y creía que hacía lo correcto, pero ahora que me encuentro sentada en casa de los Sinclair, después de dos años, con cuatro pares de ojos observándome como si hubiera perdido la chaveta…

—Nos ha sorprendido mucho tu visita, Emma —dice Diane sin su acostumbrada sonrisa dibujada en su rostro—. Estás muy guapa.

—Gracias —replico—. Vosotros seguís igual.

—Jovencita —amonesta el señor Sinclair—. No se debe mentir. Ni mi esposa ni yo volveremos a cumplir los cincuenta —bromea, aligerando un poco la tensión.

—Hubiera sido un detalle por tu parte acercarte hace unos días para entregar tu misma las invitaciones —amonesta Alexander.

—Acababa de salir de la consulta —intento defenderme—. Y mi madre, como siempre, se adelantó. Ya la conocéis, ahora mismo es como una niña el día de Navidad.

—No es para menos —dice Anthony—. Al fin, ha conseguido casarte.

—Muy gracioso —murmuro, lanzándole una mirada acerada—. No veo que ninguno de los dos haya avanzado mucho en ese aspecto.

—¿Para qué voy a casarme? —pregunta—. ¿Para dejarla viuda?

—Odio cuando haces eso —acuso—. No creas que he echado de menos tus estúpidos comentarios sobre la muerte. Son de un mal gusto que te cagas, Anthony.

—¿Qué opina tu futuro marido de ese lenguaje? —devuelve la pulla.

—Él no me dice cómo debo hablar o comportarme —replico—. No he venido a pelear —suspiro—. Os echaba de menos…

—No se ha notado mucho, nos tienes un poco despistados —se burla Alexander, descolocándome, normalmente es su hermano el de las bromitas.

—Lo siento —me disculpo, avergonzada—. Han sido dos años algo duros, de descubrimiento, de enseñanzas y de buscar lo que quería de la vida.

—¿Y lo que quieres es convertirte en una mujer florero como lo ha sido tu madre toda la vida? —pregunta de vuelta.

—¡Alexander! —amonesta Diane—. No hables así de Corinne.

—Creo que es mejor que me vaya —me levanto, cogiendo mi bolso y abrigo. En otro tiempo, Diane me hubiera detenido, y que ya no lo haga duele—. Espero que vengáis, sería muy importante para mí.

Salgo casi corriendo intentando no llorar. Al abrir la puerta, choco con un pecho, reconozco de inmediato de quién se trata antes de alzar los ojos. Después de dos años, tengo frente a mí a Ethan Sinclair, él parece tan sorprendido como yo, pero soy la primera en reaccionar, paso por su lado para dirigirme a mi coche y salir pitando de aquí.

—No ha sido buena idea venir —murmuro, buscando las llaves en mi bolso.

—¿Tienes prisa? —Esa voz, la que me ha atormentado en sueños durante meses—. ¿Emma…? Al menos, podrías mirarme cuando te hablo.

—¿Qué demonios quieres? —espeto encarándolo, la mejor defensa es un buen ataque.

—Alto, fiera. —Alza las manos en son de paz—. Solo quería preguntarte cómo estás.

—¿Ahora? —cuestiono con ironía, se tensa, parece que sigue sin tolerar que nadie le pare los pies—. Pues muy ocupada, si me disculpas…

—Debería felicitarte por tu compromiso —dicen mientras abro la puerta de mi coche. Me quedo inmóvil esperando, me vuelvo—. Pero no lo voy a hacer —se cruza de brazos.

—Tan educado como siempre —escupo—. Me alegro de verte tan bien, adiós, Ethan.

—No pienso hacerlo porque vas a cometer el mayor error de tu vida —gruño con ganas de golpearle, reacciono como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Cierro de un portazo para encararlo y que me explique qué demonios quiere decir, ya que sé que no va a dejarme en paz hasta que lo haga—. ¿Eso es lo que quieres, Ninfa?

—No me llames así —siseo apretando los puños—. Me llamo Emma. Y si me preguntas por mi prometido, sí —alzo el mentón y le miro a los ojos—. Es lo que siempre quise. Un hombre con los pies en la tierra, en el que pueda confiar, porque siempre estará para apoyarme…

—Me ha quedado claro —interrumpe, alzando la mano—. Lo que me sorprende es que no has mencionado la pasión —sonríe ladino—. ¿No te parece importante?

—¿Por qué supones que William no es capaz de hacerme gritar? —pregunto, imitando su tono de voz—. No sabes nada de mí.

—Ninfa —se acerca despacio, retrocedo—. Nadie va a conseguir que te corras como lo hiciste conmigo. Reconócelo.

—Sigues siendo el mismo imbécil de siempre —gruño, intentando no sonrojarme, que mi cuerpo no reaccione a sus provocaciones—. Te equivocas, él es capaz de hacerme gritar sin la necesidad de tratarme como una puta.

—Nunca hice eso —sisea, cogiéndome de mis brazos—. Jamás vuelvas a decir algo así.

—Suéltame —ordeno, luchando por librarme de su agarre que quema mi piel.

—Suéltala, hermano. —La llegada de Alexander me hace suspirar aliviada, no por temor a que Ethan fuera a hacerme daño físico, pero sí emocional—. Emma, es mejor que te marches.

—No te metas —espeta, mirando sobre su hombro, aprovecho para empujarlo y subir a mi coche—. Emma, no hemos acabado de hablar.

No respondo, arranco y me alejo mirando por el retrovisor. Ethan me observa, cambio de dirección y ya no soy capaz de verlo, aunque su imagen sigue grabada en mi mente. ¿Cómo se atreve a acercarse a mí después de dos años para decirme esas estupideces? Sigue siendo el mismo prepotente que entonces, lo único que ha cambiado es su forma de vestir, incluso su olor, imagino que convertirse en un Sinclair cambiaría a cualquiera.

—Maldito capullo —siseo apretando el volante—. Maldita la hora en que dejé que me pusiera una sola mano encima.

Me estremezco al recordar la pasión que se desató entre los dos, la lujuria primitiva que me dominó para permitir que me utilizara de esa manera. Los temblores cuando el orgasmo más intenso que he sentido en mi vida arrasó con cada molécula de mi

cuerpo, sus gemidos, la marca de sus dientes que tardó días en desaparecer…

—Basta —exclamo azorada, y excitada, debo reconocer—. Esto no puede estar pasando.

Ni siquiera cuando llego a mi apartamento soy capaz de tranquilizarme. Por lo que me preparo un baño, utilizo mis sales favoritas y decido servirme una copa de vino, ¿por qué no? Es viernes y, después de una semana de trabajo intenso, decidir que era buena idea visitar a los Sinclair ha sido el colofón para un día de mierda. Prendo unas cuantas velas y me desnudo para sumergirme en el agua caliente, suspiro de gusto cuando mis músculos en tensión van relajándose poco a poco.

—Se me ha olvidado —me quejo—. Alexa, pon música.

Cierro los ojos y me permito disfrutar del mejor momento del día para mí. Me pierdo en la música, en el agua que me rodea, el ambiente relajado con las luces del baño apagadas, solo las velas me dan la suficiente iluminación como para ver lo que hay a mi alrededor.

No comprendo por qué el recuerdo de Ethan llega de nuevo a mi mente a pesar de luchar contra ello. Mi cuerpo reacciona, ya que vuelvo a aquella noche, a aquellos instantes en los que alcancé el cielo con mis manos para después caer al agujero más profundo al darme cuenta del error que había cometido.

—No —murmuro, sintiendo cómo mis pechos se tensan y mis pezones sobresalen del agua reclamando atención, bebo mi copa de vino de un trago con la esperanza de calmar el calor que siento, me sumerjo un poco más para no ver cómo ha reaccionado mi cuerpo—. Odio a Ethan —mascullo mientras una de mis manos actúa por inercia y se cuela entre mis pliegues—. Solo una vez más.

Gimo, cierro los ojos y dejo volar mi imaginación. Algo parece interferir, frunzo el ceño, pero no dejo de acariciarme hasta que me

doy cuenta de que se trata del timbre, alguien está llamando con insistencia.

—Esto no puede estar pasando —gruño frustrada al no haber podido encontrar mi alivio, me levanto y cubro con la primera toalla que encuentro—. ¡Ya voy! —grito—. Espero que se esté quemando el edificio —mascullo.

—¿Qué haces aquí? —exclamo horrorizada cuando descubro quién me ha jodido el orgasmo—. ¿Quién te ha dicho dónde vivía?

Ethan solo me mira de arriba abajo…

CAPÍTULO 20

Ethan.

Ver a Emma delante de mí mojada y con una toalla minúscula cubriendo su cuerpo consigue que cierta parte del mío despierte de inmediato. Ni siquiera estoy escuchando lo que me está diciendo.

—¡Ethan! —grita, la miro parpadeando. Me observa de brazos cruzados, dejando en evidencia unos pezones inhiestos. Mi boca se hace agua al imaginar cómo los chuparía y… —O me dices que haces aquí o te cierro la puerta en las narices —amenaza.

—Te dije que no habíamos acabado de hablar —Paso por su lado escuchando una maldición y cómo cierra de un portazo—. Bonito apartamento, resulta que no vivimos muy lejos —sonrío al verla tan enfadada, tanto que está sonrojada.

—Fuera de mi casa —sisea—. Estaba dándome un baño, y me has interrumpido —acusa, la observo con más detenimiento y una alarma se enciende en mi cabeza—. ¿Por qué diablos me miras así? —cuestiona.

—Ninfa —comienzo a decir. Mi voz sale ronca, por lo que carraspeo—. ¿Te estabas tocando? —En estos momentos, me estoy lanzando un farol, pero, cuando veo cómo se sonroja, todavía más, sé que va a mentirme antes de que abra la boca.

—¡Por supuesto que no, salido! —exclama azorada, debo contenerme para no abalanzarme sobre ella—. Ahora, lárgate.

—Lamento haber interrumpido —susurro, dando varios pasos hacia ella—. Puedo compensártelo, si me dejas…

—¿Te has vuelto loco? —cuestiona, horrorizada—. En todo caso, sería mi prometido a quien dejaría que me ayudara.

No comprendo el motivo, mejor dicho, no quiero profundizar en ello, pero no me gusta escuchar eso. No detengo mi avance, no pienso dejar que sea ella quien se dé alivio. Quiero ser yo quien se beba sus gemidos de placer, como aquella noche.

—No será necesario —replico, llegando hasta ella. Mi mano se alza y comienza a acariciar su clavícula, su cuello. Veo cómo su piel se eriza, a pesar de estar tensa como la cuerda de un violín—. Deja que te dé placer.

—Veta a la …. —Me apodero de sus labios, unos que saben igual que hace dos años y, aunque lucha por alejarme, no lo consigue. Con una de mis manos, inmovilizo las suyas; con la otra, aparto la maldita toalla que es un impedimento para mí. Actúo rápido, si le doy tiempo para pensar, para reaccionar, estaré sentenciado. Agradezco que detrás de ella haya un sofá y la recuesto mientras no dejo de besarla. Mis manos ahora libres recorren su piel, mi boca abandona la suya y me doy un festín con los malditos pezones que llevan tentándome desde que ha abierto la puerta. Escuchar de nuevo sus gemidos es gasolina para un fuego que creía apagado. Sus manos se pierden entre mi pelo mientras voy descendiendo por su vientre y jugueteo con su ombligo para finalmente llegar a su centro. El grito debe escucharse en todo el edificio, aun así, no me detengo. Mi lengua escarba, hurga y paladea su sabor mientras ella se retuerce buscando alivio, uno de mis dedos la penetra y busco justo ese punto que sé la va a volver loca mientras con la otra amaso sus pechos.

—Ethan —jadea cuando se encuentra al borde—. Por favor…

No puedo permitir que siga suplicando, por lo que me empleo más a fondo y, cuando dos de mis dedos se pierden en su interior mientras muerdo con delicadeza su clítoris, estalla en un orgasmo brutal. Su mano aprieta mi cara contra su centro, me bebo encantado su esencia mientras poco a poco los gemidos van remitiendo. Cuando me suelta, la miro y contemplo lo más hermoso que he visto jamás. Con los ojos cerrados, las mejillas sonrojadas y su cuerpo sudoroso mientras jadea en busca de oxígeno, sus pechos se alzan llamando la atención de nuevo.

—¿Estás bien? —pregunto dolorido, ahora mismo tengo una erección de caballo, y no sé qué hacer con ella. Me mira de una forma muy extraña, tanto que, cuando se incorpora y me besa, me deja sorprendido. No quiero perder el contacto, por lo que me incorporo y, cuando me quiero dar cuenta, me encuentro sentado en el sofá con Emma encima de mí.

—¿Estás segura de esto? —pregunto mientras lucha con mi cinturón—. ¡Dios! —exclamo cuando su mano se pierde en mi pantalón y coge mi polla entre sus manos—. Vas a volverme loco —mascullo viendo cómo se coloca, gimo y cierro los ojos cuando comienza a acariciarse con mi miembro, tan mojada, tan caliente—. ¡Joder! —bramo cuando se deja caer, empalándose.

Sus movimientos son lentos al principio, sube y baja, adelante y atrás. Lucho para no cogerla y follarla hasta partirla por la mitad, aprieto los dientes cuando el placer se hace muy intenso. Dejo que sea ella la que lleve la voz cantante, porque me encanta verla cabalgar sobre mí. Sus pechos al alcance de mis labios, los torturo, muerdo, chupo y pellizco con mis dedos, haciéndola jadear, mientras los movimientos cada vez se hacen más erráticos.

—Ninfa —gimo cuando comienza a cabalgar con más ferocidad, se levanta hasta casi sacarme de su interior, para después dejarse caer de golpe de nuevo—. Más —le pido ido de placer—. Fóllame —suplico, queriendo alcanzar el orgasmo que siento que se está gestando en mis bolas.

Obedece y, poco después, ambos gritamos. Ella desfallece encima de mí, por lo que la cojo por las caderas y levanto las mías para bombear unas cuantas veces más mientras la escucho gritar mi nombre de nuevo. Me vacío en su interior, mascullando su nombre entre dientes. Mi cuerpo tiembla, incluso mi visión se torna borrosa.

—Dios mío —la escucho susurrar todavía entre mis brazos. Mis manos la atrapan para que no salga corriendo, para que no rompa la magia de este momento—. No puedo moverme.

Intento contenerme, pero no puedo evitar que mi pecho vibre por la risa. La abrazo y ella se deja abrazar, no quiero separarme. En cualquier otro momento, lo hubiera hecho, no soy dado a las muestras de cariño y, mucho menos, después del sexo, ya que suele ser con mujeres con las que no mantengo ningún tipo de relación que no sea física.

—Ethan —me llama. Cierro los ojos como si así pudiera obviar la realidad—. Tengo que levantarme.

La dejo que lo haga, porque de nada servirá retenerla. Se marcha desnuda hacia el pasillo y, poco después, escucho el agua de la ducha. Por mi parte, intento recomponerme lo mejor que puedo, ni siquiera me he desnudado, lo cierto es que ninguna de las dos veces lo he hecho, y no me gusta. Peino mi pelo lo mejor que puedo con las manos y, cuando Emma vuelve vestida con un pijama que me parece de lo más sexy, por increíble que parezca, me siento cohibido.

—Creí que ya te habías ido —murmura—. Ethan —suspira, apartando la mirada—. Esto no debería haber pasado.

Los sabía, sabía que diría algo así, por lo que no debería doler, pero lo hace, y eso es lo que más me enfurece. No se trata de orgullo masculino, se trata de sentirte rechazado, insuficiente.

—No te he escuchado quejarte —mascullo—. No tenía esto en mente al venir a tu casa —me mira, sorprendida—. Lo único que

quería era decirte que no es necesario que sigas castigando a mi familia por lo que sucedió entre nosotros.

—Yo no he hecho eso —se defiende, furiosa.

—Sí lo has hecho —rebato de igual forma—. Y lo sigues haciendo. Desapareciste de sus vidas por no verme a mí, por miedo.

—Te dije en una ocasión que no te tenía miedo, y sigo diciendo lo mismo —sisea—. No te creas tan importante, Ethan —continúa—. Me fui porque vivir con mi madre después del divorcio no era una opción.

—¿Y qué tenían que ver mis padres? —pregunto sin creerla—. ¿Mis hermanos?

—Nada —grita—. Solo necesitaba dejarlo todo atrás, ellos formaban parte de mi antigua vida…

—Sigues mintiendo —espeto cabreado—. Cuando quieras reconocer la verdad, estaré encantado de escucharte.

CAPÍTULO 21

Emma.

—No tengo nada que decirte, capullo arrogante —escupo con rabia—. Ahora, fuera de mi casa —le grito harta de que me ignore.

No puedo creer que haya caído de nuevo en sus garras. Tengo que empezar a asumir que Ethan Sinclair siempre va a ser mi debilidad, mi talón de Aquiles. Me observa con una intensidad que es como si sus manos estuvieran recorriendo de nuevo mi piel. Me remuevo inquieta, luchando para no reaccionar, mucho menos que se note.

¿Por qué no me he puesto más ropa? Algo inútil cuando me ha visto completamente desnuda.

—Me voy —asiente finalmente. El corazón no debería darme ningún vuelco, pero, aun así, lo hace—. Te pediría por favor que no los vuelvas a sacar de tu vida.

—Visto lo visto, hoy no parecen muy dispuestos a volver a entrar —musito con tristeza.

—¿Les puedes culpar? —niego porque no, no puedo hacerlo—. No importa lo que haya pasado hoy, vuelve de vez en cuando.

—Ethan —le llamo cuando se dirige hacia la puerta—. ¿Vendrás a la boda? —Me doy cuenta de cómo se tensa.

—¿Me estás vacilando, Ninfa? —pregunta entre dientes—. Aunque no acabara de follarte como un loco en ese sofá —lo señala, me sonrojo—, no podría ir para ver cómo cometes el mayor error de tu vida.

—Tú no sabes nada. —Alzo el mentón—. ¿Vas a darme tú lecciones de amor? —pregunto con sorna—. No has amado ni una maldita vez en tu vida, no eres capaz de hacerlo.

—Puede que no —concede, algo brilla en su mirada—. Pero soy sincero. No me ato a nadie para seguir las normas sociales, y mucho menos, las de mi madre.

—Que te jodan. —Ha dado en el clavo, y eso duele.

—Adiós, Ninfa —se despide como aquella noche, y de nuevo me siento como aquella chiquilla tonta que tenía la ilusión de que él la llamaría, eso que jamás llegó.

Cierro la puerta cuando se marcha y me apoyo en ella. Ahora que me encuentro sola, puedo dejar fluir todo lo que he estado conteniendo. Las lágrimas caen por mis mejillas ahora sin necesidad de ser ocultadas. Me abrazo a mí misma para entrar en calor, uno que he perdido en el momento que he sido tan estúpida como para separarme de Ethan. Observo a mi alrededor y parece que su presencia se encuentra en cada rincón del apartamento, su olor todavía impregnado en mi cuerpo, sus caricias en mi piel, su nombre en mis labios.

—He vuelto a meter la pata —mascullo, dejándome caer al suelo.

No sé cuánto tiempo trascurre, pero me levanto cuando siento el culo entumecido y el rugido de mi estómago me recuerda que no he cenado. Ya en la cocina, me preparo una ensalada y una tortilla que como distraída, miles de pensamientos embotan mi mente.

El teléfono suena, pero al ver que se trata de William, no lo cojo, no puedo hablar con él cuando hace unas horas estaba

cabalgando sobre Ethan como si no hubiera un mañana. Nunca me comporto así, no me consideraba una mujer apasionada hasta que apareció en mi vida para ponerla patas arriba y demostrarme que existe un tipo de pasión tan arrolladora que es capaz de hacerte perder los sentidos.

—Lo siento —susurro, mirando cómo la pantalla vuelve a iluminarse—. Lo siento mucho.

¿Qué debería hacer? Ahora mismo no soy capaz de hablar con él, no creo que pueda mirarlo a la cara. ¿Se supone que debo seguir adelante con la boda? ¿Decir la verdad y que sea él quien decida por los dos? No puedo culpar solo a Ethan, ya que he participado activamente. No me ha forzado en ningún momento, por lo que echarle todas las culpas sería un poco hipócrita por mi parte.

No soy capaz de pegar ojos en toda la noche, así que a la mañana siguiente es difícil de ocultar las ojeras, y el dolor de cabeza comienza a sentirse con fuerza. Rezo para que no se convierta en una crisis, pues he mejorado mucho desde que vivo sola y la tensión no es constante.

El día es complicado, sesiones con mis pacientes que drenan mi energía, por lo que, cuando atiendo al último, lo único que quiero es llegar a casa y meterme en la ducha. Lo que no me imaginaba era que al entrar iba a encontrar a alguien esperándome.

—Will —exclamo sorprendida—. ¿Cómo has entrado?

—Tu madre me ha dejado la llave —responde con seriedad—. Al no saber de mi prometida desde hace dos días, he creído conveniente venir a verla —me doy cuenta de que está molesto.

—Han sido días complicados —me excuso—. Lo cierto es que hoy no me encuentro muy bien y…

—¿Qué es lo que pasa, Emma? —pregunta interrumpiéndome—. ¿Te sientes presionada por la boda?

—No —replico, viéndome acorralada—. No pasa nada, William.

—No me mientas —grita sobresaltándome, no me gusta lo que estoy viendo de él, nunca antes me había gritado—. ¿Quién era el tipo que vino anoche y pasó aquí casi una hora?

Palidezco al escuchar su pregunta cargada de reproche y desconfianza.

—¿Has mandado que me sigan? —pregunto incrédula—. ¿Te has vuelto loco?

—¿Yo? —cuestiona—. Te lo preguntaré una vez más, ¿quién es?

—El hijo de los Sinclair. —Alzo el mentón—. Ya te dije que iba a ir a su casa para hablar con ellos personalmente. Ethan quiso darme la enhorabuena.

—¿Follándose a mi prometida? —me tambaleo al darme cuenta que no ha contratado a nadie para vigilarme, sino que debe tener cámaras en mi propia casa.

—¿Dónde están? —mascullo, comenzando a buscarlas. Deben estar en el salón, porque fue aquí donde estuve con Ethan. Grito asustada cuando me retiene—. Suéltame.

—Debí suponer que eras una puta —sisea, haciéndome daño en los brazos—. ¿Creías que me ibas a ver la cara de estúpido?

La bofetada que recibo y que me lanza al suelo me deja conmocionada. Después de la primera, vienen muchas más, aunque procura no utilizar sus puños para poder seguir trabajando, en algún momento he dejado de gritar.

—Espero que esto te enseñe a no volver a abrirte de piernas tan a la ligera —sisea, cogiéndome del pelo para alzar mi cara—. Si vuelves a acercarte a ese cabrón, lo mato.

Gimo aterrada, me suelta y me deja tirada como un despojo humano. Después de la paliza que me acaba de dar, debe estar loco si cree que voy a seguir con él como si nada. Me doy cuenta de que no puedo levantarme, me duele todo el cuerpo y temo que me haya

roto algo y vaya a morir aquí sola. Comienzo a llorar y llamo a una de las pocas personas que siempre ha estado a mi lado cuando lo necesitaba.

—¿Emma? —pregunta extrañado. Otro sollozo de alivio rasga mi garganta dolorida de tanto gritar—. ¿Estás bien? ¿Estás llorando? —cuestiona ahora con un tono de preocupación.

—Alex —intento hablar, pero no soy capaz—. Ayúdame —suplico cuando siento el sabor de mi sangre en mi boca—. Por favor…

—¿Dónde estás? —grita ahora aterrado—. ¿Qué te pasa? —parece que está corriendo.

—En mi casa —jadeo al sentir un dolor punzante en mi pecho—. William…

—¿Ese cabrón te ha hecho algo? —brama—. Estamos de camino, aguanta.

¿Estamos? Cierro los ojos y dejo que la oscuridad me envuelva.

CAPÍTULO 22

Ethan

Como desde anoche estoy hecho un lío, he venido a hablar con mi hermano. Puede que sea menor que yo, y que parezca que tiene menos romanticismo que una gamba, sin embargo, dando consejos amorosos es la caña.

Lo primero que hice en cuanto llegué a mi casa fue llamar a Clare para decirle que no podíamos vernos más. Si algo he aprendido con los años es que debo ser sincero con ellas y conmigo mismo. Llevo escondiendo la cabeza en mi culo demasiado tiempo, y ha llegado el momento de dejar de hacerlo.

—No puedo creer que no seáis capaces de hablar sin quitaros las manos de encima —masculla impresionado—. ¿Sabes lo que es la contención, hermano?

—Supongo que tú tienes un máster en ello —replico sin sentirme ofendido—. No puedo evitarlo, ¿de acuerdo? Me vuelve loco en todos los sentidos, pero… —No encuentro las palabras, termina sonriendo y frunzo el ceño sin comprender por qué demonios lo hace.

—Estás perdido —bromea—. Siempre lo supe.

Su teléfono suena. «Es Emma», vocaliza y lo coge. Me tenso a la espera de saber qué es lo que quiere de mi hermano. Llevo desde

anoche esperando que me llamara, aunque muy en el fondo sabía que no lo iba a hacer, y llama a Alexander.

—¿Qué es lo que pasa, Emma? —lo veo palidecer y me levanto como un resorte—. ¿Qué te ha hecho ese cabrón? —aprieto los puños.

Sigo a mi hermano que me hace un gesto, bajamos las escaleras corriendo y me indica que suba a mi coche. Arranco poniendo rumbo al apartamento que abandoné anoche prometiéndome no volver.

—Vamos de camino —dice preocupado—. Aguanta.

—¿Qué cojones pasa? —exclamo cuando mi hermano la llama una y otra vez sin obtener respuesta—. Alexander —grito para llamar su atención.

—Acelera —pide nervioso—. Ese mamón debe haberle hecho daño.

—¿Qué? —bramo enfurecido. Acelero—. Como le haya puesto las manos encima, voy a matarlo.

Alex llama a una ambulancia, rezo para no llegar demasiado tarde. Si me hubiera quedado con ella, si hace dos años no hubiera metido la pata, si no fuera un maldito cobarde… Dejo el coche mal aparcado, y salimos corriendo en el momento en el que la ambulancia se escucha a lo lejos. Ni siquiera pido la llave al portero, reviento la puerta de una patada y me quedo inmóvil al encontrarla en el suelo, tirada como una muñeca de trapo a la que han golpeado con saña.

—Emma —la llamo con un nudo en la garganta, aparto el cabello de su rostro y maldigo al ver lo que le ha hecho esa bestia—. ¿Ninfa?

Intenta abrir los ojos, lo hace y, al verme, gime de alivio. Intento calmarla, susurro palabras a su oído y lucho cuando los sanitarios intentan apartarme.

—Está asustada —increpo—. No voy a dejarla.

Alexander me aparta con brusquedad, intenta hacerme reaccionar.

—Deben atenderla —grita pálido, puedo ver el miedo en sus ojos—. Va a estar bien. Iremos al hospital…

—Voy con ella —interrumpo cuando la ponen sobre una camilla —. Coge mi coche.

—Nos vemos allí —grita, pero ya no lo escucho. Lo único que necesito es saber que va a estar bien.

Una vez en la ambulancia, dejo que la atiendan mientras permanezco sentado sin dejar de observarlos. Parece que la han sedado, porque ya no llora ni gime de dolor, algo que me tranquiliza y aterra a partes iguales.

—¿Cómo está? —pregunto por tercera vez—. ¿Se pondrá bien?

—Señor —dice una de las chicas—, debe calmarse. No podemos saberlo con exactitud, y espero que no, pero parece que tendrán que operarla de urgencia.

—¿Por qué? —exijo saber—. ¿No puede ir más rápido?

—El bazo —explica, intentando mantener la paciencia—. Puede que no sea nada, los médicos decidirán. Desde luego, le han dado una paliza de muerte.

Corro al lado de la camilla que recorre un pasillo que se me hace interminable mientras el médico da órdenes a diestro y siniestro. Llega un momento que no me dejan seguir a su lado y me quedo frente a unas puertas que no puedo traspasar. En el momento que siento que mis piernas no van a sostenerme, unos brazos fuertes lo hacen, giro mi rostro para ver que se trata de Alexander.

—Tienen que operarla —musito ido—. Ese cabrón le ha reventado el bazo.

—Dios mío —escucho gemir a mi madre, no me había dado cuenta de que detrás de nosotros se encuentran mis padres y Anthony.

—Los llamé viniendo hacia aquí —explica—. Sabía que querrían estar a tu lado y al de ella.

—Todo es mi culpa —espeto—, ¿verdad?

—No digas tonterías —dice Anthony—. El único culpable es el tipo que la ha apaleado como a un perro —gimo y cierro los ojos con fuerza para no hacer el ridículo.

—Eres único —masculla Alex—. Cállate si no tienes nada bueno que decir, joder.

—Emma va a ponerse bien —replica mi padre—. Es una muchacha fuerte. Recuerdo la vez que siendo una niña se rompió un brazo jugando con Alex. No dijo nada durante horas y, cuando lo hizo, de inmediato la llevamos al hospital asustados, preocupados por ella —sonríe al recordarlo—. Al salir, dijo que no era para tanto.

Mi madre ríe y llora a la vez, mi padre la abraza. Pasamos un rato que se me hace eterno delante de las puertas del quirófano. Corinne hace acto de presencia para armar una escena digna de una película. Mis padres son los encargados de calmarla. Siempre la he visto como una mujer falsa, y no me gusta su presencia a mi alrededor, no logro comprender el motivo.

—¿Dónde está mi hija? —Troy aparece poco después, su rostro desencajado—. ¿Qué ha pasado?

—Su prometido le ha dado una paliza —respondo entre dientes.

—¿Cómo? —pregunta con una voz tan mortalmente fría que asusta—. ¿Dónde está ese malnacido?

—¡No podéis culpar a William! —exclama Corinne—. Estoy segura de que no ha sido él. La habrá atacado algún loco de los que atiende y…

—Estaba en su casa —interrumpo—. La puerta no estaba forzada, y ella misma nos dijo que había sido ese hijo de perra. Voy a encontrarlo y matarlo.

—Tranquilízate, hijo —suplica mi madre, acariciando mi espalda —. Emma no querría esto.

—Pues no me lo puede decir porque la están operando —exclamo furioso—. Le ha reventado el bazo a patadas —bramo para terminar rompiéndome.

—Dios mío —escucho gemir a su padre, lo siento mucho por él, pero no es el único que está sufriendo por ella—. Mi niña, mi pobre niña, debe haber estado muy asustada.

Aprieto con fuerza los dientes para no gemir al imaginar el miedo y el dolor que debe haber sentido, y yo no estaba con ella para protegerla. He estado tan preocupado por protegerme a mí mismo de su rechazo, del sentimiento de inferioridad, que la he dejado desprotegida.

—Necesito saber que va a ponerse bien —susurro mientras mi madre me abraza intentando consolarme.

CAPÍTULO 23

Emma

Me siento como en el limbo. Puedo escuchar voces de fondo, incluso siento cómo alguien sostiene mi mano o acaricia mi rostro con ternura, pero no puedo abrir los ojos.

—Ninfa, debes despertar. —Ahora soy capaz de reconocer a Ethan—. Me has dado un susto de muerte —masculla—. Necesito que abras esos hermosos ojos azules, tienes a mucha gente esperando que despiertes.

Lo intento, juro que lo intento, pero mis párpados parecen pesar una tonelada.

—Llevas una semana durmiendo —continúa—. Por favor, despierta, aunque sea para mandarme a la mierda.

Si pudiera reír, lo haría. No puedo creer que Ethan esté a mi lado, que me hable con tanta dulzura, incluso que parezca preocupado. Recuerdo que él y Alexander fueron los primeros en llegar y, cuando lo vi frente a mí, me sentí tan aliviada que comencé a llorar queriendo que me cogiera entre sus brazos para llevarme lejos del dolor y el miedo que sentía.

—Debes descansar, cielo. —Ahora escucho una voz de mujer—. Yo me quedo con ella.

—No voy a dejarla, mamá. —Entonces se trata de Diane—. No pienso volver a alejarme de ella jamás.

Mi corazón da un vuelco en mi pecho al escuchar semejante declaración por su parte. No puedo creer que esas palabras hayan salido de su boca. Intento moverme de nuevo, hacer cualquier gesto que les diga que estoy consciente, que puedo escucharlos, pero no lo consigo.

◆ ◆ ◆

Cuando al fin abro los ojos, todo a mi alrededor es blanco, escucho un pitido constante a mi lado y estoy rodeada de cables. Una respiración profunda llama mi atención, giro mi cabeza hacia un lado y lo veo. Ethan se encuentra dormido en un asiento que no parece muy cómodo. Un sentimiento de ternura me embarga y me pregunto cuánto tiempo debe llevar aquí para estar tan casado como para dormirse sentado.

—Ethan —llamo, mi voz se escucha extraña hasta para mí—. Ethan —vuelvo a insistir.

Se sobresalta y abre los ojos, sorprendido al verme despierta. Se levanta y me abraza con sumo cuidado para no hacerme daño. Cierro de nuevo mis párpados, me impregno de su aroma y dejo que su presencia me arrope. Nunca antes hemos estado así si no era durante el sexo, es algo nuevo para mí, pero parece que Ethan se siente bien haciéndolo. ¿Qué ha cambiado?

—Me has asustado como la mierda, Ninfa —susurra—. No lo vuelvas a hacer —ordena, separándose para mirarme—. ¿Te duele algo? —pregunta preocupado.

—Todo —reconozco con una sonrisa—. Aunque es normal, ¿no? ¿Qué es lo que tengo? —pregunto asustada.

—Te tuvieron que operar —comienza a explicar mortalmente serio—. Te han quitado el bazo —asiento—. Tienes dos costillas rotas y tres fisuradas. Lo demás son heridas superficiales, menos la de la ceja, que han sido un par de puntos, que no tardarán en quitar, porque has estado inconsciente ocho días.

—¿Mis padres? —pregunto, sin sorprenderme que mi madre no esté, pero mi padre…

—Tuve que obligar a Troy a salir de aquí al menos para darse una ducha —explica—. Tu madre —masculla—. Es mejor no tenerla por aquí, lo único que hace es incordiar a los médicos con estúpidas exigencias.

—Nunca va a cambiar —musito, sintiéndome cansada.

—La policía quiere hablar contigo. —Me pongo nerviosa al instante.

—¿Por qué? —incluso a mí me parece una estupidez la pregunta que acabo de formular.

—Porque ese miserable casi te mata —espeta—. ¿Puedes decirme qué pasó?

—Cuando llegué a casa, estaba dentro —explico de mala gana. Lo cierto es que no me apetece recordar aquellos minutos en los que creí que iba a morir—. Me acusó. —Le miro apenada, sabiendo que va a sentirse culpable—. No sabía que mi casa tenía cámaras ocultas…

Solo tarda una fracción de segundo en comprender lo que quiero decir y, como suponía, su semblante palidece. Veo cómo sus ojos se empañan por la culpabilidad antes de cerrarlos como si así pudiera borrar el dolor de mi confesión.

—Entonces, casi te matan por mi culpa —murmura—. Joder.

—No sigas, Ethan —rebato—. Yo participé, fue cosa de los dos. No le des más vueltas.

—¿Que no le dé vueltas? —pregunta—. Fui yo quien te buscó, ambos sabemos que no hubiera sucedido nada, porque tú no hubieras dado un paso hacia mí.

—El único culpable es William —insisto—. No dejes que él gane.

—Lo único que va a ganar es que lo muela a palos —espeta. Va a continuar hablando, pero la llegada de mi padre interrumpe nuestra conversación.

—¡Mi niña! —dice emocionado—. Pensé que no volvería ver tus hermosos ojos.

—Papá —sollozo cuando me abraza—. No llores.

Cuando nos separamos, me doy cuenta de que Ethan no está y comienzo a ponerme nerviosa. Un mal presentimiento se apodera de mí sin que lo pueda controlar.

—Papá, tienes que detenerlo —apremio y, aunque intenta tranquilizarme, no lo consigue, incluso amenaza con pedir que me seden de nuevo—. Lo va a matar.

—Emma, habrá ido a avisar al doctor —rebate—. El chico no ha querido moverse de aquí. Prácticamente ha acampado en el hospital, incluso Richard ha tenido que hacerse cargo de la dirección por un tiempo.

—¿De verdad? —cuestiono sin podérmelo creer—. ¿Por qué?

—¿Lo preguntas en serio? —exclama mirándome como si hubiera perdido la cabeza—. Está loco por ti.

—Eso no es verdad —replico—. Papá, él solo ha actuado como lo hubiera hecho cualquiera —me niego a dejar que la esperanza florezca en mí—. Ethan solo siente atracción por mí, él y yo…

—No quiero saberlo —interrumpe—. Hay cosas para las que un padre nunca está preparado para escuchar.

Me reiría si no me doliera cada vez que me muevo. Incluso respirar es un suplicio. La llegada del doctor me tranquiliza en cierta manera, al menos, sé por qué Ethan ha salido de la habitación. Dejo que me revise, y parece contento con mi evolución. Me dice que en breve llegará la policía para tomarme declaración, por lo que de

nuevo comienzo a ponerme nerviosa, necesitando a Ethan a mi lado para pasar semejante trance.

—No vuelve —digo por enésima vez—. Dame mi teléfono, papá.

—No lo tengo, cielo —responde—. Pero me aseguraré de conseguirte uno.

—¿No estarás compinchado con él? —pregunto, comenzando a dudar—. Ninguno de los hermanos Sinclair está aquí, y me parece muy sospechoso.

—¿Cómo crees que haría algo así? —pregunta, haciéndose el ofendido, pero lo cierto es que lo conozco demasiado, y sé que no me está diciendo toda la verdad.

CAPÍTULO 24

Ethan

Saber que ha estado a punto de morir por mi culpa es algo que no voy a ser capaz de superar. Una vez que aviso a su médico, he salido del hospital como alma que lleva el diablo en busca de ese hijo de perra, me importa una mierda acabar en la cárcel, pero va a pagar cada golpe que le dio a Emma.

—Ni se te ocurra hacer una locura, Ethan —me dice Alex por el manos libres—. Si vas a por ese cabrón, pasa a por mí.

—No voy a meterte en esto —mascullo—. Es cosa mía.

—Ya estoy metido —grita furioso—. ¿Crees que eres el único que se preocupa por Emma? He crecido con ella, es mi mejor amiga, y ese bastardo casi la mata.

—Espérame en la puerta —claudico—. Cinco minutos.

Cuelgo e intento calmarme. He tenido tiempo para hacerlo y, aun así, no he sido capaz de conseguirlo. Si no me he movido del hospital, era porque quería que, si Emma despertaba, lo primero que viera fuera a mí, mi mayor temor es que le ocurriera algo si yo no estaba a su lado.

Al llegar a casa de mis padres, Alexander me espera fuera tal y como le pedí, sube al coche, pero cuando voy a arrancar para salir lo más rápido de aquí, Anthony aparece enfrente. Ambos nos miramos

sorprendidos, le hago un gesto impaciente para que se aparte, no tengo tiempo para juegos estúpidos.

—¿Se lo has dicho? —acuso—. No tengo tiempo para estas estupideces, Alexander.

Bajo mi ventanilla para ordenarle a mi hermano pequeño que se quite del medio. Se mantiene en sus trece, en su mirada veo la resolución, por lo que no va a ponérmelo fácil.

—No voy a dejar que cometáis una locura —dice cuando desciendo del coche, Alex me imita, lo extraño del asunto es que se mantiene en silencio, por lo que una sospecha comienza a crecer dentro de mi cabeza.

—¿Tienes algo que ver en esto? —pregunto entre dientes.

—A mí podrías apartarme, pero a él no vas a tocarle un pelo. —Alza el mentón—. Ódiame todo lo que quieras, pero no quiero verte entre rejas.

Lo cojo por la camisa con ganas de partirle la cara por imbécil, por impedirme lo que la rabia, la furia y el miedo me gritan que haga. No puedo evitar asestarle un puñetazo que él no tarda en devolverme. Escucho cómo Anthony nos ordena que paremos, pero ninguno de los dos parece dispuesto a obedecer.

—Parad de una maldita vez —grita—. Joder, vaya par de idiotas.

—¿Qué demonios pasa aquí? —el bramido de mi padre lo escucho a la perfección—. Dejad de pegaros —ordena furioso—. Ethan, suelta a tu hermano.

Me empuja y dejo que me aleje, limpio la sangre de mi labio mientras que Alex hace lo propio con la de su nariz. Ambos nos miramos furiosos, jadeantes y ofuscados.

—Exijo una explicación de por qué mis dos hijos mayores se lían a puñetazos limpio mientras el pequeño observa sin hacer nada. —

Nos mira en busca de una respuesta que no pienso darle—. ¿Anthony?

—Hemos impedido que Ethan fuera en busca del prometido de Emma —explica, le lanzo una mirada que le deja muy claro lo que pienso de los chivatos. Maldita sea, me siento como un niño al que le han pillado con las manos en la masa.

—Ese cabrón ya no es nada de ella —siseo—. Voy a matarlo —sentencio—. Si no es hoy, será mañana, pero no podéis impedirlo.

—Pero ¿qué dices, hijo? —exclama mi padre horrorizado—. Tú no eres así, deja que la justicia haga su trabajo.

—¿Cómo puedes decir algo así? —le increpo—. Siempre decís que la queréis como una hija…

—Y lo hago —interrumpe—. No oses decir que no la quiero solo porque no me dejo llevar por la rabia y busco a ese miserable para tomar la justicia por mi mano, Ethan. ¿Crees que no me gustaría hacerlo? ¿O a Troy? Pero si todos nos comportáramos como animales, esto sería una jungla.

—No lo entendéis —mascullo frustrado y dolido porque no me apoyan—. Verla allí tirada como un perro apaleado… No saber si iba a sobrevivir.

Anthony pasa un brazo sobre mis hombros. Es un gesto de apoyo que me desarma, no voy a llorar frente a ellos, pero debo hacer un esfuerzo sobrehumano para no romperme. Entramos en casa, donde mi madre nos recibe nerviosa. No me cabe la menor duda de que ha sido testigo de todo desde la ventana y que mi padre le ha pedido que no saliera.

—Lo siento —me disculpo con Alexander en particular y con todos en general—. No puedo permitir que se salga con la suya, no entiendo por qué la policía todavía no lo ha detenido.

—Sin la declaración de Emma, podría haber sido atacada por cualquiera —dice Alex—. Nos encargaremos de que ese hijo de perra

no salga de la cárcel. Espero que lo juzguen como intento de asesinato y no como homicidio…

—¿Pueden hacer eso? —cuestiono incrédulo—. Tú la viste al igual que yo —exclamo encolerizado—. Ese bastardo quiso matarla.

—Lo sé —asiente—. Por eso espero que la fiscalía lo juzgue como intento de asesinato.

—Esto es acojonante —musito—. Vuelvo al hospital. Emma ha despertado, y quiero estar con ella.

Todos me miran con desconfianza, pero no me detienen. Imagino que me conocen lo suficiente como para saber que, aunque querría acabar con William, ahora mismo mi prioridad es Emma.

Estoy a punto de entrar en la habitación cuando escucho voces, me tenso, porque reconozco a Corinne. Estoy dispuesto a entrar, pero espero para cerciorarme de si es lo correcto o no.

—¿Es que te has vuelto loca? —increpa—. Tu declaración lo ha sentenciado, Emma.

—¿Esperabas que, después de la paliza que me dio y casi acaba conmigo, me mantuviera callada? —Su voz se escucha amortiguada, odio que le esté haciendo esto en un momento tan vulnerable para ella—. Soy tu hija, y parece que te pones de su parte.

—William no había dado muestras de ser un hombre violento —rebate—. ¿Qué le hiciste? —cuestiona. Decido que ya he escuchado lo suficiente e intervengo, al diablo con las consecuencias.

—Corinne, creo que es mejor que te vayas —le pido, intentando sonar educado.

—¿Quién te crees para echarme de la habitación de mi hija? —pregunta furiosa—. No te metas, Ethan. Lo cierto es que no sé qué demonios haces aquí —añade con una mueca de desprecio que no me pasa desapercibida.

—Al menos, no increpo a tu hija mientras se encuentra convaleciente en esa cama —replico sin inmutarme—. Acaba de despertar, lo menos que podrías hacer es dejarla descansar.

—Vendré cuando estés sola —masculla, sale de la estancia sin mirar atrás, no comprendo cómo puede llamarse madre.

Miro a Emma y maldigo en silencio al ver el dolor en sus ojos, me acerco deprisa y la abrazo. No soporto ver el sufrimiento en su mirada, el saber que el comportamiento de la mujer que acaba de marcharse le duele como una puñalada en el corazón.

—No llores —susurro cuando la siento sollozar—. No le hagas caso, has hecho lo correcto.

—¿Dónde estabas? —murmura, intentando tranquilizarse.

CAPÍTULO 25

Emma.

Se aparta, pero no me devuelve la mirada, por lo que sé que me oculta algo. Aun así, lo dejo pasar, porque no me siento con fuerzas para discutir con nadie más, y Ethan es como una fuerza de la naturaleza capaz de arrollar con todo a su paso.

—No debí irme —reconoce—. Pero no voy a moverme de aquí hasta que no salgas por esa puerta. —Sonríe—. ¿No deberías estar durmiendo?

—¿Más? —pregunto, frunciendo el ceño—. No quiero dormir. Me siento cansada, pero no quiero cerrar los ojos, ¿y si no despierto?

—No digas eso —replica, cogiendo mi mano—. Vas a ponerte bien.

—Gracias —le digo, me mira sin comprender—. Por estar aquí, por echar a mi madre, por…

—Lo he pillado —bromea—. Ahora cierra esos ojitos, anda.

—No lo voy a hacer —rebato—. Si te incomoda estar conmigo, puedes irte. Mi padre volverá en un rato, no le gusta coincidir con mi madre si puede evitarlo.

—No he dicho eso —se defiende, parece algo nervioso—. ¿Eres consciente de que desde que nos conocemos solo hemos discutido o…

—O nos hemos acostado —termino por él—. La verdad es que verte aquí, hablando como una persona normal, me sorprende. ¿Seguro que he despertado? —es mi turno de bromear, porque buscar un sentido más profundo para su presencia a mi lado me aterra.

—Muy graciosa —increpa—. No soy tan capullo, Emma. ¿Crees que después de encontrarte medio muerta iba a dejarte cómo si nada?

—No quiero que te sientas obligado ni culpable, Ethan —suspiro, odiando que solo esté a mi lado por esos motivos—. Ya te lo he dicho antes…

—Basta —interrumpe entre dientes—. ¿No puedes aceptar mi ayuda sin cuestionarla? ¿No puedo quedarme a tu lado sin más?

No respondo, porque no sé qué decir, no le entiendo, y lo cierto es que no tengo la fuerza necesaria para averiguarlo. Cierro los ojos agotada mentalmente, desde que he despertado, no he podido estar sola ni un momento. Primero, la policía; luego, los reproches de mi madre; y ahora, Ethan confundiéndome.

—Descansa y no te preocupes por nada —le escucho decir cuando estoy a punto de volver a dormirme.

◆ ◆ ◆

Cuando despierto de nuevo, solo la tenue luz de emergencia de la habitación continúa encendida. Siento a alguien a mi lado, me giro y descubro que se trata de Ethan, que, encogido en el borde de la cama, duerme ajeno a todo lo demás.

¿Cómo puede dormir de esa manera? Me gustaría poder moverme para que tenga más espacio, incluso lo taparía con una manta. Busco el pequeño mando que me permite llamar a las enfermeras y pulso el botón rezando para que no lo despierten. Agradezco cuando aparecen de inmediato y, entre susurros, les pido una manta para mi acompañante.

—No debería dormir con usted —dice en voz baja mientras lo tapa con cuidado.

—No me hará daño —defiendo—. Por favor…

Finalmente, sale sin despertarlo, por lo que puedo observarlo a placer. Si hace dos años era atractivo, ahora la madurez adquirida lo hace arrollador. Incluso con barba de varios días y ojeras podría posar para las mejores portadas nacionales. No es de extrañar que haya sido tendencia en muchas ocasiones, conocido por sus logros, pero también por su vida amorosa.

Reconozco que he intentado obviarlos, pero cada vez que lo veía en la prensa rosa, se me revolvían las tripas, un motivo más que me ayudaba a mantenerme alejada de todo lo que pudiera recordarme a él o, peor aún, encontrármelo. Y ahora me encuentro postrada en la cama de un hospital con Ethan a mi lado, y no sé a qué atenerme, ¿le dejo entrar en mi vida de nuevo? ¿Lo alejo?

—Deja de pensar —masculla sin abrir los ojos, los míos se abren como platos—. Puedo escuchar los engranajes de tu cabeza funcionar a mil por hora.

—Creí que estabas dormido —resoplo avergonzada.

—Lo estaba —murmura como si le costará hablar—. Pero cuando la enfermera ha entrado, me he despertado.

—Lo siento —le digo—. No quería que pasaras frío.

—Muy considerado por tu parte —replica—. Estoy bien, deja de preocuparte por mí, Ninfa.

—¿Por qué siempre me has llamado así? —pregunto con curiosidad, he esperado mucho para obtener una respuesta.

—Porque lo pareces —replica como si fuera obvio—. Con tu pelo rubio, los ojos azules como un cielo de verano…

—Que poético —bromeo para aligerar el ambiente e intentar que mi corazón no se salga de mi pecho para caer a sus pies—. Tú

tampoco estás nada mal.

—Lo sé —se jacta, lo miro con la boca abierta ante su elevada autoestima—. ¿No tienes más sueño? Lo digo porque compartir contigo una cama sin que estés dormida puede tornarse peligroso…

—¡Si estoy hecha un cromo! —exclamo cuando entiendo lo que quiere decir—. Creo que tienes un serio problema sexual…

—Solo contigo —rebate. Lo miro, desconfiada—. No me mires así —dice riendo.

—Si tienes los ojos cerrados —exclamo—. No sabes cómo te estoy mirando.

—Desconfiada. —Por fin sus párpados se mueven y nos observamos—. ¿Te duele algo? No debería, porque esos goteros ya llevan algo para el dolor.

—No es eso —confieso—. Ya te lo he dicho antes, tengo miedo. Además, creo que he dormido bastante para todo lo que me quede de vida.

—Si lo sé, dejo que sea tu padre quien se quede —se queja, no debería doler, pero lo hace—. Estoy muerto, Ninfa. Necesito dormir.

—Pues vete —escupo—. Nadie te ha pedido que te quedes.

—He vuelto a hacerlo —masculla—. Rubia, no lo he dicho para que te sientas mal, ni me he quedado por obligación, así que deja de pensar cosas que no son.

—¿Y por qué lo has hecho entonces? —pregunto harta de ir a ciegas—. Mientras he estado inconsciente, ¿te has pegado algún golpe en la cabeza que te haya cambiado la personalidad?

—Lo cierto es que no saber si ibas a morir o vivir sí que ha sido un golpe —replica levantándose. Ahora me odio por haber conseguido con mis preguntas que se aleje de mí—. No me conoces realmente, Emma.

Me sorprende que me llame así, nunca lo ha hecho o, al menos, no lo recuerdo. Siempre he sido Rubia, Ninfa o pija insufrible para él, por lo que espero que continúe hablando, porque el Ethan que tengo frente a mí es un completo desconocido.

—He tenido tiempo para pensar mucho mientras no me separaba de tu cama. —Abro la boca, pero con un gesto me pide silencio—. Durante dos años, me he negado a pensar en ti, no lo he conseguido. Supongo que tenías razón, era un arrogante que lo único que tenía por aquel entonces era una confianza en sí mismo demasiado alta —sonríe avergonzado.

—Sigues siéndolo —apunto en un susurro, ganándome una mirada de reproche que no me intimida en lo más mínimo—. Perdona, continúa.

—Gracias —farfulla, pasándose una mano por el pelo. Verlo nervioso es otra cosa extraña para mí—. No voy a excusarme diciendo que no te conocí en el mejor momento de mi vida —se encoge de hombros—. Porque no conocía otra clase —aclara—. La primera vez que te vi debo reconocer que solo quería…

—Un polvo —vuelvo a interrumpir, que no encuentre ni las palabras para explicarse me está poniendo de los nervios, necesito saber dónde quiere llegar—. Supongo que era a lo que estabas acostumbrado.

—Sí —asiente, sentándose a mi lado—. Lo supe incluso antes de acercarme. Tú eras distinta, y lo demostraste dejándome fuera de juego.

Me río. Si supiera que, en cuento se acercó a mí, mis bragas quisieron ir por libre, creo que se reiría con ganas. Espero que continúe, la curiosidad por donde nos va a llevar esta conversación me está matando.

—¿Y cómo actué yo? —cuestiona—. Como un gilipollas. A partir de ahí, todo fue de mal en peor. El destino quiso que tú y mi familia tuvierais una relación que a mí me habían arrebatado.

CAPÍTULO 26

Ethan.

Decido que esta noche es tan buena como cualquier otra para ser sincero. Juré que, si Emma despertaba y se recuperaba, yo dejaría de dar vueltas en círculo, no importa que ella después me mande al infierno.

—¿Estabas celoso? —la escucho preguntar incrédula, hago un gesto de incomodidad, dicho así…—. No me lo puedo creer.

—¡Ahora no tiene mucha lógica! ¿De acuerdo? —me defiendo, sintiéndome como un imbécil—. Pero en aquel momento, Alexander irrumpió como una apisonadora en mi vida para tambalear los cimientos que creía firmes.

—La verdad es que Alex en ciertas cosas se parece a ti —concede. La miro horrorizado, vuelve a reír, pero se detiene enseguida con una mueca de dolor—. Cuando se os mete algo en la cabeza —niega sin perder la sonrisa—, es más fácil que os la arranquen que haceros cambiar de parecer.

—Puede —replico—. Pero cuando descubrí que era un Sinclair, no fue fácil —confieso—. Y tú estabas en medio. Los defendías, y ellos a ti, y yo me sentía tan fuera de lugar.

Siento cómo coge mi mano, observo la diferencia de tamaño, incluso de color. Agradezco el gesto con un leve apretón, cada vez

más convencido de que estoy haciendo lo correcto que, sea cual sea su respuesta, después no importa.

—Debió ser un *shock* —concede—. He vivido rodeada de lujos, solo conozco esta vida, y a veces sé lo asfixiante que puede llegar a ser.

—Pues imagínate haberte criado en uno de los barrios más pobres de Boston con unas personas que creías tus padres —digo, intentando mantener la tranquilidad—. No me estoy quejando —añado para que quede claro—. Volvería a elegirlos como padres adoptivos mil veces.

—No he podido conocer a Molly —murmura apenada—. ¿Ella está bien?

—Sí —asiento sonriente, agradecido de que se haya acordado—. Por fin conseguí sacarla de Hyde Park, no vive lejos de mis padres. Lo primero que hice fue comprarle una casita.

—Espero que sea feliz y se haya adaptado al cambio —dice mirándome con esos ojos azules llenos de curiosidad—. ¿Se lleva bien con los Sinclair?

—No podía ser de otra forma —bromeo—. ¿Te acuerdas de mi miedo a tener que elegir? No hizo falta, ellos me ayudaron. Todo fue muy fácil cuando lo acepté y dejé de luchar.

—Me alegro —sé que es sincera—. Por todos.

—Y si no hubieras desaparecido, también habría dejado de luchar contra ti. —Ahora sí me mira sin comprender—. Pero al hacerlo, mi orgullo volvió a salir a flote.

—Me he perdido —replica—. No hice nada, Ethan. Me alejé de toda la situación de mis padres y…

—¿Podrías por favor ser sincera solo por una vez? —pregunto—. Solo esta noche, Ninfa.

—Puede que lo que sucedió entre nosotros también influyera —reconoce tras un breve silencio—. Como ves, la relación con mi madre no es sencilla y no creía tener la suficiente fuerza para luchar contra los dos.

—Lo siento —replico—. Siento lo de esa noche, no lo que sucedió entre nosotros, sino el ir borracho…

—Y reconocer que habías intentado tirarte a otra sin éxito —añade molesta, cierro los ojos con ganas darme cabezazos contra la pared por capullo.

—Joder —gruño—. No era cierto. —Abre los ojos como platos—. No tienes por qué creerme, pero lo cierto es que sí, salí de mi casa con esa intención. Sin embargo, inconscientemente conduje mi moto hasta la tuya.

—Entonces, ¿por qué…? —pregunta, frunciendo el ceño—. Creo que nunca voy a llegar a entenderte.

—No me extraña —exclamo—. Al terminar, sabía que dirías que todo había sido un error, por eso ataqué primero. No podía soportar que me miraras como si no fuera suficiente para ti y…

—¡Jamás lo hice! —se defiende ofendida, la miro y me doy cuenta de que le ha dolido ese pensamiento por mi parte—. Nunca lo he pensado, Ethan, tienes que creerme.

—Lo sé —asiento para tranquilizarla—. En mi cabeza, era más fácil pensar que eras una pija *snob* que se arrepentía de acostarse con un donnadie.

—Estupendo —sisea—. Vaya concepto de mierda tienes de mí. Lo que no entiendo es cómo te has acostado conmigo no una, sino dos veces.

—Porque, en el fondo, sabía que no eras así —confieso, aunque eso consiga ganarme su desprecio por ser tan gilipollas—. Por lo que, cuando acepté que podría vivir como un Sinclair sin abandonar

a la mujer que me había criado, trabajé como un cabrón para merecerte.

La escucho jadear, alza de nuevo sus ojos hacia los míos, que no se han perdido ni un solo movimiento en busca de la verdad.

—Sí, Ninfa, si no te hubieras alejado, yo te habría buscado y… —Me encojo de hombros—. ¿Quién sabe dónde nos hubiera llevado nuestra relación?

—¿Relación? —pregunta anonadada. Con la boca abierta, ahora mismo está muy cómica—. ¿Querías tener una relación conmigo?

—Todavía quiero. —Ahora es mi turno de contener el aliento. Sus ojos se abren más, si eso es posible, y lo cierto es que no sé si es muy buena señal—. Quiero intentarlo, Emma. Eres la primera mujer que me hace plantearme algo a largo plazo, ¿sabes?

—Pues tienes un modo muy extraño de demostrarlo, Ethan —rebate—. Durante estos dos años, no has sido un monje.

—Nunca me lo vas a poner fácil, ¿verdad? —le digo con ternura, ya que sus celos me demuestran que no le soy indiferente—. Ninfa, muchas solo eran acompañantes para las cenas de trabajo. No podía ir solo, ya sabes cómo funcionan.

Me mira enfurruñada, sin embargo, no puedo perder la sonrisa esperanzada que se dibuja en mi rostro al no escuchar una negativa por su parte o «un vete al infierno» como siempre había imaginado. Comienzo a acariciar la mano que todavía sostengo con mi pulgar, maravillándome de su suavidad y agradeciendo que ya no esté fría como el día que la encontré medio muerta tirada en el suelo. No creo que pueda olvidar esa imagen en mi vida, mucho menos, que la culpabilidad deje de asfixiarme.

—¿Por qué quieres salir conmigo? —pregunta, descolocándome. Alzo una de mis cejas como suelo hacer cuando algo me sorprende —. Necesito saberlo, Ethan —algo en su voz me deja saber que ella también se siente insegura con respecto a mí.

—Ya te lo he dicho —comienzo a decir, parece que no le gusta lo que digo—. Desde la primera vez que te vi, me sentí atraído por ti. Pero no solo sexualmente —explico—. No sé cómo explicarlo, Ninfa —niego ofuscado por no poder encontrar las palabras—. Eres como un imán, sé que no eres como yo me empeñaba en creer.

—Es la peor declaración que he escuchado en mi vida —se queja, pero el brillo de sus ojos consigue que no pierda las esperanzas—. Pero tendrá que valer. —Me incorporo de golpe, y gime por el tirón que le he dado en el brazo al moverme—. Tampoco te he podido sacar de mi cabeza a pesar de comprometerme —hace un mohín—. Aunque haya resultado un psicópata.

Intenta bromear, pero no puede ocultar el miedo que siente. Ese malnacido sigue suelto, y no creo que pueda olvidar fácilmente lo que sucedió ese día. La abrazo impregnándome de su olor, sintiendo los latidos de su corazón contra mi pecho, podría quedarme así para siempre y sería el hombre más feliz del mundo, creo que estoy realmente perdido por ella.

—No pienses en eso —susurro contra su cuello, la siento estremecerse—. No dejaré que vuelva a hacerte daño.

Se mueve dejándome claro que quiere que la mire. Cuando lo hago, veo resolución en sus ojos a pesar de la semipenumbra que nos envuelve.

—No quiero que te culpes —dice con firmeza—. Lo que pasó entre nosotros solo fue el detonante. William solo mostró su verdadera naturaleza —apunta—. Y doy gracias a Dios que lo hizo antes de la boda. Podría haber sucedido por cualquier cosa, así que deja de pensar esas tonterías que estoy segura de que rondan por tu cabeza.

—Eres maravillosa —susurro para dejar un suave beso en sus labios, uno que me sabe a poco—. Eres capaz de espantar mis demonios con unas simples palabras.

—Me alegro —sonríe complacida—. Siempre lista para servir, señor Sinclair. —Gimo, porque a mi mente acude una imagen no muy decorosa para estos momentos.

—Ninfa —me quejo—, no hagas eso. Llevo mucho tiempo sin…

—Ethan —exclama azorada—. Solo han pasado unos días, siempre podrías buscar alivio en otra parte —masculla por lo bajini.

—¿No has escuchado nada de lo que te he dicho? —pregunto, alzando su rostro con cuidado para que vuelva a mirarme—. Nunca volveré a conformarme con latón si puedo tener oro.

—No estoy segura de que sea un halago —dice pensativa. Vuelvo a besarla, gime, por lo que me aparto preocupado por haberle hecho daño—. ¿Por qué demonios te detienes? —Suelto una carcajada que podría despertar a todo el hospital—. Baja la voz —sisea—. ¿Quieres que te echen?

—No voy a dejarte sola —tranquilizo apartándome. De nuevo me tumbo a su lado con cuidado de no hacerle daño—. Tenemos que pedir una cama más grande.

—¿Te has vuelto loco? —pregunta—. ¿Cuánto tendré que estar aquí?

—No lo sé —suspiro—. ¿No te ha dicho nada el médico?

—Que evolucionaba bien —responde—. Que haya despertado es buena señal.

—Vaya lumbreras —gruño—. Mañana hablaré con él.

—Mi padre también puede… —la miro, dejándole claro que, a partir de ahora, ella es mi prioridad.

CAPÍTULO 27

Emma.

Todavía no puedo creer todo lo que Ethan me dijo hace dos días. Desde entonces, me ha demostrado con hechos que es sincero y que no piensa dejarme sola. Lo cierto es que siempre estoy acompañada, si no es por él, por alguno de los Sinclair o por mi padre, mi madre no ha vuelto a aparecer desde el día que desperté.

¿Duele? Por supuesto, debería estar acostumbrada, pero creo que es algo que jamás podré comprender. Diane intenta suplir el vació, la conozco, y no aprueba el comportamiento de Corinne, muchas veces me he preguntado cómo ha durado su amistad a lo largo de los años si las dos son como la noche y el día.

—Estás muy callada, niña —dice Richard, ha venido acompañado de Anthony—. ¿Tal vez echas de menos a otro Sinclair? —bromea, consiguiendo que me sonroje. ¿Soy tan obvia?

—Hoy no podía presidir yo la junta —explica, dejando el periódico a un lado—. Por eso nos ha pedido que viniéramos nosotros, Diane está en el club en una reunión para una recaudación benéfica, así que solo quedábamos nosotros —continúa con la broma.

—¡No sé de qué te quejas —amonesta Anthony sin apartar la vista de su móvil—. Somos los mejores Sinclair.

—¡No lo he hecho! —me defiendo.

«Es cuestión de opiniones», pienso y me controlo para no decirlo en voz alta, no quiero ser descortés con ellos, ni que piensen que nos son importantes para mí.

—El doctor ha hablado con Troy —dice el señor Sinclair—. Dentro de unos días, podrás volver a casa. Tu padre está preocupado, niña —suspira—. Teme no poder hacerse cargo de ti como querría, y lo cierto es que, cuando sugirió contratar a alguien, a mi Ethan casi le entra un infarto.

—Mi madre se ha ofrecido a cuidarte —dice Anthony—. Pero imagino que tener a la tuya enfrente no es una opción para ti, ¿verdad?

—Anthony… —amonesta su padre.

—¿Qué? —pregunta ofendido—. No soy yo quien se comporta como una perra con su hija.

—Ya está bien —exclama enfadado—. Respeta a Corinne, hijo.

—No entiendo por qué la defiendes siempre, papá —replica sin inmutarse ante el tono severo—. ¿Dónde está ahora? Su hija casi se muere y, si ha venido, ha sido para reclamarle por denunciar a ese cabrón.

—Seguro que se arrepiente de lo que dijo, puede que el miedo al ver que podría haberla perdido…

—Richard —interrumpo—. No intentes defenderla. Sé cómo es, debería estar acostumbrada y, aun así, duele más que las patadas que me dio William.

—No sabes cómo lo siento, niña —lamenta—. Lo cierto es que no sé qué demonios piensa Corinne.

—No intentes excusarla —le pido—. Iré a mi casa, puedo cuidar de mí misma.

—No te lo crees ni tú, Ninfa. —Miro a la puerta para ver a Ethan vestido de ejecutivo, creo que nunca voy a acostumbrarme a verlo

así—. No pienso dejarte en esa casa donde ese cerdo pueda llegar a ti, mucho menos, dejarte sola, no puedes valerte por ti misma todavía.

Odio que tenga razón. Entra a la habitación como si fuera el dueño y señor de todo lo que le rodea. Me pregunto si en la empresa hace lo mismo, porque entonces debe ser casi imposible trabajar con él. Tiene un aura de poder y confianza que le hace ser casi invencible en los negocios.

—¿Cómo se ha portado? —escucho que pregunta, bufo, él solo me mira y me guiña un ojo—. Podéis iros. Yo me ocupo.

—¿Todo bien? —pregunta su padre, levantándose. Su hijo menor lo imita, sé que odia los hospitales.

Le hago un gesto y se acerca confundido. Le pido que se acerque más, lo hace frunciendo el ceño. Cojo su mano y tiro con suavidad para que entienda lo que quiero que haga, lo hace y me abraza despacio.

—Gracias —susurro—. Sé que detestas estar aquí.

—Lo que más detesto es verte postrada en esta maldita cama —devuelve—. Así que recupérate pronto.

—Eso intento —increpo con ganas de darle una colleja, pero todavía me duele si hago movimientos bruscos, las malditas costillas me están matando—. Lárgate ya.

Se marchan poco después, dejándonos solos. Agradezco que las enfermeras me hayan lavado lo mejor posible y esté medianamente presentable, la verdad es que no entiendo qué ve en mí en estos momentos.

—Acabo de hablar con tu médico —explica, mirando por la ventana—. El viernes te darán el alta. —Me quejo, porque faltan todavía tres días—. Sé que quieres salir de aquí, pero considérate afortunada, Ninfa. Has estado a punto de morir, por lo que esperar un poco más no debería ser un problema.

—No eres tú quien está en esta cama —mascullo frustrada, cansada de no poder moverme y furiosa por todo lo que me ha pasado.

—Ojalá lo fuera. —Se vuelve. Al ver sus ojos, me doy cuenta de que lo dice de verdad, y mi corazón golpea con fuerza dentro de mi pecho—. Preferiría haber sido yo, créeme que no me dolería tanto como verte así.

—Ethan. —Me mira a la espera de que continúe hablando—. ¿No vas a besarme?

Ríe por lo bajo, pero se acerca hasta mi cama, se agacha y deja un suave beso que me sabe a poco. Si pudiera levantar mis brazos, le cogería por las solapas de su impoluto traje para que no pudiera moverse y besarlo a placer.

—Ninfa, no me mires así —suplica, apartándose un poco—. Me lo pones muy difícil.

—¿Y quieres que viva contigo? —pregunto—. Si ya te estás quejando.

—Cuidado —advierte, parece tan frustrado como yo—. No me estoy quejando, solo digo que yo también sufro, ¿sabes? No soy de piedra.

—Magnífico, pues yo tampoco —replico—. Por lo que preferiría ir a casa de tus padres, así que…

—Creo que no me entendiste el otro día —interrumpe molesto —. Tú y yo estamos juntos en esto, no vas a ir a ningún otro sitio que no sea mi apartamento. No voy a dejar que tu malhumor me aleje, así que deja de intentarlo.

Lo miro un poco avergonzada, incluso arrepentida, porque tiene razón. Estoy pagando con él mi frustración por verme postrada aquí, por sentir que soy una carga para todos y por desearlo tanto que no poder tenerlo se convierte casi en un dolor físico.

—Lo siento —musito—. Sé que estoy insoportable. Lo único que queréis es ayudarme, y yo no hago más que quejarme.

—Todo pasará —me anima—. Dentro de nada, estarás fuera de aquí y, cuando menos te des cuenta, volverás a la normalidad.

Muerdo mi labio, porque volver a mi vida me da miedo. Tengo pánico a que William me encuentre y terminé lo que no pudo la primera vez, pero decirlo en voz alta significa mostrar lo débil que soy, preocupar más a la gente que me quiere y conseguir que Ethan no se separé de mí ni para ir al baño.

—Eres como un libro abierto, ¿sabes? —cuestiona, acariciando mi mejilla con su pulgar—. Tienes miedo, y eso me hace querer aplastar a esa cucaracha.

—No puedo evitarlo. —¿De qué sirve mentir si ya lo sabe?—. Tengo pesadillas, incluso aquí, en el hospital, que siempre estoy acompañada, tengo miedo de verle aparecer por esa puerta como si nada.

—¿Crees que no he contratado vigilancia? —le miro asombrada —. No pienso dejar nada al azar, Ninfa. No va a poder acercarse a ti de nuevo, te lo juro.

—Cuéntame algo —le pido, intentando cambiar de tema. No pienso permitir que William también me arrebate esto—. ¿Qué tal la reunión?

—Aburrida —le dejo por imposible—. Molly quiere conocerte.

Los nervios hacen acto de presencia, no sé en qué punto de la relación estamos, ni siquiera si es una al uso, pero el hecho de tener dos suegras no sé si es bueno o malo. Aunque comparándolo con la suerte que le ha tocado a Ethan, no debería quejarme.

—Quería venir antes, pero siempre intenta mantener una cierta distancia con mis padres —explica algo molesto—. He insistido, incluso ellos lo han hecho, pero no hay quien le haga cambiar de idea.

—Ya sabemos porque eres tan cabezota —bromeo, ganándome un gruñido exasperado que me hace reír—. Estaré encantada de conocerla.

—¿Te parece mejor hacerlo cuándo ya estés instalada en casa? —pregunta solícito—. Creo que todos estaremos más cómodos.

CAPÍTULO 28

Ethan.

Veo cómo se preocupa en exceso, y mi miedo es que tenga dudas al respecto. Solo quiero facilitarle las cosas, que se sienta bien, sin presiones, pero Molly lleva demasiado tiempo esperando, ya que he podido mentir a todo el mundo, incluso a mí mismo, pero no a ella.

—Creo que es lo mejor —dice indecisa—. Siento no poder moverme, si no, yo misma haría una cena.

—En otra ocasión —replico—. ¿Crees que el mismo día que te den el alta será demasiado pronto? ¿Estarás cansada?

—No —niega sonriente—. Te lo he repetido mil veces, estoy deseando salir de aquí y reanudar mi vida.

—Espero tener espacio en ella —susurro, perdiéndome en la suavidad de su cabello. Sus ojos se oscurecen y pasa su lengua por su labio inferior, me contengo para no gemir—. No hagas eso, Ninfa.

—¿Estás seguro de que es buena idea que vaya a tu casa? —pregunta con la voz algo enronquecida, lo que hace que cierta parte de mi cuerpo responda.

—Claro que sí —replico—. Me daré muchas duchas de agua fría hasta que pueda ponerte las manos encima —bromeo, intentando

aligerar el ambiente.

—Siento interrumpir. —La voz chirriante de Corinne rompe la magia y consigue que todo se enfríe a nuestro alrededor—. Así que has dejado a William por él —acusa furiosa.

—Creo que debes marcharte —ordeno, intentando mantener las formas—. Si no has venido a verla y a preocuparte por ella, lo mejor es que te largues.

—Todo educación —se burla—. Da igual que vistas trajes de miles de dólares, ni que dirijas una empresa con cierto éxito —escupe con una mueca de desprecio difícil de ocultar—. Siempre serás el niño que creció en el fango.

—Mamá, basta —grita Emma, horrorizada—. Vete a casa.

—No hasta que hablemos. —Alza el mentón—. Dile a tu perro guardián que nos deje solas —sisea, mirándome con odio, siempre lo ha hecho.

—No voy a moverme una mierda —gruño furioso, no por sus palabras, sino por hacerle pasar un mal rato a su hija—. ¿Cómo demonios has pasado la seguridad?

—Diciendo la verdad —responde—. Es mi hija, no puedes impedir que la vea.

—Déjanos solas, por favor. —Me giro para mirarla incrédulo, puedo ver el sufrimiento que le produce semejante comportamiento y, aun así, continúa permitiéndoselo—. Solo serán unos minutos… —Sé que lo dice para tranquilizarme, aunque no lo logra en absoluto. Asiento y salgo sin mirar atrás, porque si lo hago, puede que diga o haga algo que nos sentencie a los dos.

No me alejo demasiado, quiero estar cerca si esa harpía esparce su veneno. Como la haga llorar, voy a terminar con ella de un plumazo. Me importa una mierda que sea su madre, no concibo que trate así a su propia hija. Que no le haya quitado el sueño verla debatirse entre la vida y la muerte demuestra lo egoísta que es,

además de no querer a Emma. Troy intenta compensar ese vacío, pero está claro que es algo que solo puede hacerlo la insensible que se encuentra con ella en esa habitación sin que pueda hacer nada por evitarlo.

Cuando poco después sale como alma que lleva el diablo, maldiciéndome en el proceso, me importa un carajo lo que piense de mí. Corro de vuelta a la habitación para encontrar a Emma muy nerviosa. Al verme, se cubre la cara con las manos y comienza a llorar desgarrada. Intento calmarla sin conseguirlo, por lo que finalmente y por su bien debo pedirle al doctor que la sede. La contemplo dormir preocupado, pensando qué es lo que ha podido decirle para que tuviera semejante crisis de ansiedad. Nunca la había visto así y me he asustado muchísimo.

Busco en mi teléfono y llamo a mi encargado de seguridad. Con todo lo sucedido, todavía no le he pedido explicaciones y dado nuevas órdenes que espero se lleven a rajatabla.

—Soy yo —al otro lado de la línea solo esperan instrucciones—. No quiero que Corinne Sullivan vuelva a acercarse a su hija, ¿queda claro?

Cuelgo sin esperar respuesta, solo quiero resultados y, si esto vuelve a suceder, me encargaré que esa maldita agencia no vuelva a trabajar en este país. Emma gime entre sueños y me apresuro a calmarla. Lleva así un buen rato, y temo que la crisis le haya hecho daño en las costillas, su forma de sollozar era tan desgarradora que…

—Lo siento —susurra—. Lo siento mucho…

—No pasa nada, Emma —susurro contra su oído—. Duerme y no sufras por nada.

Vuelve a calmarse, pero desde luego yo no lo consigo. No paro de darle vueltas y no encuentro motivos que puedan haberle llevado a este estado. Me siento tan impotente, atado de manos, que podría golpear cualquier cosa, lo cierto es que me siento a punto de

estallar. Desde hace unas semanas, todo es un caos, y odio no tener las cosas bajo control. Pensé que sí lo hacía, y he dejado que llegue hasta ella cuando le prometí que nada ni nadie le haría daño de nuevo.

—Te he vuelto a fallar, Ninfa —musito desesperado—. Perdóname.

Me duermo sosteniendo su mano y con la esperanza de que, al despertar, todo vuelva a la normalidad. Ese miedo no me abandona ni siquiera dormido.

◆ ◆ ◆

Por fin es viernes, Emma no ha querido hablar de lo sucedido con su madre y eso ha abierto una brecha que no parece dispuesta a cerrar. No importa lo que diga o haga, se mantiene alejada emocionalmente de mí, y eso me está volviendo loco, es como avanzar dos pasos y retroceder cinco. ¿Siempre va a ser así entre nosotros?

—¿Preparada? —pregunto, asiente sin mirarme, su actitud comienza a cansarme, pero si estallo, le estaré dando la excusa perfecta para alejarse por completo de mí—. Vamos allá.

Empujo la silla de ruedas y la saco de la habitación que ha ocupado durante semanas. Se despide con una sonrisa que no había visto en días de las enfermeras que la han atendido. Al salir, de nuevo pierde ese brillo, se apaga y aprieto con fuerza mis labios para no decir nada que pueda empeorar la situación.

El trayecto en coche es silencioso y tenso, por lo que cuando aparco en mi plaza de garaje, me apresuro a salir, la siento de nuevo en la silla de ruedas, y subimos en el ascensor. A través del espejo, puedo ver que el hábito de morderse las uñas ha vuelto, mi mano detiene la suya y alza la cabeza para mirarme.

—Te harás sangre —murmuro solícito—. Hemos llegado.

Abro la puerta y gimo al ver a Molly esperándonos con una sonrisa en los labios. Ni siquiera me acordaba de la cena, soy un imbécil.

—Bienvenida —saluda con dulzura—. Debes ser Emma.

—Gracias —replica avergonzada y sorprendida, puedo darme cuenta de que me observa de reojo en busca de una explicación. No digo nada, porque no tengo excusa, simplemente me olvidé con todo lo sucedido después—. Huele maravillosamente bien —alaba—. Después de semanas comiendo lo que me ponían en el hospital, esto será un manjar.

—Pobrecita —dice, quitándome las manos de la silla para conducirla ella misma al interior de la cocina—. No te quedes ahí parado como un pasmarote, Ethan —exclama—. Siéntala en uno de los taburetes, ¿estarás bien, querida?

—Sí —dice entusiasmada—. Las costillas casi no me duelen cuando llevo la venda —explica—. Estoy deseando no ser una carga.

—No lo eres —dice Molly sonriente—. Mi Ethan está encantado de cuidarte.

—Por supuesto —digo al reaccionar. La cojo entre mis brazos y la siento con cuidado—. ¿Bien? —pregunto preocupado, asiente, y suspiro alejándome un poco. Su olor me está volviendo loco.

—Es tan bonito veros juntos. —Emma se tensa, puedo sentirlo, aunque no pierde la sonrisa que sí se convierte en una mueca—. Espero que no te haya parecido demasiado atrevida esta cena…

—Por supuesto que no —dice de inmediato—. Me siento muy agradecida.

—Voy a cambiarme —informo, dejándolas solas. En otro momento, no lo hubiera hecho, ahora necesito alejarme un poco.

Entro en mi habitación, me desvisto y me meto en la ducha. Dejo que el agua caliente calme mis músculos agarrotados por la

tensión acumulada, entre el trabajo, todo lo sucedido con Emma y ahora su distanciamiento me siento como una bomba de relojería.

Mi única esperanza es que, al estar en la intimidad de mi apartamento, sea capaz de volver a llegar hasta ella. Si no, la habré perdido incluso antes de tenerla por completo.

CAPÍTULO 29

Emma

Verlo marcharse me duele, porque sé que todo es mi culpa.

—¿Está todo bien? —pregunta la buena mujer—. Parece tenso…

—Sí —asiento, mintiendo—. Debe estar cansado, no ha sido fácil cuidar de mí —suspiro—. Por eso tengo muchas ganas de recuperarme por completo y dejar de molestarlo.

—Niña, Ethan lo hace encantado —insiste de nuevo—. No es hombre de hacer las cosas obligado. —En eso debo darle la razón—. Mientras se da una ducha, voy poniendo la mesa.

Me siento una inútil por no poder ayudarla y tener que permanecer sentada. No puedo evitar compararla con mi propia madre, que jamás ha puesto un solo plato o preparado una cena para disfrutarla en familia.

Cierro los ojos cuando el recuerdo de la última conversación con Corinne regresa con fuerza.

◆ ◆ ◆

—¿Así que es el verdadero motivo por el que has dejado a William? —acusa de nuevo en cuanto nos quedamos solas, aunque no es que

baje mucho la voz, por lo que debe estar enterándose todo el personal—. Creía haberte educado mejor.

—No tengo por qué darte explicaciones, mamá. —Alzo el mentón todo lo que puedo—. Ethan es mil veces más hombre que el miserable que me molió a palos. Pareces olvidar ese hecho.

—Siempre supe que debía existir un motivo para que perdiera la cabeza de semejante manera —niega—. ¿Cometiste la estupidez de decirle que le dejabas por él?

—Lo cierto es que el muy psicópata había puesto cámaras en mi casa, y nos pilló follando —escupo con saña, harta de sus ataques, al menos, que lo haga con razones de peso.

—Te ha convertido en una furcia —escupe, otra puñalada—. Debí acabar con él hace treinta años —masculla ida, más para sí misma que para mí, pero soy capaz de escucharlo y abro los ojos horrorizada—. Está claro que si quieres las cosas bien hechas, debes hacerlas tú misma.

—Mamá —jadeo, intentando serenarme, porque no puede ser que signifique lo que yo creo, me niego a creerlo—. Dime que no es cierto —suplico.

Ahora es su turno de mirarme horrorizada, se acaba de dar cuenta de que ha hablado demasiado, retrocede dispuesta a huir, pero la detengo.

—Ni se te ocurra dar un paso más —mascullo—. Dime que tú no tuviste nada que ver con el secuestro de Ethan —suplico, no me mira a la cara ni se defiende, por lo que ya he obtenido mi respuesta, y mi corazón se hace trizas—. ¿Cómo pudiste? Has sido amiga de los Sinclair durante años…

—Ella tenía todo lo que debió ser mío —exclama rabiosa—. A Richard, un niño que era el orgullo de los Sinclair —enumera—. Y yo tenía que conformarme con tu padre y con una niña —escupe, retorciéndome más el puñal clavado en mi pecho.

—Has odiado a Diane toda la vida —jadeo, incrédula—. ¿Cómo has podido vivir con ello?

—Creí que ese bastardo estaba muerto. —Siento unas terribles ganas de vomitar al escucharla hablar tan a la ligera de la muerte de una persona—. Y mientras veía cómo se consumía, yo obtenía un poco de paz.

—Eres un monstruo —replico, intentando respirar con normalidad—. ¿Por qué? ¿Por celos?

—Richard era mío hasta que apareció esa mosquita muerta —exclama, alzando la voz—. Y ahora tú te conviertes en su zorra…

—Fuera de aquí —le pido asqueada, lo cierto es que siento que en cualquier momento voy a vomitar—. Márchate de una vez —le grito.

Lo hace, y es cuando me rompo en mil pedazos. Así me encuentra Ethan, que, ajeno a todo, intenta hacer lo mejor para mí. Lo que no sabe es que soy la hija de la mujer que arruinó su vida y la de su familia.

◆ ◆ ◆

En cuanto desperté al día siguiente, decidí que era el momento de hacer justicia, aunque eso significara perderlo. Estoy más que dispuesta a hacer lo que sea para que la verdad salga a la luz, por muy dolorosa que esta sea. Solo así Ethan se verá libre de un pasado que todavía le atormenta.

—¿Estás bien, querida? —vuelvo al presente y veo cómo Molly me mira preocupada—. Parece que tu mente está muy lejos de aquí, y estás pálida…

—¿Qué sucede? —La llegada de Ethan me salva de buscar una excusa—. ¿No te sientes bien?

—Lo estoy —aseguro, no quiero arruinar la cena—. No os preocupéis.

Tenerlo a mi lado, oliendo el aroma de su gel de baño, me pone cardíaca, puede que haya decidido mantenerme alejada por su bien, pero mi cuerpo todavía responde a su cercanía.

—Huele de maravilla —alaba mientras se sienta mi lado—. Gracias, mamá.

—De nada, hijo —sonríe con los ojos iluminado por un amor inmenso—. Estoy segura de que no comes comida casera muy a menudo.

—Lo cierto es que no —confiesa con una mueca—. La mayoría de las veces como en la oficina.

—Trabajar tanto no es bueno —dice, preocupada—. Deberías bajar el ritmo, no tienes nada que demostrar.

—Lo hacía por una razón. —Siento su mirada sobre mí—. Ahora ya no estoy tan seguro…

Aprieto con fuerza los cubiertos entre mis manos. Debo ser fuerte, es lo menos que puedo hacer por él. La cena transcurre sin más sobresaltos, gracias a Molly puedo relajarme, porque lleva el peso de la conversación. Al terminar, entre los dos recogen mientras yo solo puedo observarles. Lo cierto es que sentada aquí comienza a dolerme la espalda, pero no quiero quejarme.

—¿Necesitas ayuda para desvestirla? —pregunta su madre.

—No —responde Ethan antes de que yo acepte su ayuda—. Voy a dejarla acostada y te llevo a casa.

—Puedo coger un taxi —rebate—. No está tan lejos.

—No, por favor —interfiero—. Ethan tiene razón.

—Ha sido un gusto conocerte —se despide la buena mujer—. Espero verte de nuevo y más recuperada.

—Lo mismo digo —sonrío agradecida por su trato tan amable—. Buenas noches.

Ethan me coge en brazos y me lleva a una habitación muy bonita. Se nota que la han decorado con mucho gusto, no puedo evitar admirarla.

—¿Te gusta? —pregunta—. Creo que hemos conseguido plasmar tu esencia.

—Es preciosa —murmuro maravillada—. No era necesario, después de todo, esto es algo provisional y…

Me deja con sumo cuidado en la cama y sale de la estancia dejándome hablando sola. Me desconcierta su reacción a una realidad que ninguno de los dos podemos obviar. Regresa con una pequeña maleta que reconozco como mía, le miro en busca de una explicación.

—Mi madre la ha preparado para ti —termina por decir—. Imaginaba que no te gustaría que hurgara en tu ropa.

—Puedo esperar a que regreses —le digo incómoda—. Lleva a Molly a casa, no puedo moverme de aquí, así que… —Me encojo de hombros, intentando bromear y que deje de fruncir el ceño.

—De acuerdo —interrumpe—. No tardaré nada. Te dejo el móvil, llámame si ocurre algo.

Muerdo mi labio sabiendo que mi comentario no le ha sentado bien, ¿qué diría si supiera que mi madre es la culpable de lo sucedido hace treinta años? Saberlo me atormenta cada momento del día, y me carcome la culpabilidad. Puede que no tuviera nada que ver en su momento, pero me pesa cada hora que pasa y guardo el maldito secreto que siento como una desgracia. He tomado una decisión. Debo encontrar la manera de poder demostrar lo que hizo mi madre, porque debe pagar por ello. Me duele, al fin y al cabo, es la mujer que me ha dado la vida, pero no puedo vivir con esto sobre mi conciencia, mucho menos, amando como lo hago a Ethan Sinclair.

¿De qué sirve seguir negándomelo a mí misma? Estoy cansada de los rodeos, de las negaciones y de la lucha interna que conlleva

obligarme a seguir sin él en mi vida. Aunque, si descubre la verdad, puede que no me quiera en la suya, algo que tendré que asumir como otra de las cosas que me ha arrebatado Corinne Sullivan.

CAPÍTULO 30

Ethan.

Escucharla decir que lo nuestro es algo provisional ha sido como una patada en las pelotas. Conduzco para llevar a mi madre a su casa en completo silencio, rumiando mi malhumor e intentando calmarme lo suficiente para no discutir con Emma en cuanto regrese.

—Ahora, cuando llegues, no lo hagas con esa cara —aconseja mirándome de reojo—. No sé lo que ha pasado, pero…

—La señorita dice que no era necesario decorar su habitación porque es algo provisional —mascullo.

—Así que es eso —suspira—. Hijo, no la presiones. Por el amor de Dios, has pasado de ella dos años.

—Eso no es cierto —me defiendo—. Se fue.

—Podríamos discutir esto durante horas y no darías tu brazo a torcer —sentencia—. Por lo que es mejor que cierres el pico, Ethan. Acaba de vivir una experiencia traumática, deja que se aclimate a su nueva vida, ¿de acuerdo?

—No hay quien os entienda —murmuro ofuscado.

Me despido de ella y vuelvo a mi apartamento intentando encontrar algún motivo por el cual Emma esté tan reticente a lo nuestro desde que tuvo el encontronazo con su madre. Puedo

imaginar que Corinne se encargaría de decirle que no soy lo suficientemente bueno para una Sullivan, aunque mi apellido sea Sinclair.

Hago un esfuerzo sobrehumano para no dejar que ese tipo de pensamientos se apoderen de mí. Si dejo que las inseguridades y el miedo venzan, volveré a meter la pata, y es algo que no me puedo permitir.

—Ya estoy aquí —anuncio, entrando en su habitación. Alza la mirada y parece intentar descubrir si mi humor ha vuelto a cambiar o no—. ¿Quieres darte un baño…?

—No creo que pueda —replica—. Ya me han duchado antes de darme el alta, por lo que si me ayudas a cambiarme…

—De acuerdo —asiento, buscando la maleta—. Mañana podrás hacerlo, seguro que lo disfrutas.

—Gracias. —Odio que parezca cohibida ante mí—. Odio no ser capaz ni de cambiarme la ropa.

—Sabes que solo es temporal —replico, incorporándola con cuidado, devolviéndole sus propias palabras—. No te muevas, yo me encargo de todo.

La escucho reír, y me mira con un brillo en los ojos que me hace suspirar. Cuando entiendo por qué lo hace, no puedo evitar reír yo también.

—Sabes que algo así no saldría de mi boca si estuviéramos en otra situación —murmuro, quitándole los pantalones. Intento no fijarme en sus muslos ni en su tanga de color negro, que imagino ira a juego con el sujetador—. Listo. Vamos con la parte de arriba.

—¿Puedes quitarme el sujetador? —pregunta algo avergonzada —. No puedo dormir con él puesto.

—Vas a matarme —gimo, pero lo hago, me concentro en mirar los hematomas que recorren su torso—. Ya está —mascullo, aun así,

me alejo para recuperar el control.

—Gracias —vuelve a repetir—. ¿Puedes cepillarme el cabello? Lo tengo tan fino que, si no lo hago, mañana pareceré un espantapájaros.

—Claro —busco en su neceser, lo encuentro y comienzo a pasárselo con cuidado entre las hebras doradas—. Es suave como la seda…

—Es un engorro —rebate—. He pensado en cortarlo en muchas ocasiones, pero…

—Ni se te ocurra —advierto horrorizado—. Ya no serías mi Ninfa.

—De verdad que nunca voy a entender por qué me llamas así —replica, suspirando de gusto—. Se te da bien —alaba—. Puede que me acostumbre a esto, así que cuidado.

—Puedo cepillarte el pelo siempre que quieras —devuelvo—. Creo que ya está, ¿o vas a dormirte ahí sentada? ¿Crees que tendrás frío?

—No —niega—. Deja de preocuparte.

La ayudo a meterse entre las mantas, sé que debería irme a mi habitación, pero lo que me gustaría sería compartir la cama con Emma y no solo para asegurarme de que estará bien durante la noche. Me observa, mordiendo de nuevo su labio. Me encantaría ser yo quien lo hiciera, pero sé que, si le pongo las manos encima, no voy a poder detenerme, y no está en condiciones.

—Joder —aprieto mis puños—. ¿Cómo voy a salir de aquí?

—No lo hagas. —Abro la boca y la vuelvo a cerrar como un imbécil—. ¿No puedes dormir a mi lado? Lo has hecho en el hospital.

—Y me he levantado con un dolor de huevos importante —mascullo—. ¿Tienes miedo, Emma? —pregunto cuando la duda me asalta.

—Un poco —reconoce avergonzada, me siento a su lado y alzo su rostro para que me mire, odio ver el miedo en sus ojos—. Las pesadillas son tan reales…

—Me quedaré contigo —sentencio—. No me ocultes nada, si quieres algo, pídemelo, ¿de acuerdo? Deja que me dé una ducha y vuelvo.

Asiente y salgo de la habitación furioso con ese bastardo. Es el único responsable de que una mujer que siempre se ha mantenido fuerte ahora se asuste por la simple idea de dormir sola. Las pesadillas no desaparecerán por arte de magia, tal vez sería bueno que fuera a terapia.

Me doy una ducha de agua fría que no va a servir para nada, porque, en el momento que tenga a Emma al lado, todo se irá al infierno, pero, al menos, lo habré intentado. Nunca duermo con pijama, así que me pongo el pantalón de un chándal que sé que no me va a dejar dormir y me dirijo de nuevo hasta la habitación de la Ninfa que me va a quitar el sueño.

—Ya estoy aquí —anuncio, alza la vista del libro que está leyendo—. ¿Te traigo la medicación? —acabo de acordarme que debe tomarla, por lo que, sin esperar respuesta, me dirijo a la cocina, lo preparo y vuelvo sobre mis pasos.

—Odio las pastillas —murmura mientras las acepta, y yo me preparo a su lado con un vaso de agua.

—Pues vas a hartarte —bromeo—. Bebe.

Obedece y se deja caer sobre los almohadones como si le hubiera supuesto un esfuerzo enorme. Me meto en la cama, cruzo mis manos tras mi cabeza y miro al techo contando hasta diez para acostumbrarme al calor que desprende el cuerpo de Emma a mi lado.

—Si no estás cómodo, no hace falta que lo pases mal por mi culpa —susurra, puedo sentir su mirada sobre mí.

—Ninfa, nunca estaré incómodo en tu presencia —aclaro—. Solo intento decirle a mi soldadito que debe estar quieto, eso es todo.

—No puedo creer que tengas tan poco autocontrol —se ríe—. Pareces un adolescente hormonado.

—Cielo, si no estuvieras convaleciente, te iba a dar yo adolescente hormonado —mascullo entre dientes frustrado—. La última vez que eché un polvo fue contigo. —La miro para descubrir que me mira sorprendida.

—Al final, no tendré más remedio que creer que estás colado por mí, Sinclair —bromea sonrojada, sonrío con ternura—. Y, ahora, ¿por qué pareces un idiota?

—Ninfa —replico—, ya te he dicho que estoy loco por ti. ¿Qué más tengo que hacer para que me creas?

—Al menos, deja que me haga a la idea —dice nerviosa—. Buenas noches, Ethan.

CAPÍTULO 31

Emma.

—Buenas noches, Ninfa —susurra de vuelta.

Cierro los ojos dispuesta a dormir, al menos, a intentarlo, aunque sé que va a ser prácticamente imposible. Es un alivio y una tentación tenerlo a mi lado. Reconocer que tengo miedo a quedarme sola no ha sido fácil, odio sentirme así. Sin embargo, sentir el calor que emana su cuerpo, respirar su aroma, escuchar su suave respiración, me hacen muy consciente del hombre que tengo a mi lado, y no soy de piedra.

Intento pensar en cosas que no tengan nada que ver en los recuerdos de los dos encuentros que he tenido con Ethan. Debería ser fácil, incluso si solo pienso en las veces que hemos discutido, en las veces que he llorado, eso debería hacer que mi libido se fuera a la mierda.

—Debo estar como una cabra —susurro, moviéndome con cuidado, harta de estar boca arriba.

Pasado un rato en el que me siento más tensa que la cuerda de una guitarra, su mano pasa con cuidado por mi cintura. Contengo la respiración, la suya me deja claro que el muy cabrito está dormido. Cierro los ojos, cojo aire muy despacio e intento calmarme, aunque obviar el peso de la mano que siento en mi cuerpo es complicado. Sin poderlo evitar, la mía se desplaza hasta entrelazar los dedos con

Ethan, y finalmente me duermo. Por primera vez, las pesadillas no aparecen.

◆ ◆ ◆

—Deja de moverte —dice adormilado—. No voy a alejarme.

—Pues deja de apuntarme con semejante arma —mascullo acalorada—. ¿Siempre te despiertas así? —pregunto, carraspeando para disimular.

—Normalmente —dice ufano—. Aunque tener tu cuerpecito pegado al mío no ayuda. Recuerda que sé que no llevas sujetador. —Su voz cada vez parece más ronca, y ya no hay rastro de sueño en ella.

—Genial, échame a mí la culpa —bromeo, intentando alejarme de nuevo—. Tendremos que levantarnos en algún momento, Ethan.

—Me encanta cómo pronuncias mi nombre —susurra contra mi cuello, contengo un gemido—. ¿Te he hecho daño? —Creo que he fracasado.

—No —mascullo—. No soy de piedra, Sinclair.

Su pecho vibra contra mi espalda por la risa. Decido vengarme, por lo que muevo mi trasero contra su miembro, entonces deja de reír para gemir como si lo estuviera torturando. Lo cierto es que soy yo la que va a morir por combustión espontánea a este paso. Sus manos aprietan mis caderas, no estoy muy segura si para detenerme o para acelerar el ritmo. Una decide viajar más hacia abajo y se pierde en mi pantalón, es mi momento para gemir cuando uno de sus dedos se cuela entre mis pliegues.

—Esto no puede estar pasando —murmura contra mi cuello, siento sus dientes raspar mi piel—. Estás empapada, Ninfa.

—¿Qué esperabas? —jadeo cuando aumenta el ritmo—. Si paras, te mato —siseo cuando me doy cuenta de que está luchando por decidir qué es lo mejor—. No vas a hacerme daño.

—Entonces, tendrás que estar quietecita —ordena—. Nada de movimientos bruscos.

—¿Estás de coña? —exclamo, girando un poco el cuello para mirarlo—. Ethan Sinclair, no vas a dejarme con el calentón.

Sonríe para después robarme la poca cordura que me queda con un beso. Entonces, parece que nos sincronizamos, muevo mi trasero contra su erección mientras él juega entre mis piernas, todo sin dejar de besarnos. En pocos minutos, ambos nos corremos entre jadeos. Abro los ojos para encontrar los suyos, oscurecidos todavía por el deseo, me besa una vez más, ahora con más ternura.

—Te juro que no me corría en los pantalones desde que era un adolescente —espeta incrédulo—. Me vuelves loco, Rubia.

Su mano todavía se encuentra entre mis pantalones, me remuevo algo incomoda, parece captar el mensaje, porque se mueve apartándose un poco. No termina de gustarme, porque siento frío por primera vez en muchas horas. Se sienta en la cama y se quita los pantalones para quedar como su madre lo trajo al mundo. Abro la boca al ver semejante cuerpo ante mí, puede que ya nos hayamos acostado, pero siempre ha sido rápido, por lo que no lo había visto desnudo.

—O dejas de mirarme así… —Señala su entrepierna—. O esto va a volver a despertarse pidiendo guerra. Te advierto que pienso cobrarme cada ducha de agua helada. —Se dirige al baño—. Voy primero y después te ayudo a ti.

—¿Y por qué no la compartimos? —Me siento valiente hoy.

—Ninfa, no juegues ese juego —advierte risueño—. Si tú te metes en esa ducha conmigo, no respondo, y recuerda que acabas de salir del hospital.

Podría enfurruñarme, pero tiene razón. No creo estar preparada para ser empotrada contra los azulejos de la ducha. Pero algo en su mirada me promete vivir esa experiencia en cuanto me recupere. Se

mete en el baño, y yo me quedo tumbada en la cama, mucho más relajada que al despertar, por lo que una sonrisa ilumina mi rostro sin poder evitarlo, y lo cierto es que no quiero. Me siento bien, segura y… ¿feliz?

Solo una cosa enturbia mi estado, y es el saber el secreto de mi madre y que estoy segura de que Ethan me odiará por ello. Me estremezco solo de pensarlo, por lo que dejarlo estar no es una opción, me siento atada de pies y manos en este momento, porque no me puedo mover sin ayuda, no puedo salir de casa y no puedo confiar en nadie.

—Emma —parpadeo y le miro, él me observa ceñudo con una toalla alrededor de sus caderas—. ¿Sucede algo? Estás pálida…

—No —me apresuro a decir. Lo cierto es que lucho por alejar los pensamientos que me atormentan para continuar en mi burbuja—. Nada.

—Tenía previsto salir un momento a la oficina, pero mejor lo pospongo —dice preocupado, me siento fatal.

—Por favor, no lo hagas —le pido—. Haz lo que tengas que hacer. Puedo quedarme sola —parece pensarlo, pero la duda continúa en sus ojos—. De verdad. Déjame en el sofá con el mando de la tele, y me entretengo sola —bromeo.

—Puedo llamar a uno de mis hermanos… —murmura vistiéndose —. ¿Qué te parece?

—Puedo estar sola, Ethan —insisto—. La verdad es que, después de todo lo sucedido, me gustaría —confieso al sentir que la ansiedad crece por momentos—. Prometo que, si comienzo a sentirme mal, te llamaré.

—No me gusta, pero lo respeto —dice terminando de vestirse—. Júrame que lo harás —me exige—. Sea lo que sea, me llamas de inmediato.

Asiento agradecida. De hecho, me emociono sin comprender el motivo. Mis sentimientos están a flor de piel, un cúmulo de ellos luchan en mi interior, y no sé cuánto tiempo podré luchar contra ellos. Cuando Ethan me coge entre sus brazos para dejarme en su cómodo sofá, taparme con una manta, dejarme a mi lado bebida y comida y asegurarse de que tengo mi teléfono a mano, una sonrisa se me dibuja en los labios, una que se borra en cuanto se marcha y comprendo que esto que tengo ahora puede desaparecer en cualquier momento.

Durante las horas que paso sola, intento pensar cómo conseguir las pruebas necesarias para incriminar a mi madre. No puedo pedir ayuda, al único que podría acudir es Alexander, pero no quiero meterlo en esto. Está a punto de colegiarse y, si algo sale mal, no quiero arrastrarlo conmigo. Además, aunque de los tres es el de la sangre más fría, no confío en que pueda mantener la boca cerrada y actuar como si nada al ver a la mujer que fue la responsable de todo el dolor de su familia.

Estoy sola en esto, y no puedo fallar.

CAPÍTULO 32

Ethan.

A cabo lo más rápido posible lo que no puedo delegar y regreso a mi apartamento. Odio la sensación de haberla abandonado, sé que me oculta algo, la conozco incluso mejor de lo que ella piensa, y esa sensación no puedo quitármela de encima.

Hay algo que tengo muy claro, quiero a Emma en mi vida, y no para algo temporal como cree. Comprendo que no confíe en mí, pues no le di motivos en el pasado, por lo que estoy dispuesto a ser paciente, algo que no me es fácil hasta que se dé cuenta de que lo nuestro no es solo físico. Que no me une a ella la culpabilidad ni el sentido del deber ni el sexo, es algo mucho más profundo contra lo que he luchado durante dos años y que no ha desaparecido.

Al entrar al salón, la encuentro dormida. Me acerco sin hacer ruido, y un sentimiento de ternura me embarga. Parece adorable, a pesar de saber el carácter que se gasta, no puedo evitar sonreír como un idiota. La tapo mejor con cuidado de no despertarla, aun así, parece advertir mi presencia, porque abre los ojos poco a poco. Al verme, me devuelve la sonrisa, y en lo único que puedo pensar es en que nunca he visto algo tan hermoso, y que quiero ver esto todos los días de mi vida al llegar del trabajo.

—Has vuelto —murmura adormilada—. ¿Cuánto he dormido?

—No sé. —Me encojo de hombros, ayudándola a incorporarse—. Lo siento por despertarte —le digo, dándole un beso—. Solo quería asegurarme de que no tenías frío.

—No te preocupes —le resta importancia—. ¿Todo bien en la oficina?

—Sí —asiento sin querer preocuparla con asuntos del trabajo que nada tienen que ver con ella—. Iba a hacer un poco de ejercicio…

—Hazlo —replica—. No dejes de hacer tus cosas porque esté aquí, Ethan.

—Pero ya has estado muchas horas sola —rebato—. ¿Quieres hacer algo?

—Me gustaría darme un baño —dice. Gimo por dentro—. Puedes dejarme en la bañera y…

—Ni hablar —interrumpo como si se hubiera vuelto loca—. Puede pasarte algo, y no te oiría.

—Ve a hacer ejercicio —espeta—. No me moveré de aquí.

—Joder, Emma —mascullo—. Dame media hora, ¿de acuerdo? Si no hago algo, después la espalda me mata.

—Ya te he dicho que vayas —increpa—. Eres tú el que hace una montaña de un grano de arena.

Me doy media vuelta, de nada sirve seguir discutiendo. Cuanto antes empiece, antes acabaré y podré prepararle ese baño que tanto desea, aunque muera en el intento. Me cambio el traje por un pantalón de chándal, ni siquiera me molesto en ponerme una camisa. Si estuviera solo en casa, no me lo plantearía, así que…

Me decido por unos cuantos ejercicios básicos que me llevan unos veinte minutos y después le doy al saco unos diez más. Tal y como le he prometido a Emma, solo necesito una media hora que

me ayuda a desestresarme y que no me duela todo el cuerpo después de estar muchas horas tras el ordenador.

Cuando me giro dispuesto a salir de mi pequeño gimnasio, me quedo congelado al verla en la puerta, sorprendido por verla de pie sin ayuda, aunque lo que me deja sin aliento es su mirada. Me observa con sus ojos oscurecidos, sus pupilas dilatadas y mordiéndose el labio inferior.

—¿Te has propuesto matarme, Ninfa? —pregunto acercándome. En otro momento, la habría empotrado contra la pared y me siento frustrado por no poder hacerlo—. ¿Qué coño haces de pie? —Cuando soy capaz de reaccionar, le hago la pregunta que debería haberle hecho primero.

—En algún momento tendré que empezar a andar, Ethan —responde sin dejar de mirar mi pecho al descubierto—. ¿Has terminado?

—¿Te gusta lo que ves, Rubia? —contraataco—. Deja de mirarme así —no es una orden, más bien es una súplica para que sea ella la que detenga esta locura.

—Mucho —asiente sin una pizca de vergüenza. Alzo una ceja sorprendido—. Una lástima que esté convaleciente, ¿no crees?

Por toda respuesta, gruño, porque el deseo que siento en estos momentos nubla mi juicio. La cojo entre mis brazos para cumplir mi promesa. Si le molesta que esté sudado, no lo dice, es más, apoya su cabeza en mi hombro y juraría que la escucho aspirar mi aroma.

—Quédate sentada aquí mientras se llena la bañera —le ordeno.

Salgo del baño, rezando para que mi madre al hacerle la maleta haya pensado en todo. Doy gracias al encontrar las sales de baño, regreso y echo unas pocas mientras el agua caliente comienza a producir vaho. No tarda en llenarse, y la desnudo con toda la fuerza de voluntad puesta a prueba y con una erección como la Torre de Pisa entre mis pantalones.

Al escucharla gemir, casi me corro haciendo el ridículo. Me pregunto si este tipo de pasión desaparecerá en algún momento, rezo porque no lo haga.

—¿Está muy caliente? —pregunto, carraspeando cuando mi voz suena demasiado enronquecida.

—No —responde mientras juega con la espuma sobre sus pechos—. Está deliciosa.

Cierro los ojos, debería salir de aquí, porque no puedo dar rienda a mi deseo. Verla jugar sobre sus pechos y escucharla suspirar me tiene en el borde, resulta casi doloroso no poder tocarla.

—¿Por qué no la compartimos? —La miro horrorizado—. Venga, no seas cobarde.

—Cielo, no juegues conmigo —le pido—. ¿Te estás vengando?

Me mira sorprendida, dejándome claro que no. Imagino que ella también me desea tanto que no mide las consecuencias. La cuestión es, ¿puedo meterme en el agua sin que ocurra nada?

—A la mierda —mascullo, me bajo los pantalones revelando mi erección—. Hazme sitio, Ninfa. Con cuidado.

Lo hace, y me coloco detrás ella. La insto a que apoye su espalda en mi pecho, mala idea, porque tengo su trasero sobre mi polla, aprieto los dientes cuando comienza a balancearse y, aun así, no la detengo.

—Emma —siseo cuando la punta de mi miembro se pierde entre sus pliegues—. No podemos, pequeña.

—¿Por qué no? —gime con su cabeza apoyada en mi hombro, se gira y muerde mi mandíbula—. Por favor…

Odio que me suplique por algo que me muero por darle. Se mueve de nuevo, esta vez siento cómo me adentro un poco. Ambos gemimos. Mis manos se aferran a sus caderas, aunque no quiero

detenerla, es lo que debo hacer. No me lo permite y, cuando con un nuevo vaivén me adentro más, sé que he perdido la batalla.

—Dios mío —gimo cuando me adentro un poco al alzar mis caderas—. Si te hago daño, dímelo —le ruego muerto de miedo.

—Fóllame de una jodida vez. —Sus uñas se clavan en mis antebrazos—. No pares —exclama cuando comienzo a moverme despacio, sin querer ser muy brusco.

—No voy a durar —susurro contra su cuello—. Ninfa…

Para no hacer el ridículo, una de mis manos comienza a torturar su clítoris. Con la otra, los pechos, de ese modo ambos alcanzamos el orgasmo a la vez, gritando el nombre del otro.

—Dime que no te he hecho daño —suplico, intentando recuperar el aliento, a pesar de que no ha sido algo brusco, lo necesito.

—No —responde sonriente, sonrojada pero resplandeciente—. Ha sido perfecto —se gira un poco y me besa, podría perderme de nuevo en ella, porque todavía me encuentro en su interior, pero eso sería tentar demasiado a la suerte.

—Salgamos —digo, poniendo un poco de cordura entre los dos —. El agua ya está fría. Sujétate, voy a salir yo primero y vuelvo a por ti.

Me seco rápido y me pongo otro pantalón. La ayudo a salir, hago el mismo procedimiento y le pongo un pijama de color rojo que he encontrado en su maleta. Cepillo su cabello, más de lo necesario, debo añadir, pero hacerlo se ha convertido en un placer.

—¿Pido algo para cenar? —le pregunto—. ¿No tienes hambre?

—Un poco —reconoce—. Pide lo que te parezca.

—¿Siempre serás tan fácil de contentar? —pregunto, depositando un beso en su sien.

—Lo dudo —responde riendo—. Aunque no lo haces nada mal, Sinclair.

Me río, la dejo en el taburete de la cocina mientras pido algo para la cena. Podría hacerla yo, pero me siento tan relajado que no tengo ganas de hacer nada. Puede que este momento del día se convierta en mi favorito si lo comparto con Emma. Con ella, estoy descubriendo mucho sobre mí, y quiero seguir haciéndolo.

CAPÍTULO 33

Emma

Verlo mientras bebe de su copa de vino es una estampa que no me querría perder por nada del mundo. Esperamos a que llegue el repartidor con nuestra cena. Lo cierto es que me siento hambrienta. Después de varias semanas en el hospital, tengo ganas de volver a comer lo que me apetezca en cada momento.

—Pareces impaciente —dice Ethan risueño, una faceta que no suele mostrar, al menos, conmigo antes siempre estaba a la defensiva—. No haces otra cosa que mirar la hora.

—Tengo hambre —reconozco—. ¿Vas a decirme lo que has pedido, o debo adivinarlo?

—Espero que te guste la comida coreana —responde—. Si no la has probado, no sabes lo que te pierdes.

—Me encanta —sonrío aliviada al saber que tenemos algo en común—. Espero que hayas pedido pollo —exclamo.

—Por supuesto —asiente sin perder la sonrisa—. Lo único que falta es el *soju*, pero no iba a beber yo solo.

—Lo posponemos para cuando no tenga que ir medicada hasta el culo para el dolor —bromeo, suena el timbre—. Al fin —replico, haciendo que Ethan se levante y vaya mascullando algo sobre que soy insaciable.

—No lo sabes bien, Sinclair —alzo la voz para que me escuche, acto seguido, juraría que me llama bruja, me carcajeo mientras escucho cómo habla con el repartidor.

—Ninfa. —Pasa por mi lado, alzo el rostro y me ataca con un beso que me deja sin aliento—. Esto es por tus indirectas, Nena.

—Pienso cobrármelas todas —siseo, acalorada por un simple beso—. Ahora aliméntame —le pido impaciente.

—Qué mandona —replica, sirviendo cada cosa en su plato—. Por cierto, dentro de una semana, recuerda que tienes visita en el hospital. Si todo va bien, podrás comenzar a hacer vida normal, sin hacer locuras —puntualiza, mirándome de reojo.

—Se me va a hacer eterna —mascullo, dando buena cuenta de la deliciosa comida—. No hace falta que me acompañes si estás ocupado ese día…

—Ni lo menciones —interrumpe—. ¿Cuándo vas a entender que eres mi prioridad? Deja de preocuparte por mi trabajo, Ninfa.

Asiento, sabiendo que discutirlo es una causa perdida. Necesito centrarme en mi recuperación para hacer justicia. Eso es lo que me tiene inquieta y algo que debo solucionar lo antes posible, porque lo siento como una espada sobre mi cabeza, una que no sé cuándo va a caer sobre mí para acabar conmigo.

◆ ◆ ◆

Salir del hospital sabiendo que estoy prácticamente recuperada después de estar al borde de la muerte me quita un gran peso de encima. Puedo andar, ya no necesito que me lleven en brazos de un lado para otro, o lo que es peor, en silla de ruedas. Tener un propósito me ha ayudado a no decaer, a no dejar que el miedo, el dolor o la compasión se apoderaran de mí.

—Es un alivio saber que todo va como debe —suspiro al entrar en el coche por mi propio pie—. ¿No estás contento? Ya no tendrás

que hacer de niñera —bromeo, intentando aligerar el ambiente. Desde que hemos salido de la consulta, no ha pronunciado palabra y comienza a ponerme nerviosa.

—Me alegro muchísimo de que mejores, por supuesto —dice sin mirarme, con los ojos puestos en la carretera, aun así, no me pasa desapercibido cómo sus manos aprietan con demasiada fuerza el volante—. Sin embargo, espero que seas prudente, Emma.

Me ha llamado por mi nombre, rara vez lo hace, siempre soy Rubia, Ninfa, incluso Nena, pero nunca Emma. Repaso lo que ha sucedido desde que nos hemos levantado, pero no encuentro nada que pueda haber provocado este cambio de humor, por lo que comienzo a cabrearme.

—¿No lo soy siempre, Ethan? —cuestiono, cruzándome de brazos sin que un ramalazo de dolor me recorra las costillas—. No entiendo qué te ocurre, pero…

—¿De verdad que no? —interrumpe, mirándome de reojo—. Lo cierto es que no sé si es que no te das cuenta de que tus palabras a veces duelen, o lo sabes y te importa una mierda.

Lo miro boquiabierta ante sus acusaciones, intentando recordar qué demonios he dicho que le haya podido ofender tanto. Llegamos al apartamento, y ni siquiera me espera para subir al ascensor, por lo que aprieto el paso para alcanzarlo. Una vez dentro, el aire parece desaparecer, la tensión se siente como una descarga eléctrica. Me remuevo inquieta consciente de que, por primera vez desde mi ataque, ya no existe el problema de mi convalecencia. De nuevo, es el primero en salir y entrar en casa, veo cómo se quita el abrigo y lo lanza de malas maneras mientras continúa desnudándose. De inmediato, me doy cuenta de que va al gimnasio, poco después los golpes en el saco de boxeo hacen que me muerda el labio.

—Creo que quiere matarme —mascullo—. ¿Qué pretende que haga sabiendo que se encuentra medio desnudo, sudoroso y furioso dando golpes a diestro y siniestro allí dentro?

Terminaré volviéndome loca, hasta hablo sola esperando una respuesta que no voy a obtener. De repente, comprendo qué es lo que ha sucedido. De nuevo, el comentario de que ya no tendría que cuidarme ha hecho que se sienta inseguro. Es curioso y no puedo evitar sonreír, porque para todos los que creen conocerlo, Ethan Sinclair es un hombre seguro de sí mismo, implacable cuando quiere algo y que no se detiene ante nada ni nadie, pero yo soy su talón de Aquiles. Algo que suelo olvidar con demasiada facilidad. Creo que es hora de que le deje claro que no pienso irme a ningún lado. Es normal que se sienta como lo hace, porque ni siquiera sabe lo que estoy dispuesta a arriesgar por él.

Decidida, me dirijo hacia su pequeño gimnasio y entro sin vacilar, a pesar de saber que puede que no me reciba con los brazos abiertos. En realidad, no lo hace, la mirada de advertencia que me lanza me deja claro que no quiere hablar, pero es que no he venido a eso precisamente.

—Estoy ocupado —escupe cuando no me doy por enterada—. No es buen momento…

—Una pena. —Hago un mohín mientras comienzo a desnudarme —. Creo que es el momento ideal, por lo que no pienso salir de aquí.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —pregunta, deteniéndose, me come con la mirada—. No sigas —exclama demasiado tarde—. Emma, no juegues conmigo ahora, porque estoy demasiado furioso —advierte mientras me acerco—. Joder —lo escucho mascullar.

—Lo siento —le digo, alzando la mirada para que sea capaz de ver en mis ojos que soy sincera—. Cuando lo he dicho, no me he dado cuenta —sonrío con tristeza—. Debes dejar de estar tan a la defensiva con ese hecho, Ethan. No voy a desaparecer y…

No me permite seguir hablando, me empuja con suavidad contra la pared más cercana y me besa como un poseso. Gimo, porque esto es lo que necesitaba. Odio cuando se contiene, cuando teme

dañarme, gracias a Dios, eso se ha terminado, y necesito que dé rienda a su forma de ser, porque detesto que me trate como una muñeca de porcelana que teme romper.

—Eres mía —sisea. Amasa mis pechos y muerde mi cuello, mientras que mis manos le bajan el pantalón para abarcar su erección—. Mierda —brama—. Ninfa, esto no va a ser suave…

—No quiero que lo sea —murmuro ida de placer.

—Di que eres mía —ordena, cogiéndome del pelo para que lo mire. Lo hago, y algo muy feroz domina su mirada—. Dilo, Emma —exige de nuevo mientras siento su miembro en mi entrada, pero sin darme lo que tanto necesito.

—¡Sí! —exclamo loca de necesidad—. Soy tuya, soy tuya, soy… —grito al sentirme llena, al sentirlo en lo más profundo de mi alma.

El martilleo de sus caderas es demoledor. Mi espalda choca una y otra vez contra la pared sin que me importe lo más mínimo. Mis piernas rodean sus caderas con fuerza mientras mis uñas arañan sus hombros y espalda cada vez que el placer se vuelve más intenso, casi insoportable. Mi cuerpo sale a su encuentro deseoso de llegar al éxtasis, gimoteo cuando detiene sus movimientos. Abro los ojos ofuscada, me sonríe de esa manera tan canalla que me promete la luna y las estrellas, aunque ahora mismo solo quiero matarlo por negarme el orgasmo que estaba a punto de alcanzar.

Muevo mis caderas, pero me detiene, gruño frustrada, grito cuando sale de mi interior, temiendo que esto sea alguna especie de venganza. Me gira, mis pechos quedan contra la pared, mi trasero lo busca, lo escucho maldecir, parece que su plan se vuelve contra él.

—¿Eres mía, Ninfa? —pregunta contra mi cuello mientras sigue torturándome—. No vas a desaparecer ahora que ya puedes valerte por ti misma, ¿verdad?

CAPÍTULO 34

Ethan.

Espero su respuesta mientras me muero por volver a empalarla hasta correrme en su interior. Cada vez que bromea con el mismo tema, despierta mis demonios. Hemos perdido dos años, y no estoy dispuesto a perder ni un día más.

—Voy a matarte —gime mientras se remueve intentando que me adentre en su interior. Gimotea cuando no lo consigue, para mí es una tortura, pero necesito que me lo prometa y, aun así, ese miedo no creo que desaparezca jamás—. No me iré a ningún lado —grita furiosa.

Sonrío y le doy lo que desea tanto como yo. La empalo hasta el fondo, ambos gritamos, ya no me detengo, de hecho, ella sale a mi encuentro, por lo que ninguno de los dos dura demasiado. Cuando alcanzamos el orgasmo, tengo que sostenerla porque sus piernas fallan. Por un momento, temo haber sido demasiado brusco.

—¿Estás bien? —pregunto, dándole la vuelta para mirarla. Tiene los ojos entreabiertos, sudorosa y sonrojada, pero lo que me deja más tranquilo es su sonrisa—. Joder, no me des estos sustos.

—Cariño, un día de estos me desmayaré, pero no te preocupes por ello —bromea, pasando sus brazos por mis hombros para abrazarme—. Jamás vuelvas a torturarme de ese modo, Ethan

Sinclair —añade—. No te lo voy a tomar en cuenta por mis endorfinas postorgásmicas.

—Pues es una suerte —continúo la broma—. Vamos a darnos una ducha.

No la suelto en ningún momento. Compartir el agua caliente con ella mientras nos lavamos el uno al otro podría considerarse algo demasiado erótico, pero es uno de los placeres que quiero poder disfrutar cada día de mi vida.

—¿Qué tienes pensado hacer? —pregunto una vez vestidos, sentados frente a frente en la isla de mi cocina.

—Continuar con mi vida —responde, decidida—. No pienso dejar abandonada mi consulta, amo mi trabajo, no va a arrebatarme más de lo que ya ha hecho.

—Pero queda un poco lejos de aquí… —rebato, tensándome ante la posibilidad de que me diga que quiere regresar a su casa, es una opción muy real—. Y estarás sola… —me callo ante la mirada que me lanza, suspiro intentando encontrar una solución—. Podría contratar seguridad, de hecho, tu padre ya lo había mencionado.

—De ninguna manera —exclama horrorizada ante la idea—. No quiero a nadie siguiendo mis pasos.

—Emma, sé razonable —le pido, intentando mantener la paciencia—. Todavía no lo han cogido, puede intentar hacerte daño de nuevo.

—O puede que ese cabrón esté fuera del país —masculla—. ¿Crees que es estúpido? —cuestiona.

—¿Es una pregunta trampa? —replico—. Por supuesto que creo que es imbécil y un iluso si que cree que no voy a remover cielo y tierra hasta encontrarlo.

—Iré con cuidado —intenta negociar—. En la consulta, no se atrevería a atacarme, porque siempre hay gente.

—Y yo iré a recogerte —termino por ella, no parece muy convencida, pero finalmente asiente claudicando. Me quedo algo más tranquilo, pero no del todo, no puedo evitarlo y siento que esto no va a terminar hasta que ese malnacido se encuentre entre rejas —. Aclarado todo esto…, ¿qué quieres hacer? ¿Te apetece salir a cenar?

—No tengo nada apropiado que ponerme —replica pensativa—. ¿Me estás proponiendo una cita, Sinclair? —pregunta risueña.

—Por supuesto —asiento—. Ya va siendo hora, ¿no crees?

Suena el timbre y frunzo el ceño, porque no espero a nadie. Me dirijo a la puerta y, al encontrarme a Melanie, me quedo tan sorprendido que no soy capaz de apartarme cuando se lanza a mis brazos y me da un beso. El jadeo que escucho me deja saber que lo que tanto quería evitar ha ocurrido.

—¿Se puede saber dónde te metes? —pregunta—. Hace meses que no apareces por el gimnasio —recrimina, entrando como Pedro por su casa—. Desde que te has vuelto un pijo, no te acuerdas de los pobres, Ethan.

—¿Quién es? —La dulce voz de Emma me hace cerrar los ojos sabiendo que no voy a poder evitar lo que está por venir.

—Eso mismo digo yo… —replica mi antigua amante—. ¿Es la causa por la cual no apareces para saludar a los viejos amigos?

—Melanie —advierto, mirando de reojo para evaluar los daños, Emma está furiosa y no puedo culparla—. Tienes que irte. No es un buen momento y…

—Por mí, no lo hagas —interrumpe la Rubia, lanzando una mirada a la morena que podría aterrar a una menos valiente—. Os dejo solos. Me gustaría ver a mi padre y pasar por mi casa para…

—No —rebato—. No vas a ir sola.

—No eres mi dueño —escupe con rabia—. Puedo hacer lo que me dé la gana.

Pasa por mi lado, la detengo sujetándola por el brazo, alza su mirada para encontrar la mía. La frialdad de antaño ha regresado, y retrocedo un par de pasos, sorprendido por verme sentenciado antes de poder explicarme.

—Deja que la pija se vaya —la voz ronca de Melanie que tanto me excitaba antes ahora me parece como uñas arañando una pizarra—. Podemos divertirnos…

—Eso, Ethan, suéltame —se burla—. Podéis divertiros…

Se aparta de manera brusca y sale del apartamento dando un portazo. Me giro para ver a mi pasado frente a mí. Ahora mismo me pregunto por qué demonios la traje alguna vez aquí. Si no lo hubiera hecho, no tendría este marrón encima.

—¿No te enseñaron a no presentarte donde nadie te ha llamado? —pregunto furioso—. ¿A qué cojones ha venido esto, Melanie? ¿No tienes suficiente con ser dueña del gimnasio?

—¿Ahora me lo echas en cara? —cuestiona ofendida—. Jamás te pedí nada. ¿Qué tiene de malo venir a ver a un viejo amigo?

—Joder —mascullo, pasando una mano por mi pelo en señal de nerviosismo—. Mira, no puedo quedarme. —Miro hacia la puerta—. Lo que tuvimos en el pasado se acabó hace mucho, creía que lo sabías…

—Puede que me despistara la mamada que te hice hace unos meses —increpa con inquina—. Siempre has sido un cabrón, pero al menos, antes eras sincero —escupe dispuesta a marcharse—. Que te jodan, Ethan.

—Ya lo estoy —siseo, escuchando de nuevo otro portazo—. ¿Se puede tener menos suerte?

Cojo mi móvil y llamo a Emma sabiendo de antemano que no va a cogérmelo. Insisto mientras bajo al garaje y cojo el coche para ir en su busca. Como le suceda algo por comportarse como una niñata, me va a escuchar. Recorro las calles de los alrededores porque no puede haber ido muy lejos. No he tardado más de diez minutos en despachar a Melanie.

—Maldita sea, coge el jodido teléfono —siseo mientras por el manos libres sigo insistiendo.

Decido llamar a Troy, rezando para que me diga que está con él, aunque es casi imposible, no le ha dado tiempo, pero puede que sí le coja el móvil a su padre, es mi última esperanza.

—Sullivan —dice al descolgar—. ¿Le sucede algo a mi hija?

—No me coge el teléfono —le digo frustrado, furioso y preocupado—. ¿Puedes llamarla tú?

—¿Qué demonios has hecho, chico? —pregunta enfadado—. Como le pase algo a Emma… —lo escucho maldecir—. Ahora te llamo.

CAPÍTULO 35

Emma.

—Maldito cerdo —mascullo, caminando lo más rápido que puedo para encontrar un taxi que me aleje de aquí lo más rápido posible—. Con que ha pasado dos años echándome de menos…

Al fin, encuentro uno y le doy la dirección de la casa donde crecí. No creo que tenga un momento mejor donde no lo tenga detrás de mí, por lo que tengo que aprovecharlo. Encima, tendré que agradecerle a la furcia que se ha presentado en su casa como dueña y señora que me haya bajado los pies a la tierra.

Mi teléfono vuelve a sonar, lo miro creyendo que será Ethan como las otras veinte veces, pero es mi padre, muerdo mi labio indecisa, pero decido cogerlo.

—Hola, papá —saludo, intentando aparentar una alegría que no siento en absoluto.

—Déjate de tonterías, Emma —espeta, dejándome claro que Ethan ya se ha chivado—. ¿Dónde estás?

—Estoy bien —respondo—. Tengo que hacer algunas cosas, llevo mucho tiempo encerrada, y son importantes. Puedes decirle a Ethan que no se preocupe y que puede seguir divirtiéndose…

—No sé de qué demonios hablas —interrumpe—. Me ha llamado, te está buscando por toda la ciudad y no parece muy divertido, debo añadir.

—Una pena, se habrá estropeado su plan —replico irónica—. Dile que deje de llamarme y que se vaya a casa. Luego te llamo, te quiero.

No le permito seguir echándome la bronca que sé que merezco por irresponsable, pero necesito conseguir las pruebas necesarias para inculpar a mi madre. La visita de la amiguita de Ethan, aunque me ha sentado como una patada en los ovarios, me ha venido de perlas para reaccionar y salir de la burbuja en la que estoy inmersa desde que desperté en esa maldita cama de hospital.

Agradezco haber cogido el bolso con las llaves de la casa en la que crecí. Me apresuro a entrar para que nadie me vea y rezo para que mi madre no esté en casa. Conseguir las pruebas a la fuerza no es una opción, al menos, no es una a la que quiera recurrir. Me dirijo hacia su dormitorio, sé que hay una caja fuerte pequeña que antiguamente utilizaba mi padre, ¿qué mejor lugar que ese para guardar algo que no quieres que nadie encuentre? Como suponía, la combinación no es la misma, pero no me cuesta descubrir la nueva, mi madre no se ha esforzado mucho y ha utilizado su fecha de nacimiento.

—Que haya algo, por favor… —suplico, aterrada ante la posibilidad de que esté vacía o contenga cosas que no me interesen para mi cometido—. Por favor —sigo rogando mientras busco entre varios documentos.

Carpetas del divorcio, de lo que consiguió sacarle a mi padre, escrituras de la casa… Finalmente, algo en el fondo llama mi atención, una foto vieja, doblada por la mitad, donde salen los Sinclair junto a un bebé y mi madre embarazada de mí. Tras ella, escrita con la letra de mi madre, hay un teléfono y una dirección.

—No puede ser tan sencillo —susurro conmocionada.

Además, encuentro varios cheques y una nota donde parece estar dibujada la casa de nuestros vecinos. Por desgracia, esto no demuestra nada si no encuentro algo más. Me parece escuchar un ruido en la planta baja, por lo que cierro la caja fuerte llevándome lo que he encontrado conmigo y me escondo en mi antigua habitación.

—No puedes ser tan imprudente, Will —abro los ojos aterrada, ¿está hablando con mi exprometido? —. Sabes que la policía te está buscando. No he logrado convencer a Emma de que retire la denuncia. No debiste dejarte guiar por tus impulsos. Después de todo, tú no eres un modelo de virtud y fidelidad, querido —se burla.

—No me jodas, Corinne —Escuchar esa voz me deja helada, y un escalofrío recorre mi cuerpo. Está aquí, en la casa de mi madre, sin que ella parezca sorprendida—. ¿Tenía que aguantar que la niñata de tu hija me pusiera los cuernos?

—Cariño —siento arcadas al comprender que mi madre es la amante de este hijo de perra—, tú me tienes a mí, ¿qué más da?

—No iba a permitir que mi esposa se follara a quien le diera la gana —grita—. Tenía que haber acabado con ella.

—Cuidado —entrecierro los ojos—. Estás hablando de mi hija, puede que no sea la mejor madre, de hecho, soy la peor que le podría haber tocado. Pero no la amenaces —me sorprende que me defienda cuando es capaz de continuar su relación con el hombre que ha estado a punto de matarme.

—Dejemos el maldito asunto —masculla al verse sin apoyo—. Necesito continuar con mi vida, convéncela lo antes posible, estoy harto de esconderme como una rata.

Marco el número de Ethan, porque me siento aterrada. No voy a poder salir de aquí. Mi plan ha fallado y, si me descubren, no saldré con vida. William no lo permitirá, y no confío en mi madre para que lo detenga.

—¿Dónde demonios estás —grita tras el primer tono.

—Llama a la policía —susurro—. Diles que vengan a casa de mi madre, William está aquí.

—¿Ha ido a buscarte? —pregunta—. ¿Te ha seguido?

—No —sigo susurrando para que no me escuchen. Me encierro en el baño rezando para que ni se les ocurra entrar a una habitación que se supone está vacía—. Es su amante, Dios mío, es…

—Tranquilízate —me pide—. Escóndete y no hagas ruido. Ya llego.

Comienzo a temblar ante la posibilidad de que no llegue a tiempo. Me escondo los papeles entre la ropa preparada para pelear si es necesario. Decido salir sin hacer ruido para ver si consigo escuchar algo más, y preparo mi móvil por si puedo grabar algo, me arriesgo un poco más y camino hasta las escaleras.

—¿Quieres dejar de pensar? —acusa mi madre—. Todo iba bien hasta tu ataque de cuernos —escupe.

—Como no es a ti a la que le han sido infiel —replica—. ¿Qué dirá la gente? Y justo con el hijo de perra de Sinclair, que se tira a todo lo que se mueve.

—Un fleco suelto —sisea mi madre, me tenso y bajo un par de escalones más—. Debí encargarme yo misma de acabar con él en vez de encargárselo a dos imbéciles.

—Podría hacerlo por ti encantado —se ofrece William, cubro mi boca horrorizada, pero aliviada a la vez por tener una prueba más.

—Ahora ya no sirve de nada —niega mi madre—. Al menos, me queda el consuelo de haberles amargado la vida casi treinta años —se burla, una lágrima cae por mi mejilla—. No sabes lo que disfrutaba de ver cómo Diane se consumía día a día…

—¿Qué coño es eso? —me tenso, porque se escuchan unas sirenas—. ¿Vienen hacía aquí? —pregunta aterrado.

Me escondo de nuevo mientras escucho cómo mi madre le insta a que se marche. Me encantaría detenerlo, pero no soy rival para él. Maldigo que sea capaz de escaparse de nuevo. Cuando el timbre suena, comienzo a bajar las escaleras en el momento que Ethan irrumpe en la casa con la policía.

—¡Emma! —exclama mientras me lanzo a sus brazos—. Maldita sea, no vuelvas a hacerme esto —susurra contra mi cuello—. ¿Dónde está?

—¿Qué haces tú aquí? —recrimina mi madre—. ¿Has sido tú la que ha llamado a la policía? —acusa.

—Deja de mentir, mamá —respondo—. Le has encubierto. Dile a la policía lo que sabes.

—¡Estás loca! —grita mientras se la llevan—. ¡Soy tu madre! ¿Cómo has podido hacerme esto? —Cierro los ojos y me dejo abrazar por Ethan. Creía que sería fácil, y todavía no he hecho lo que tengo que hacer.

CAPÍTULO 36

Ethan.

La siento temblar entre mis brazos mientras su madre no deja de gritarle todo tipo de acusaciones. Odio que tenga que pasar por esto, detesto que se haya visto envuelta en algo tan sórdido como descubrir que el hombre con el que se iba a casar, y que casi la mata, es amante de la mujer que le ha dado la vida.

—Debe venir con nosotros, señorita Sullivan —miro al joven policía.

—¿Es necesario? —pregunto—. Está muy nerviosa…

—¿Qué ha pasado? —escucho la voz de mi padre. Tras él, aparece Alexander, llevaba días sin verlos, porque he querido estar con Emma, disfrutar de lo nuestro sin intromisiones—. ¿Por qué se han llevado a Corinne?

—Parece ser que era cómplice de William —respondo, Alexander no hace ni un gesto, mi padre me observa horrorizado—. Emma los ha descubierto.

—¿Estás bien? —pregunta mi hermano, mira al policía—. ¿La señorita Sullivan necesita abogado?

—No —niega—. Solo necesitamos su declaración.

—Iré —interrumpe con firmeza—. No necesito abogado, tranquilo, Alex.

Se aleja de mí sin mirar atrás, siguiendo al policía. Me ha dejado boquiabierto su frialdad después del susto que acaba de llevarse. La sigo y le impido que suba al coche patrulla, no sé en qué demonios está pensando, pero no pienso permitir que suba a ese maldito coche.

—Te llevaré —siseo—. Le seguimos, agente.

Una vez dentro, el silencio que nos envuelve es denso, la tensión asfixiante. Estoy furioso por su reacción, que la ha puesto en peligro cuando horas antes me había jurado que tendría cuidado.

—¿Has visto lo que has conseguido por comportarte como una inconsciente? —pregunto, dejando que el miedo que he pasado hable por mí.

—Al menos, he conseguido avanzar más en media hora que la policía en semanas —replica sin mirarme. Sus manos tiemblan, aunque intenta ocultarlo—. No necesito tus sermones, Ethan.

—Mis sermones —siseo, apretando el volante—. ¿Has pensado lo que podría haber pasado si llegan a descubrirte? ¿Crees que tu madre te hubiera defendido?

—No lo sé —dice tras un breve silencio—. Si no lo hubiera hecho, seguramente hubiera acabado lo que empezó, y a ti te habría quitado un muerto de encima.

Freno de golpe, aparcando en la cuneta, los coches a nuestro alrededor pitan e increpan furiosos. Emma se sujeta al salpicadero mirándome asustada. La observo intentando calmarme para no decir algo de lo que me pueda arrepentir más tarde.

—¿Te has vuelto loco? —espeta con voz temblorosa.

—Jamás vuelvas a decir algo así —siseo—. Puedes acusarme de muchas cosas, pero nunca de querer que desaparezcas de mi vida, porque soy el único que lucha por lo nuestro.

—¿Lo haces? —cuestiona furiosa—. ¿Cuándo? Déjame pensar —se carcajea—. Claro, cuando la morena que ha aparecido en tu apartamento te metía la lengua hasta la garganta.

—No la he llamado yo —replico—. Y no pienso disculparme por tener un pasado. ¿O tú no lo tienes? Te recuerdo que ibas a casarte con otro…

—Llévame a la maldita comisaría, Ethan —masculla, cruzándose de brazos.

—Acabemos con esto de una jodida vez. —De nuevo, comienzo a conducir. Poco después, llego a nuestro destino. Baja del coche y la sigo, dejándole un poco de margen, porque sé que mi comportamiento no está siendo mucho mejor que el suyo.

Odio tener que esperarla sin saber qué está ocurriendo. Alex, Anthony y mi padre entran poco después. Mi hermano toma el mando y pregunta por Emma y Corinne, exige saber si han encontrado a William, me cabrea no haber pensado en hacerlo yo mismo.

—Algo no me gusta —me dice cuando pasa media hora más y Emma no regresa—. No es normal que tarden tanto para tomarle declaración. ¿Qué demonios ha pasado, hermano?

—No sé más que tú, maldición —exclamo—. ¿Por qué cojones ha ido a casa de su madre si no se hablaban? —me pregunto para mí mismo.

—¿Señor Sinclair? —Los cuatro nos levantamos, el policía alza una ceja sorprendido—. Tenemos que hablar con ustedes. Pasen por aquí.

Nos lleva a una pequeña sala. Cuando veo a Emma, voy hacia ella, no me mira y no me gusta. Nos sentamos. Yo a su lado, los demás enfrente.

—Bien, esto es lo que tenemos. —Miro de nuevo al policía que ha colocado varias cosas sobre la mesa—. Tenemos que seguir

investigando, pero creemos que Corinne Sullivan tuvo algo que ver en el secuestro de su hijo.

No puedo creer lo que estoy escuchando, solo puedo mirar a la mujer que permanece a mi lado, con la cabeza gacha, las manos apretadas sobre su regazo y la única pregunta que atormenta mi mente sale por mi boca sin que pueda detenerla.

—¿Lo sabías? —acuso—. ¿Sabías que la zorra de tu madre era la responsable de mi secuestro?

—Si me disculpan —se levanta sin responderme—, creo que esto es algo que solo concierne a los Sinclair.

Se marcha, pero me levanto como un resorte para detenerla en el pasillo que lleva a la salida. Me mira y no soy capaz de leer nada en sus ojos, mascullo una maldición sin saber qué pensar o qué sentir.

—Respóndeme —exijo, zarandeándola—. ¿Cómo has podido estar conmigo sabiéndolo? ¿Qué clase de zorra retorcida haría algo así?

Se suelta y me gira la cara de una bofetada. El golpe no duele tanto como la incertidumbre. La veo salir corriendo y no la sigo, porque siento que su silencio es respuesta suficiente. Vuelvo dentro para ver si puedo entender algo de lo que está sucediendo.

CAPÍTULO 37

Emma.

Sabía que pasaría….

En el fondo, siempre lo supe, Ethan me sentenciaría incluso antes de escuchar toda la historia, y yo no sería capaz de soportarlo.

Corro sin pensar en nada más que en huir para dejar de ver esa mirada acusatoria y no escuchar sus insultos. Me detengo cuando el llanto amenaza con asfixiarme, intento recuperar el aliento, lucho por no llorar, porque no lo merece, he sido capaz de entregar a mi propia madre por él y…

—Creí que no tendría la oportunidad de volver a estar a solas contigo, querida —me tenso al escuchar esa voz tras de mí—. Ha sido buena idea seguiros —se burla.

Me giro para ver a William ante mí, mirándome con un odio que no se molesta en ocultar. Me doy cuenta de que me he alejado demasiado y que no hay casi nadie a nuestro alrededor. Saca una pistola y me apunta disimulando, por lo que, si grito, me matará sin dudarlo, puedo verlo en sus ojos.

—Camina hasta mi coche —me ordena sin perder la sonrisa—. Sin tonterías.

◆ ◆ ◆

Estoy aterrada, aun así, no dejo de conducir, tal y como me indica William.

—Voy a llamar a tu novio —gruñe desde el asiento trasero—. Y como no haga lo que le pido, voy a matarte, ¿me oyes? —asiento sin perder de vista la carretera.

Tras varios pitidos, Ethan responde. Un alivio inmediato me invade, él lo arreglará, me salvará. Mi antiguo prometido sonríe complacido y comienza a hablar. Al escuchar sus exigencias, el mundo se me cae a los pies, pues sé de antemano que estoy sentenciada.

—No pienso pagar una mierda —espeta—. Mucho menos, voy a sacar a esa zorra de la cárcel.

—Entonces, ¿no te importa que tu querida Emma muera? —pregunta con ironía—. Puedo rebanarle el cuello ahora mismo.

—Haz lo que te dé la gana. —Por un momento, cierro los ojos ante el dolor que me embarga. El filo del cuchillo se posa sobre mi cuello, haciéndome gritar del susto—. ¿Crees que eso me hará cambiar de opinión? No vuelvas a llamarme.

Cuelga, dejándome conmocionada. Siento cómo un hilillo de sangre desciende por mi cuello cuando el hombre que me ha secuestrado lo aprieta con más fuerza contra mi cuello por la furia.

—¿Quién se cree que es? —grita, golpeando la parte trasera de mi asiento una y otra vez—. Parece que le importas una mierda, Rubia —que me llame así, me hace sollozar—. ¿Cómo lo hacemos? —pregunta, risueño.

—Que te follen —escupo, apretando con fuerza el volante del coche—. Mátame de una vez —grito aterrada, furiosa, dolida y traicionada.

—Tú también podrías sacar a tu madre de la cárcel —masculla, mirándome como si no se esperara mi reacción—. Y de paso, retira la denuncia en mi contra, perra manipuladora.

—Fui yo la que la metió allí dentro, maldito cabrón —reconozco—. No fue ningún Sinclair —me jacto—. Descubrí la verdad y no pensaba permitir que saliera impune cuando les había arrebatado tanto. ¿Crees que soy imbécil, William? Casi me matas, y espero que te jodan en la cárcel.

—Maldita zorra —gruñe, cogiéndome del pelo—. Voy a destriparte —sisea contra mi oído—. Conduce.

Me suelta y conduzco por un largo rato. Cada vez estamos más lejos, ya no hay nada a nuestro alrededor. Sé que está buscando un sitio para acabar conmigo y esconder mi cadáver. Lo escucho maldecir cuando tres coches de la policía aparecen a lo lejos con las sirenas encendidas. Debería sentirme aliviada, sin embargo, soy muy consciente de que no saldré con vida de esta. De hecho, ya me siento como si lo estuviera. El hombre al que amo, al que le he entregado todo y por el que he estado dispuesta a encerrar a mi propia madre, no le ha importado si me mataban o no.

—No te detengas —exige. Obedezco, de hecho, acelero—. ¿Qué demonios haces? —grita asustado al darse cuenta de mis propósitos. Si me mata, él viene conmigo—. Deja de acelerar —ordena nervioso. Sabe que, si me mata a esta velocidad, no lo contará.

—Espero que ardas en el infierno —dicho esto, doy un volantazo que consigue que el coche comience a dar vueltas de campana.

Antes de perder la conciencia, mi último pensamiento es para Ethan…

◆ ◆ ◆

Despierto en el hospital, otra vez…

Cuando giro poco a poco mi cabeza, veo a Ethan dormido en una silla que debe ser muy incómoda. Me doy cuenta de que su ropa está arrugada, que tiene más barba de lo normal y que debe estar muy cansado para poder dormir en semejante postura. Parece que

todo vuelve a repetirse como si me encontrara dentro de un bucle del que no puedo salir.

—¿Dónde está mi padre? —pregunto para que despierte, lo hace de golpe y me mira tan aliviado que me pregunto si he despertado en otra realidad—. ¿Dónde está? —exijo de nuevo.

—Ha ido a casa a darse una ducha —responde, levantándose para acercarse a la cama—. Al fin has despertado —suspira con alivio—. Nos has dado un susto de muerte. De nuevo —añade. En su mirada, ya no veo ese odio, esa acusación que brillaba la última vez que lo vi.

—¿De verdad? —cuestiono, mirando mi brazo escayolado, toco mi cabeza con el sano y noto una venda—. No sé de qué te sorprendes —frunce el ceño—. Te dijo que me iba a matar y te importó una mierda.

—Emm… —le lanzo una mirada que le deja claro lo que opino de que utilice ese diminutivo en estos momentos—. No fue así —se excusa—. Imaginaba que era un farol, que me daría tiempo para que la policía os localizara.

—Suponías —escupo con asco—. Me escuchaste gritar, maldito cabrón, y colgaste —intento que el sollozo que pugna por salir no lo haga.

—¡No fue así! —alza la voz, intenta coger mi mano sana, pero la aparto. No puedo soportar mirarlo, mucho menos, que me toque—. Emma, por favor, deja que me explique.

—Quiero que te marches —interrumpo—. No quiero que vuelvas a acercarte a mí.

—Estábamos bien juntos… —susurra nervioso—. ¿Lo recuerdas? Incluso había pensado pedirte matrimonio. —Lo miro como si hubiera perdido el juicio.

—No voy a casarme contigo —informo con firmeza, le veo apretar los puños—. Ni ahora ni dentro de un año, egoísta de mierda

—siseo rota de dolor—. Te lo he dado todo. —Rompo a llorar sin poder controlarme por más tiempo—. He encarcelado a mi propia madre…

—¿Qué has dicho? —pregunta anonadado—. ¿Fuiste tú?

—¿Quién más si no? —replico—. Lo descubrí y no pude permanecer callada, ni de brazos cruzados, sabiendo lo que te había hecho. —Cierro los ojos, porque no soporto mirarlo—. Márchate, Ethan.

—No puedes decirme algo semejante y pretender que me vaya —se defiende—. ¿Por qué no me lo dijiste? En la comisaría, todo fue un caos, porque William me llamó, y yo no escuché lo que le contaron a mi padre, no puedes culparme por…

—Era cosa mía —espeto, abriendo de nuevo los ojos—. Ahora ya nada ni nadie podrá dañarte.

—¿Crees que no? —cuestiona en un susurro, agachando la mirada—. ¿Cómo crees que me sentí cuándo ese mamón me llamó para amenazarme? ¿Cuando, desde uno de los coches patrulla, vi cómo el maldito coche daba vueltas de campana y sabía que estabas dentro?

—¿Aliviado? —Da varios pasos hacia atrás como si le hubiera golpeado, y lo haría si pudiera levantarme de esta cama—. Deja de fingir, Ethan. Ambos recordamos muy bien nuestra última conversación, me llamaste zorra, ¿lo recuerdas?

—No voy a dejar que nos hagas esto —masculla entre dientes—. Voy a llamar a un médico.

Sale raudo de la habitación como, si llamándolo, pudiera curar la herida mortal que él mismo ha causado. Mi decisión está tomada, no importa lo que haga ni lo que diga, nada ni nadie va a conseguir que olvide lo que ha hecho, o mejor dicho, lo que no ha hecho. Juró que me protegería, y al creer que yo le había traicionado, fue capaz de

darme la espalda sin que le temblara la voz. Si cierro los ojos, puedo escucharlo alto y claro.

«No voy a pagar una mierda, no vuelvas a llamar…». Puede que William no haya podido matarme, pero Ethan sí me ha roto el corazón en tantos pedazos que no voy a ser capaz de recomponerlo jamás.

CAPÍTULO 38

Ethan.

¿Qué he hecho…?

No dejo de preguntármelo a mí mismo una y otra vez mientras espero en el pasillo a que el doctor salga para decirnos algo. Han sido veinte horas de angustia, ha sido como revivir de nuevo lo que pasó hace solo unas semanas, pero mil veces peor, ya que he sido testigo de cómo ese maldito coche daba vueltas de campana con la mujer que amo dentro.

—No me va a perdonar —susurro, Alexander palmea mi espalda —. La acusé de… —Cierro los ojos con fuerza para no quedar en ridículo delante de mis hermanos.

—No lo sabías —intenta tranquilizarme Anthony—. Hiciste lo que te aconsejó la policía, Ethan. Solo debes explicárselo…

—Tiene razón —interviene Alex—. No puedes dejar que piense que no hubieras pagado en circunstancias normales.

—¿Crees que quiere escucharme después de llamarla zorra embustera cuándo ella se había arriesgado para conseguir pruebas contra su propia madre por mí? —pregunto con ironía.

—¡Maldita sea! Todo es un cúmulo de malos entendidos — exclama mi hermano pequeño—. Lo solucionaréis, lo importante es que se ponga bien.

—Ha estado a punto de morir dos veces en poco tiempo. —Me estremezco de pensarlo—. No voy a joderla ahora con cosas que no tienen importancia.

—Vuestra relación es importante —rebate Alex—. Os he visto juntos, habéis nacido el uno para el otro, y no pienso dejar que lo eches todo por la borda por miedo u orgullo.

—Créeme, hermano, ahora me queda poco orgullo —mascullo—. Haré lo que haga falta para que me perdone, tiene que hacerlo.

La puerta se abre y me levanto como un resorte aterrado ante lo que pueda escuchar. El doctor nos explica que Emma está bien, solo un ligero traumatismo que quieren mantener en observación un par de días y contusiones leves. Suspiro aliviado, incluso me tambaleo. Son mis hermanos quienes me sostienen y vuelven a sentarme en la silla que he ocupado hasta ahora.

—Por el amor de Dios, jamás pensé ver al gran Ethan Sinclair tambaleándose —bromea nuestro hermano pequeño—. ¿Quieres quitarme el puesto de enfermo de la familia? —bromea con su extraño sentido del humor.

—No tiene gracia —riñe Alexander—. Cierra la boca.

—¿Estás bien, hijo? —pregunta mi padre, que no se ha separado de mi madre, todavía conmocionada.

—No —respondo—. Ni lo volveré a estar. Tenía todo para ser feliz y no he sido capaz de conservarlo por no saber controlar mi maldito carácter. No la he cuidado, y le prometí que lo haría.

—Dale tiempo —aconseja, intentando darme unas esperanzas que no existen—. Todo ha sido tan repentino…

—No puedo creer que Corinne… —balbucea mi madre, sentándose a mi lado—. Ha sido mi amiga durante estos años, y más tiempo de tu padre. Nos ha visto llorar, me ha visto consumirme y ha seguido a nuestro lado como si nada.

—Nunca pensé que fuera capaz de algo así —replica, avergonzado—. Nos conocemos desde el instituto, por el amor de Dios.

—Según la policía, el móvil fueron los celos, papá —dice Alexander—. Pero vamos, a mí no me sorprende para nada. Siempre la he visto como una harpía egoísta y sin corazón. Solo hacía falta ver cómo trataba a su propia hija.

Cierro los ojos, apoyo los codos en mis rodillas y escondo mi rostro horrorizado conmigo mismo. Mi hermano tiene razón. Todos aquí hemos sido testigos de cómo esa zorra trataba a su propia hija y, aun así, la acusé de guardar sus secretos. Siento ganas de darme de leches hasta quedar inconsciente para dejar de sentir esta tortura.

Observo la puerta cerrada queriendo abrirla y correr a su lado sin poder hacerlo, porque ni lo merezco ni me lo permitiría. Odio que esté sola allí dentro como si a nadie le importara, cuando todos estamos aquí fuera deseando calmar su soledad, demostrarle que sí tiene una familia a parte de su padre, el cual ahora se ve desbordado al descubrir la clase de monstruo con el que se casó.

—No soporto que esté allí metida sin que nadie la acompañe —mascullo, sintiendo que me voy a volver completamente loco.

—Troy viene en camino —responde mi padre—. Y podemos turnarnos, no hemos entrado porque está muy alterada, Ethan.

—Yo puedo quedarme con ella —dice mi madre—. Incluso Molly…

—Y yo —añade Alex—. Puede que ahora no quiera verme, pero me encargaré de que cambie de opinión.

—No la fuerces —espeto, tensándome—. Si quiere que te mantengas alejado, lo haces —le advierto—. Lo principal es que se recupere.

—Te recuerdo, hermanito —replica molesto—, que no fui yo quien la acusó y metió la pata.

—Alexander —amonesta mi madre—. Así no ayudas a tu hermano.

—Lo siento —resopla al cabo de unos segundos—. Me he pasado.

Asiento sabiendo que, aunque sus palabras han sido como una puñalada, son ciertas. Ninguno de los que estamos aquí es más culpable que yo, por lo que me pregunto si lo mejor no será que me aleje como hice hace dos años. En aquel entonces, fue difícil, ahora no creo que pueda conseguirlo sin perder mi alma en el proceso.

—¡Ya estoy aquí! —exclama Troy—. Muchas gracias por quedaros con ella, ¿qué hacéis aquí fuera? —pregunta, frunciendo el ceño—. ¿Ha pasado algo?

—No —se apresura a decir mi madre—. No queríamos incomodarla. Me ofrezco a ayudarte a cuidarla, Troy.

—Muchas gracias, Diane —asiente más aliviado—. No puedo creer todo lo que ha pasado. Mi propia exmujer, la madre de mi hija —niega apesadumbrado—. Creo que nunca os voy a poder compensar por… —me mira tan avergonzado que siento pena por él, otra víctima de una víbora sin corazón.

—Por favor, Troy —interviene mi padre—. No sigas disculpándote por las acciones de Corinne. Ella es la única culpable y debe pagar.

—Me encargaré de ello —replica con firmeza—. De momento, no hay opción a que salga bajo fianza. Las pruebas que consiguió Emma, junto a la grabación, son contundentes para procesarla, aunque no podrán ser admitidas en el juicio.

—Maldita sea —exclamo—. Espero que la policía encuentre algo, como salga a la calle… —no continúo hablando porque, al fin y al cabo, por muy mala que haya sido, aunque nos ha hecho un daño irreparable, es la madre de la mujer que amo.

—Lo sé, muchacho —asiente—. No debes preocuparte.

Entra a la habitación de su hija. Ver cómo esa puerta vuelve a cerrarse es como un nuevo mazazo. Las ansias de correr a su lado no disminuyen, al contrario, es casi una necesidad, un dolor físico que no desaparecerá nunca.

—¿Cuidaréis de ella? —pregunto sin apartar la mirada de la puerta blanca que se ha convertido en un muro insalvable—. Por favor…

—Por supuesto —dice mi madre—. Descansa, deja que pasen unos días y vuelve a intentarlo. Os queréis, y ese amor no puede morir, no por culpa de Corinne.

—No ha sido culpa de ella —respondo, doy media vuelta y me marcho, dejando mi corazón atrás.

CAPÍTULO 39

Emma

Los días han pasado con una lentitud agonizante, al menos, para mí. Salí del hospital cuando se aseguraron de que mi conmoción no causaría problemas. Según los médicos, fue casi un milagro que sobreviviera a semejante accidente teniendo en cuenta que el cabrón de mi exprometido no lo logró.

Me salvó el cinturón de seguridad, él no lo llevaba. Ahora las únicas secuelas que me quedan de ese día es mi brazo roto y la cicatriz en mi cabeza que puedo cubrir con mi cabello. Sin embargo, los cambios en mí son algo más que físicos. Acabo de salir de la peluquería, donde me he cortado el pelo a la altura de mis hombros y ya no lo llevo liso, unas suaves ondas le dan algo de volumen.

Al llegar a mi casa, me asalta la misma sensación, ya no es mía. No me siento segura, porque, cada vez que miro el salón donde recibí la paliza que casi me mata, el miedo regresa, a pesar de saber que mi agresor jamás volverá a hacerme daño. Me apresuro a llegar a mi habitación y me miro en el espejo, ya no me reconozco. De la Emma Sullivan de hace unas semanas, ya no queda nada, muchos pueden pensar que todo es causa del accidente, pero yo sé la verdad.

—Ya no escucharé nunca más esa tontería de que parezco una ninfa —mascullo observándome—. Tendría que haberme cambiado hasta el color…

Hablar sola se ha convertido en otra nueva costumbre. Lo cierto es que mi único contacto con el mundo exterior es mi padre. No es que continuara en contacto con toda la gente que me había acompañado a lo largo de mi infancia y adolescencia, me alejé de toda esa falsedad cuando mis padres se divorciaron, y mi madre perdió su poder sobre mí. Solo los Sinclair habían sido una constante en mi vida, mi mejor amigo siempre fue Alexander junto con su hermano Anthony, pero, incluso ahora, he decidido que eso debe cambiar. Ellos también han sido víctimas de la maldad de una mujer sin corazón, pero como hice la primera vez cuando le di el poder a Ethan para dañarme, es el momento de cortar por lo sano, ya que no pienso seguir consumiéndome.

Suena mi teléfono, ya no me sobresalto porque sé que el único que puede llamarme es mi padre. Cambié de número, y solo lo tiene él, incluso le hice prometer que no se lo daría a ninguno de los Sinclair.

—Hola, papá —saludo intentando sonar alegre—. ¿Cómo han ido esas reuniones?

—¿Cómo estás? —Cierro los ojos y maldigo mi mala suerte—. ¿Emma…?

—¿Dónde está mi padre, Alexander? —pregunto con frialdad, no puedo dejar que su voz me haga recordar los momentos vividos con él, ni puedo permitirme echarlo de menos—. ¿Por qué tienes su teléfono?

—Se lo he robado —responde muy tranquilo—. No te enfades con él, no lo sabe.

—Tengo que colgar… —balbuceo nerviosa. Su voz, aunque no se parece a la de Ethan, me hace recordar todo lo que deseo olvidar—. No vuelvas a llamar, Alexander.

—No cuelgues, maldita sea —exclama, deteniéndome—. Nos estás castigando a todos, y no es justo, Emm.

Muerdo mi labio inferior con fuerza cuando comienza a temblar. Parpadeo para alejar las lágrimas y trago con fuerza para alejar la amarga culpabilidad sabiendo que tiene razón. Me siento en mi cama porque mis piernas tiemblan tanto que temo no sean capaces de sostenerme y, como una idiota, espero a escuchar lo que mi amigo tiene que decirme.

—Puedo entender que no quieras ver al imbécil de mi hermano —dice tras el breve silencio—. Pero ¿qué te hemos hecho los demás? Mis padres quieren agradecerte lo que has hecho, todos en realidad. Joder, Emma, quiero ver a mi mejor amiga y asegurarme de que estás bien.

—Lo estoy —susurro, mirando al vacío. Tal vez, si lo repito muchas veces, seré capaz de creer mi propia mentira—. La semana que viene me quitan la escayola, y las contusiones prácticamente han desaparecido…

—Sabes que no me refiero a eso —grita, perdiendo la paciencia —. Mierda, me prometí a mí mismo que no te gritaría.

Intento contener la risa, termino carraspeando para disimular, pero me doy cuenta de que es la primera vez que lo hago en mucho tiempo, por lo que comienzo a cuestionarme si he tomado la mejor decisión.

—Si quieres, podemos quedar a tomar un café… —digo indecisa, nerviosa por verlo de nuevo—. ¿En nuestra cafetería dentro de una hora?

—Allí estaré —dice con rapidez.

—¿Alex? —se mantiene en silencio a la espera—. Ven solo, por favor —le ruego que no me traicione.

Cuelgo y me preparo. No me molesto en cambiarme, porque considero que mi pantalón vaquero y mi blusa blanca junto a una chaqueta negra es más que suficiente. Me maquillo de nuevo para

cubrir mis ojeras, y alguna que otra marca que todavía conservo del accidente, y salgo de nuevo de mi casa.

En media hora, estoy ya sentada a la espera de que llegue Alex, no puedo evitar mirar hacia la puerta a la espera de verlo entrar acompañado. Suspiro aliviada cuando no lo hace. Muy en el fondo, un sentimiento de vacío vuelve a instalarse en mi pecho mientras lo veo acercarse.

—¿Qué demonios te has hecho en el pelo? —pregunta incrédulo, se ha quedado inmóvil frente a mí—. Creo que has perdido la cabeza —masculla mientras se sienta.

—¿Has venido a insultarme? —pregunto tensa—. ¿Lo de siempre?

—Creo que necesito un copazo —gruñe, mirándome enfadado—. ¿Intentas castigarle de esta manera? —pregunta acusatorio mientras se cruza de brazos—. ¿O lo haces a ti misma?

—¿Has venido a esto, Alexander Sinclair? —cuestiono de nuevo —. Porque puedes irte a la mierda. —Me dispongo a levantarme, pero me detiene, le miro mientras sostiene mi mano.

—Lo siento —espeta como si le estuvieran sacando una muela —. Siéntate, por favor.

Lo hago, guardo silencio, porque llega el camarero con nuestras bebidas. No me pasa desapercibida la mirada de admiración que me dedica, ni a mi amigo tampoco, ya que lo despide con bastante mala leche.

—¿Era necesario? —replico sin comprender por qué se comporta como un idiota, siempre ha sido frío, reservado, pero jamás maleducado.

—Puede que tú hayas decidido que ya no eres mi cuñada. —Abro los ojos como platos—. Pero para mí, siempre serás mi hermana, lo eras mucho antes de que tuvieras algo con Ethan.

—No lo menciones —interrumpo—. He quedado contigo porque somos amigos desde que llevabas pañales, pero…

—Lo has hecho porque sabes que me lo debes —interrumpe—. En tu cabeza, sabes que has obrado mal, puedo entender que ese maldito día estuvieras alterada, asustada y furiosa, por ello te he dado tiempo.

—Que magnánimo —bromeo, no se ríe—. Puede que tengas razón —concedo—. Ni tus padres ni vosotros tenéis la culpa de lo que hizo mi madre. Sin embargo, mi decisión de alejarme no es para castigaros, es para encontrar mi paz y estabilidad, sois…

—Familia de Ethan —termina por mí—. No voy a darle la espalda a mi hermano ni siquiera por ti, Emma —dice con tristeza, veo en sus ojos la batalla que libra y siento unas ganas irrefrenables de llorar.

—Ni te lo pediría jamás —susurro, cogiendo su mano a través de la mesa—. Necesito alejarme —añado—. Te echaré de menos, Alex.

CAPÍTULO 40

Ethan.

Han pasado los días, las semanas y los meses.

Contemplo desde el ventanal de mi despacho cómo cae la nieve cubriendo todo Boston. Estamos en diciembre, la Navidad a la vuelta de la esquina y, sin embargo, me siento tan vacío, amargado, sin ver la luz al final del túnel que, aunque mi familia intenta animarme para participar en sus reuniones, no lo consiguen la mayoría de las veces.

—¿Me estás escuchando? —pregunta mi hermano—. Se va del país…

Cierro los ojos y aprieto mis puños con fuerza, mi corazón golpeando con fuerza en mi pecho. Intento tranquilizarme sin mucho éxito.

—Lo hago —susurro sin volverme a mirarlo—. ¿Qué quieres que haga, Alex? —pregunto.

—Detenerla —exclama como si fuera idiota. Me muevo quedando frente a él, me importa poco que vea lo derrotado que me siento en estos momentos—. Te has rendido, maldita sea —acusa—. Han pasado dos meses, y es hora de que te comportes como el Ethan Sinclair que no se detenía ante nadie cuando quería conseguir algo.

—Ese Ethan era un gilipollas egoísta —sonrío con tristeza—. Emma me lo dijo en muchas ocasiones, y sabes que tenía razón —hago una mueca—. Es una mujer adulta, Alex. Ni puedo ni quiero detenerla…

—¿Ya no la amas? —pregunta a bocajarro. En otro tiempo, lo hubiera negado, pero, si algo aprendí de la primera vez que Emma estuvo entre la vida y la muerte, es que no iba a ocultar mis sentimientos nunca más—. Veo el tormento en tus ojos, me doy cuenta de cómo te consumes lentamente y no haces nada.

—Y no pienso hacerlo —repito de nuevo—. Me preguntas si la amo —me río sin ganas—. Tanto que cada día separado de ella es como si me arrancaran una parte de mi cuerpo. —Me mira impresionado—. La quiero tanto que la dejo libre. —Alzo la mano cuando veo que va a rebatir para silenciarlo—. ¿Qué más da que sea yo quien pague las consecuencias por una vez? Lo merezco, ella lo dio todo por mí, y no estuve a la altura de las circunstancias.

—No lo puedo creer —masculla, levantándose furioso—. Sois un par de imbéciles orgullosos —acusa—. ¿Qué más da que ella huya por miedo a que la hagas sufrir de nuevo? —pregunta—. Ve y demuéstrale que no lo volverás a hacer —apremia.

—Pero es que lo volveré a hacer —rebato—. Parece estar en mi naturaleza. Le hago daño, Alex, y eso es lo último que quiero —rezo para que lo entienda, para que me apoye, porque mi resolución cada vez flaquea más—. No puedo darle lo que quiere, no sé hacerlo. —Alzo la voz, sintiendo que la desesperanza va a consumirme—. ¿Crees que para mí es fácil seguir aquí cuando me acabas de decir que se va a miles de kilómetros de distancia?

—Pues haz algo pronto, o la perderás para siempre —sentencia, se levanta y se dirige a la puerta—. Créeme, Ethan, no hay nada peor que vivir sin la persona que amas a tu lado.

La puerta se cierra, la observo durante mucho rato, tanto que comienza a oscurecer cuando me muevo por fin. El saber que Emma

se va a Londres después de las fiestas es como una losa que no me permite moverme con facilidad, como si todo el peso del mundo recayera sobre mis hombros.

Sabía que Alex no podría estar alejado de Emma mucho tiempo, ellos tienen una conexión que siempre he envidiado, ni siquiera conmigo, que ha compartido cama, ha sido igual. No siento celos de mi propio hermano, porque jamás volveré a dudar del amor que ella sintió por mí.

—Sinclair —respondo al teléfono en cuanto comienza a sonar, sacándome de mis pensamientos—. Dime, Troy.

—Ha salido la sentencia, chico. —Me tenso—. Veinticinco años.

—Estará fuera mucho antes —exclamo—. He estado más tiempo separado de mi familia —añado furioso—. ¿No podemos hacer algo?

—Podemos —responde, aunque su tono de voz me deja saber que no es algo que él haría—. Y es tu decisión.

—¿Mis padres lo saben? —pregunto, apretando el puente de mi nariz.

—No —replica—. He querido que fueras el primero en saberlo.

—¿Y Emma? —interrogo, indeciso, no hemos hablado de ella, como si ambos hubiéramos llegado a un acuerdo silencioso.

—Estaba conmigo cuando se ha dictado sentencia —suspiro, preguntándome cómo debe estar—. No te sientas culpable, mi hija hizo lo que debía hacer.

—¿Cómo está? —cuestiono preocupado.

—No habla de sus sentimientos, chico —replica—. Le pregunto, pero se ha vuelto cerrada y solitaria, más que de costumbre, y tú tienes la culpa.

—Lo siento —musito—. Sé que tienes razón…

—¿Y a qué coño estás esperando para solucionarlo? —Alza la voz perdiendo la paciencia.

—¿Perdón? —no me esperaba algo así—. Creí que no querrías que me acercara a tu hija.

—Créeme, chico —dice muy serio—. Si no supiera que te ama, no permitiría que te acercaras a ella jamás.

—Ya no lo hace —murmuro. Esas palabras duelen como cuchillos afilados clavándose en mi pecho—. Me encargué de matar ese amor aquel día…

—La verdad es que, si hubiera estado allí, te habría partido la cara —reconoce, sorprendiéndome de nuevo—. Luego, ella me lo impidió. ¿Eso no te dice nada?

—¿Que no quiere que me pegues? —cuestiono sin comprender —. La verdad es que no, imagino que Emma tiene el corazón demasiado grande y, aunque me odie, no quiere que nadie me haga daño.

—Eres más imbécil de lo que pensaba —gruñe—. Me importa una mierda cómo lo hagas, pero arréglalo —ordena—. Quiero a mi hija de vuelta. Como permitas que se marche a Londres, voy a matarte.

Me cuelga, miro el móvil alucinando, todo me parece tan surrealista que, si no estuviera tan destrozado, reiría como un gilipollas. Es curioso cómo el saber que la culpable de que no haya crecido con mi familia va a cumplir una condena que me parece insuficiente ya no me parece tan importante. Mi sed de venganza palidece ante el hecho de haber perdido al amor de mi vida.

Pero lo que me pregunto es… ¿realmente la he perdido, o me he rendido demasiado pronto?

Salgo de mi despacho mientras me pongo mi abrigo negro junto a los guantes. No tengo ganas de ir a mi casa, eso significa escuchar el sonido del silencio, eso me hace ser más consciente de la

ausencia de Emma en mi vida. En cada rincón, recuerdo momentos vividos, incluso puedo oler su perfume entre mis sábanas, aunque las he lavado mil veces para escapar de lo doloroso que resulta para mí.

Conduzco por inercia, y cuando me quiero dar cuenta, he llegado a Boston Common. Un parque que he visitado en algunas ocasiones con mi Ninfa, pero que, ahora en Navidad, parece un lugar mágico, uno que a ella le encantaría recorrer con esa sonrisa tan hermosa que puede adornar su hermoso rostro. Decido dar una vuelta para postergar mi regreso al apartamento donde cada vez me es más difícil vivir. Mis pies me guían, observo a las familias que felices se hacen fotos, las parejas que pasean abrazadas y me hace ser más consciente de la soledad que me rodea.

Sin ser consciente, me dirijo hacia el lugar donde siempre terminábamos sentados. Me detengo porque alguien ocupa ese lugar, frunzo el ceño al ver que otra persona se ha sentado donde quería hacerlo. Maldigo, incrédulo, cuando la chica sentada gira su rostro hacia mí, como si pudiera sentir mi presencia, jadea y abre los ojos igual de sorprendida que yo.

—¿Qué te has hecho? —pregunto, acercándome despacio como si temiera que fuera a desaparecer—. ¿Por qué?

CAPÍTULO 41

Emma.

Nunca he creído en las casualidades…

Por lo que tener a Ethan frente a mí, me parece una jugarreta del destino. Me mira ceñudo, imagino que está tan sorprendido como yo, ¿qué probabilidad hay de que te encuentres con tu ex en Boston?

—Hola, Ethan —saludo, intentando que mi voz no tiemble.

—¿Hola? —pregunta, mirándome como si me hubieran salido dos cuernos y una cola—. ¿Es lo que vas a decir después de dos meses sin vernos? ¿Por qué te has cortado el pelo, Emma?

—Quería un cambio radical. —Me encojo de hombros, me levanto para estar en igualdad de condiciones, me siento muy nerviosa en su presencia—. No es un sacrilegio…

—Para mí, sí —susurra, incluso creo ver un brillo extraño en sus ojos—. ¿Estás bien? —pregunta, recorriéndome de la cabeza a los pies.

—Sí. —Alzo el brazo ahora libre—. Ya me han quitado el yeso.

—Me alegro —asiente, incómodo, algo raro en él—. No sabía que estarías aquí… —parece disculparse—. No quería volver a casa.

—Yo tampoco —reconozco—. Supongo que mi padre ya te ha informado. Lo siento.

—¿Tú lo sientes por mí? —pregunta incrédulo—. Por el amor de Dios, Emm —exclama, pasándose una mano por el cabello—. Has perdido a tu madre por mi culpa, grítame, pégame…

Sus exigencias vuelven esta conversación muy intensa. Quiero huir, pensaba que si Ethan y yo nos encontrábamos, todo el odio, el dolor que sentí aquel día, sería tan intenso que no podría siquiera mirarlo a los ojos. Sin embargo, lo tengo frente a mí tan idéntico y a la vez tan diferente al hombre que vi por última vez en aquella comisaría de policía que no puedo evitar permanecer inmóvil a la espera de algo que no logro comprender.

—No he perdido nada —corrijo con tranquilidad—. Nunca fue una madre amorosa, y lo sabes. —Me avergüenza reconocer ese hecho—. Debía pagar, y lo hará. Imagino que para ti y tu familia es poco, nada compensará los años que os ha robado.

—No, esos años no se pueden recuperar —asiente, dándome la razón. Me sorprende, porque no parece furioso por la decisión del juez—. Hace unos meses, no hubiera sido suficiente. Hace unas semanas, hubiera apelado el juicio para que se pudriera entre rejas, pero no puedo olvidar que es tu madre, Emma.

Me sorprende su respuesta, doy varios pasos atrás por la intensidad de su mirada. Mi corazón comienza a golpear dentro de mi pecho como si supiera que frente a mí se encuentra su dueño. He luchado, he llorado y maldecido, pero no he podido cambiar el hecho de que siempre le pertenecerá a Ethan Sinclair, lo merezca o no.

—Haz lo que te dé paz —aconsejo, dispuesta a marcharme, esta conversación se está alargando demasiado, y no puedo permitírmelo, todavía no soy lo suficiente fuerte para esto—. Adiós, Ethan.

—No te vayas. —Detengo mis pasos—. Por favor…

Que me suplique me parte por la mitad. Cierro los ojos. ¿Dónde está el odio que sentía por él? Al menos, eso me ayudaba a no flaquear.

—Debo regresar a casa —susurro sin darme la vuelta, si lo hago, si le miro, estaré perdida.

—No te vayas a Londres —aclara, agacho la cabeza, miro mis botas, la nieve que nos rodea—. Emma…

—No sigas —interrumpo con firmeza mientras me giro para encararlo—. Esto no nos hace bien a ninguno de los dos. No comprendo por qué tienes este aspecto, Ethan —replico—. ¿Crees que me han pasado desapercibidas tus ojeras? ¿Que estás más delgado y desmejorado?

—Eso me importa una mierda. —Sonrío, porque esa ya es una respuesta muy de él—. Si estoy así, es porque me estoy consumiendo.

—Pues no lo hagas —espeto—. Vive —exijo—. Ya hemos logrado justicia, aunque sea poca. Ahora solo debes avanzar.

—No sin ti. —Sé que lo dice de verdad, no puedo creerlo—. ¿No lo entiendes? —apremia.

—¡Claro que no! —alzo la voz, asustada por lo que siento—. ¡Maldito seas! —Me acerco a él furiosa—. Me sentenciaste, me diste la espalda —le recuerdo con dolor—. Por lo que no entiendo por qué no eres capaz de continuar con tu vida.

—¡Porque te amo! —brama—. No supe reaccionar, te culpé por imbécil —enumera furioso—. Y eso no cambia el hecho de que eres el amor de mi vida.

Sollozo desgarrada ante el dolor que es palpable en cada palabra que brota de sus labios. Lo peor es que le creo, eso lo hace mucho más doloroso, porque no creo ser capaz de volver a intentarlo, por eso quería poner distancia por el medio.

—No funcionará, Ethan —balbuceo—. No lo hizo la primera vez, ni la segunda, por lo que no creo ser capaz de concederte una tercera.

Corro para alejarme de él, a pesar de escuchar cómo me llama. Rezo para que no me siga, que no me toque, porque me romperé en mil pedazos. En mi mente, esa maldita voz que me hunde en la profundidad más oscura no para de repetirme que se siente culpable y por eso se empeña en decir que me ama.

Camino sin rumbo. Cuando me doy cuenta, miro a mi alrededor, no he salido del maldito parque, pero sí me he adentrado en una zona más oscura y poco transitada. El miedo me invade, otra secuela que me ha dejado el maldito de William. Busco mi teléfono para llamar a alguien, con escuchar una voz será suficiente, recuperaré la calma y podré salir de aquí en busca de un taxi.

No lo encuentro y comienzo a hiperventilar, tiemblo y siento que, a pesar de estar al aire libre, todo se cierne sobre mí.

—Un maldito ataque de pánico ahora no —jadeo, grito cuando una mano se posa sobre mi hombro.

—Tranquila, Emm —me giro para ver a Ethan—. Soy yo.

—¿Por qué me has seguido? —increpo, intentando disipar el miedo—. Casi me matas de un infarto.

—Lo siento —se disculpa sin apartar sus ojos—. Quería estar seguro de que estabas bien. Deja que te lleve a tu casa —dice solícito.

Dudo, pero todavía me siento demasiado asustada y nerviosa como para salir de aquí sola y buscar un taxi. Caminamos en silencio y, en poco tiempo, llegamos hasta su coche. Cuando arranca, un montón de sentimientos se agolpan en mi pecho, porque los recuerdos, esos que me esfuerzo tanto en olvidar, o al menos enterrar en lo más profundo de mi mente, llegan en tropel.

Tiemblo y no creo que sea del frío. Ethan parece darse cuenta, porque sube la calefacción. Miro por la ventanilla en un intento de alejarme mentalmente al menos del hombre que me ha hecho más feliz y desgraciada a la vez en mi vida.

—Gracias por traerme —susurro cuando llegamos a mi casa. La incomodidad es palpable, antaño le hubiera besado, ahora somos completos extraños con un pasado en común—. Adiós, Ethan —me despido por segunda vez esta noche.

Salgo del coche con rapidez. Me detengo para buscar las llaves, tan ensimismada estoy que no me doy cuenta de que también ha bajado hasta que me coge del brazo, me gira y se apodera de mis labios con desesperación. Reacciono tensándome, porque no lo esperaba. Poco después, mi cuerpo parece recordar, porque se relaja entre sus brazos, es cuando baja la intensidad del beso, me acaricia casi con devoción y mi maltrecho corazón da un vuelco en mi pecho.

—Por favor, perdóname —susurra cuando nos separamos en busca de oxígeno, su frente apoyada en la mía, sus brazos rodeándome.

CAPÍTULO 42

Ethan.

No me importa suplicar si eso consigue que no se marche para siempre, sentenciándome a vivir sin mi otra mitad.

Tiembla o, tal vez, lo hacemos los dos. Volver a tenerla entre mis brazos, oler su perfume, acariciar su suave piel, es algo que pensé que no volvería a hacer nunca más. Mantiene los ojos cerrados mientras la observo conteniendo el aliento por temor a que me aleje y vuelva a decirme que no existe una nueva oportunidad para los dos.

—No me hagas esto —susurra al fin—. ¿Eres consciente de que eres la persona que más daño me ha hecho? —pregunta, abriendo sus ojos.

—Lo sé —murmuro, alejándome un poco, preparándome para el nuevo mazazo que está por venir—. Pero te amo, tienes que creerme.

—¿Realmente lo haces? —cuestiona, me tenso molesto—. Habla tu sentimiento de culpabilidad, Ethan. No creo que me hayas amado nunca, ¿deseo, atracción? —pregunta con ironía—. Por supuesto. Ambos sabemos que en la cama no tenemos ningún problema.

—No rebajes lo que hemos vivido —espeto—. Puedo comprender que no queras darme otra oportunidad, que no confíes en mí, pero jamás cuestiones los sentimientos que nos unen.

—Ahora mismo no me gusta nada lo que nos une, Ethan —rebate—. Remordimientos, desconfianza, decepción…

—Joder —espeto aterrado, parece tenerlo tan claro—.Entonces, ¿esto es el final? —pregunto con un nudo en la garganta que no me deja hablar con normalidad.

—No —niega, un rayo de esperanza…—. Lo nuestro acabó el día que me sentenciaste, que dudaste de mí —enumera mientras siento que la tierra se abre bajo mis pies—. Lo hizo cuando colgaste el maldito teléfono sin importarte si moría o no.

—¡Maldita sea! No fue así —grito desesperado—. En cuanto me di cuenta de que ese cabronazo te había secuestrado, puse el manos libres para que la policía lo escuchará —explico apresurado—. Ellos me aconsejaron qué decir, decían que ceder de inmediato a un chantaje era una sentencia de muerte.

—¡Ya me había sentenciado! —me grita de vuelta con lágrimas en los ojos—. Tenía un cuchillo en mi cuello —masculla, temblorosa.

—Lo siento —repito sin saber qué más puedo decir, siento que las palabras ahora suenan vacías, las explicaciones a excusas que me sentencian—. Si pudiera retroceder a ese día, lo haría.

—Te creo —sonríe, a pesar de las lágrimas que empañan sus ojos azules—. Y eso es lo peor, Ethan —añade—. Por eso te suplico que pares, todo es más fácil cuando te comportas como un capullo, este no eres tú.

—Sí lo soy —me defiendo—. Lo soy porque me he dado cuenta de que te pierdo y que no voy a ser capaz de vivir sin ti, Emma. Por favor —me acerco a ella de nuevo, cojo su mano—. Dame una última oportunidad.

Observo el conflicto en su mirada, la desconfianza, el dolor de mi traición. Se suelta muy despacio de mi agarre y se marcha sin decir una palabra mientras me quedo inmóvil viendo cómo se aleja, ¿es bueno su silencio, es malo? No soy capaz de reaccionar lo

suficientemente rápido. Cuando la puerta se cierra, maldigo con rabia por mi estupidez. Aun así, no me muevo hasta que las luces de su apartamento se encienden, y ella se asoma a la ventana, imagino que para asegurarse de que me he ido.

De nuevo, nuestras miradas conectan, a pesar de la distancia que nos separa. Cuando se aleja, sé que nada ha cambiado. Cabizbajo y desanimado, subo a mi coche y conduzco sin rumbo. En el momento en que me doy cuenta, estoy en el bar donde solía ir antes de convertirme en Ethan Sinclair.

—Un *whisky* doble —pido, sentándome en el taburete—. Sin hielo.

—Pero si el gran Sinclair se ha dignado a pisar los bajos fondos —se burla mi antigua amante—. ¿Qué te trae por aquí?

—Melanie —saludo hastiado. Tras tres copas, mi humor no ha mejorado en lo más mínimo—. Tan simpática como siempre…

—¿La pija te ha dejado? —continúa burlándose—. Una pena, aunque, en mi opinión, esa mosquita muerta no era lo suficiente mujer para ti…

—Jamás vuelvas a hablar así de Emma —me encaro a ella furioso, me conoce muy bien, sabe que ha tocado un botón que no debería haber apretado—. Es mi mujer —añado con los dientes apretados por la rabia.

La canción de *Tattoo*, de Loreen, suena de fondo mientras Melanie me mira con los ojos y la boca muy abiertos, no por miedo, imagino que le he sorprendido.

—La amas —asiento mientras sigo bebiendo—. La primera vez que estuvisteis juntos, hace años no le di importancia —parece que habla para sí misma—. Después, vuelve a tu vida o tú a la suya, no lo tengo claro —se ríe—. Ya habías dejado toda esta mierda atrás, pero al menos, tú y yo…

—Nunca hubo un tú y yo, Mel —interrumpo—. Lo que teníamos era sexo, no se compara a lo que siento por Emma.

—Genial, Ethan —masculla mientras da una calada a su cigarro —. Entonces, si amas tanto a la princesita, ¿qué coño haces aquí? ¿No me digas que no has podido explicarle por qué fui a tu casa?

—Han pasado muchas cosas después de eso —mascullo—. ¿No lees la prensa? —pregunto, me mira con ironía, bufo—. La secuestraron.

—No jodas —exclama, incrédula—. ¿La han matado?

—No —replico horrorizado—. Ella cree que le di la espalda, encima la culpé cuando me enteré de que su madre había sido quien orquestó mi secuestro cuando solo era un bebé.

—¿En qué puto nido de víboras os movéis? —pregunta alucinando—. Vamos, que la pija no te perdona que hayas sido un cabronazo —resume, encogiéndose de hombros—. No sé de qué se sorprende —le lanzo una mirada furiosa—. ¿Qué? Lo eres —sentencia.

—Lo sé —asiento al fin, haciéndole una seña al camarero para que me sirva de nuevo—. Deja la maldita botella —se la arrebato de la mano y bebo a morro.

—Muy fino —se carcajea Melanie—. Deberías irte a tu casa, este ya no es tu sitio.

—Ya no tengo una a la que volver —mascullo—. No va a darme otra oportunidad.

—¿Vas a llorar? —pregunta horrorizada—. ¿Qué coño han hecho con el Ethan que conocía?

—Cierra la boca —siseo, continúo bebiendo—. Si no quieres ver a un hombre hacer el ridículo, lárgate.

—Cielo, he visto a muchos hacerlo —se jacta—. Y no hablo de llorar por pijas estiradas. Bebe y desahógate con la buena de Mel…

No sé cuánto tiempo hablo entre balbuceos mientras la chica con la que solía follar sin compromiso me escucha. Por sus gestos, entiendo que le da la razón a Emma, ¿quién no lo haría? Continúo bebiendo, aunque me aconseja que no lo haga, pero lo único que puede dejar de hacerme sentir como una mierda es beber hasta caer desmayado, tal vez, si pierdo la conciencia, todo desaparezca como un mal sueño.

—¿A ver cómo cojones vuelves a tu casa? —exclama, intentando levantarme de mi asiento—. ¿Dónde tienes el móvil? —Su mano se pierde en mis bolsillos—. Bingo, es hora de que la princesa recoja a su príncipe.

Frunzo el ceño sin comprender, pero lo cierto es que me importa poco dónde dormir la mona. Cierro los ojos mientras la escucho hablar con alguien.

CAPÍTULO 43

Emma.

No puedo olvidar su mirada a través de mi ventana, incluso en la distancia he sido capaz de ver el dolor.

—Maldita sea —espeto—. No debería sentirme mal, todo es su culpa, no mía.

Mi teléfono suena y descuelgo sin mirar de quién se trata, escucho música de fondo, frunzo el ceño de inmediato.

—No cuelgues. —Una voz femenina que me suena, pero que no logro poner cara—. Tienes que venir a por Ethan.

—¿Quién eres? —pregunto, desconfiada—. ¿Y por qué debería hacer algo por él?

—Soy Melanie. —Un fogonazo de celos me recorre, me levanto del sofá como un resorte—. Y vas a venir, porque es tu hombre y le amas tanto como él a ti. Así que mueve ese culo esquelético hasta aquí —me ordena como si fuera un sargento del ejército.

—Mira, bonita —escupo, furiosa—, tú a mí no me das órdenes. Pásame a Ethan —exijo de vuelta.

—No puede hablar —gruño, perdiendo la paciencia—. Se ha bebido casi tres botellas de *whisky*, y créeme, pija —se burla—, este no es como el que soléis beber en vuestras casas.

—Me llamo Emma —siseo entre dientes—. Pásame la maldita dirección.

Cuelgo para vestirme de nuevo con rapidez. Una vez me envía la dirección, llamo a un taxi que, veinte minutos después, me deja frente a un antro de mala muerte. Hago un mohín sin poder evitarlo. Veo a la morena con curvas en la puerta mientras intenta sostener a Ethan. Corro hacia ellos cuando me doy cuenta de que no exageraba.

—¿Por qué no has llamado a una ambulancia? —pregunto asustada cuando ni si quiera me responde—. ¿Sabes lo que es un coma etílico?

—Los he visto peores —rebate, ayudándome a llevarlo hasta el taxi que me espera gracias a una generosa propina que tendré que darle—. Cuida de él —dice, mirándonos ya dentro del coche—. Por favor.

Cierra la puerta y se aleja sin mirar atrás. Mientras el coche vuelve a ponerse en marcha, me doy cuenta de que está enamorada de Ethan. Le miro, a mi lado, inconsciente y apestando a alcohol. No puedo evitar preguntarme por qué ha llegado a beber de esta manera, me siento responsable. Mi mano acaricia su mejilla sin afeitar, deleitándome con su tacto. Se remueve inquieto por primera vez.

—Perdóname, Emm —balbucea—. Te amo tanto que duele…

Muerdo mi labio inferior para tragarme las lágrimas y hago lo que me muero por hacer desde que nos hemos visto hace unas horas. Le beso, aunque no pueda sentirlo. Me abrazo a él y cierro los ojos sabiendo que he perdido la batalla contra el orgullo y el miedo.

—Gracias —le agradezco al conductor mientras lucho por sacarlo del taxi—. Vamos, Ethan, ayúdame un poco —le pido, entrando en mi edificio y luchando por encontrar las llaves—. Si vuelves a beber tanto, pienso matarte —siseo ya en el ascensor.

—¿Emma? —entreabre los ojos—. ¿Qué haces aquí?

—Cierra el pico —espeto.

Una vez en mi apartamento, lo llevo hasta mi dormitorio, lo siento en la cama, pero se cae hacia atrás, intento desnudarlo, trago saliva cuando lo dejo solo con unos bóxer negros que no deja nada a la imaginación.

—Nena, si quieres jugar, no estoy para muchos trotes —balbucea alzando la cabeza del colchón.

—En tus sueños, Sinclair —replico, levantándome—. ¿Creías que te la iba a chupar?

—No estaría mal, la verdad —se ríe, ahora parece algo más despejado—. Yo lo haría por ti —acusa con esa sonrisa canalla capaz de hacerme arder.

—Mueve el culo hasta la ducha —exijo mientras tiro de su mano —. Ethan, hablo en serio —replico—. No vas a dormir en mi cama apestando a alcohol.

Eso parece espabilarlo lo suficiente como para caminar dando trompicones. Le sigo por si se cae, pero aparto la mirada azorada cuando se quita los calzoncillos y se mete en la ducha sin esperar que el agua salga caliente. Me río cuando maldice.

—¿Te hace gracia? —pregunta, mirándome—. Creo que me estoy mareando… —trastabilla, y corro hasta él—. Te tengo.

Grito cuando me mete en la ducha, al menos, el agua ya está caliente, pero mi camiseta blanca se pega a mis pechos que, sin sujetador, se trasparentan. Intento cubrirme, pero me lo impide, me observa como hipnotizado. Me siento arder, el deseo comienza a apoderarse de mí y no creo tener la fuerza necesaria para seguir apartándolo.

—No me detengas —murmura contra mis labios mientras sus manos comienzan a desnudarme con lentitud, como si estuviera

dándome el tiempo de decidir lo que quiero que ocurra entre los dos —. Te deseo tanto que duele —masculla ahora contra mi cuello mientras acuna mis pechos, haciéndome gemir.

Desnuda entre sus brazos, me dejo guiar por el deseo. Cuando se agacha ante mí y su lengua se pierde entre mis pliegues, grito presa de un placer inimaginable. Mis manos arañan la pared de azulejos y mis piernas tiemblan por el orgasmo que me proporciona. Se incorpora besándome. Mi sabor todavía en sus labios. Me coge por las nalgas y rodeo con mis piernas sus caderas en el momento exacto en el que entra en mí de un empellón certero.

—Estoy en casa —jadea contra mi clavícula, sin moverse—. Podría morir ahora mismo y lo haría en paz.

—No digas eso —le pido al tiempo que mis manos se pierden en su cabello y mis caderas se mueven por instinto—. Muévete —le pido mientras me observa con sus ojos oscurecidos.

Me obedece sin dejar de observarme, le veo apretar sus dientes con cada estocada, le escucho gemir cuando el placer es demasiado intenso, y yo me pierdo por completo. Grito su nombre mientras sigue bombeando en mi interior unas cuantas veces más hasta que siento cómo estalla, gimiendo el mío.

—No me dejes —suplica, ahora mirándome aterrado mientras todavía sigue en mi interior—. Emma, por favor.

Odio en lo que le he convertido. Es el momento de poner un punto y final a esto, para bien o para mal. Le tiendo mi mano y salimos, nos secamos, él no me quita ojo, no nos molestamos siquiera en vestirnos. Me meto en la cama y me sigue. De inmediato, me rodea con sus brazos, no puedo evitar llorar.

—No llores —susurra—. Si no quieres esto, me voy —hace el amago de levantarse, pero lo detengo aterrada ante ese hecho, me mira interrogante—. Emma, no quiero que seas infeliz…

—No quiero que te vayas —respondo—. Lo siento, no sé qué me pasa.

Sin decir nada, vuelve a abrazarme, apoyo mi rostro en su pecho y juego con el suave vello de sus pectorales hasta que comienzo a dormirme. Su respiración acompasada me deja saber que él ya lo ha hecho y, por primera vez en mucho tiempo, me abandono en los brazos de Morfeo sin sufrir pesadillas.

◆ ◆ ◆

Me despierta el olor a café, miro el lado de la cama que debería estar ocupado por Ethan para encontrarlo vacío. Recuerdo todo lo sucedido anoche y las dudas vuelven a asaltarme, ¿seremos capaces de olvidar? ¿De seguir adelante obviando la sombra de lo que hizo mi madre?

—Estás despierta. —Miro hacia la puerta para ver a Ethan con una bandeja en sus manos, se queda inmóvil cuando nuestras miradas se encuentran—. Dime que no te arrepientes.

—No me arrepiento. —Es hora de ser sincera, esconderme o huir ya no es una opción, le veo suspirar mientras deja la bandeja sobre la cama. Me doy cuenta de que ha hecho un desayuno muy completo—. Y, aun así, no puedo evitar tener miedo.

—Lo comprendo —asiente mientras se sienta a mi lado—. Déjame demostrarte que ya no hay nada que temer, pienso hacerte la mujer más feliz del mundo, lo prometo.

—No vuelvas a hacerme daño —le pido emocionada, con el corazón latiendo a mil por hora, me abraza con fuerza mientras escondo mi rostro en su pecho, aspirando su olor—. ¿Crees que lo lograremos?

Alzo la mirada para encontrar la suya que ahora parece brillar con firme propósito. Su sonrisa cálida me envuelve como sus brazos, me besa casi con reverencia. Al separarnos de nuevo, le devuelvo la sonrisa y nos quedamos abrazados, dejando pasar el tiempo,

disfrutando de la compañía del otro. Al fin, he dejado de sentirme incompleta.

—Claro que lo haremos —sentencia—. Seremos inmensamente felices, Emma. Por cierto, no vuelvas a cortarte el pelo —amonesta, haciéndome estallar en carcajadas.

EPÍLOGO.

Ethan Sinclair.

Un año después…

—¿Cómo que lo vamos a echar a suertes? —pregunta mi hermano Anthony ofendido—. A ver, vamos a calmarnos —dice, sentándose—. Sé que tengo un pie en el otro barrio, y por eso mismo yo debería ser el padrino de tu primer hijo.

—¿No te das cuenta de que cada vez que bromeas con eso nos haces daño? —pregunta mi mujer—. Para nosotros, tu enfermedad no es ninguna broma, Anthony.

—Por fin alguien se lo dice —aplaude Alexander—. Has tardado años, Emm.

—No estoy bromeando —se defiende, le miro enfadado—. Es una maldita realidad, mi corazón es una bomba que no sé cuándo va a explotar.

—¿Podemos dejar de hablar de la muerte? —pregunta Emma—. Se supone que es el día donde decidimos quién será el padrino de mi hija. —Se cruza de brazos—. Ethan, dile algo —exige.

—Hermano —amonesto, dándole una colleja, se queja mirándome malhumorado—. Los dos queréis ser el padrino, y como no os ponéis de acuerdo…

—Que sea Anthony —intercede Alex, todos lo miramos sorprendidos—. Pero no tardéis en darme más sobrinos —señala con el dedo.

—Si tanto te gustan, empieza tú —exclama nuestro hermano pequeño—. Al menos, puedes follar sin miedo a sufrir un infarto.

—Joder —mascullo, perdiendo la paciencia—. Basta. ¿Quieres ser el padrino de Gisele? Pues compórtate como tal.

—No me lo puedo creer —exclama—. ¡Lo he conseguido! —Sale del salón en busca de mis padres como si le hubieran hecho el mayor regalo del mundo.

—Sé por qué lo has hecho. —Miro a mi esposa, que habla con Alex, cabizbajo, ni siquiera se inmuta ante sus palabras—. Piensas igual que él, crees que no vivirá mucho…

—¿Podéis dejar el tema? —Se me revuelven las tripas al pensarlo—. Se supone que debe ser un día feliz.

Emma se acerca y me abraza, le devuelvo el gesto. Mi mano se dirige hacia su vientre de cinco meses. La gente puede pensar que todo ha sucedido demasiado rápido entre nosotros, de hecho, nuestros padres así lo creen, pero nosotros nos hemos dejado llevar por lo que sentimos. El amor que nos une es tan fuerte que ha sido capaz de ayudarnos a superar lo que muchos no hubieran podido, y no hay día en el que agradezca al cielo por no haberme rendido, por escuchar a mi suegro y mi hermano cada vez que me decían lo estúpido que estaba siendo. ¿Fue fácil? Por supuesto que no. Los primeros días, incluso semanas, fueron algo confusas. Ambos andábamos con pies de plomo con el otro, sobre todo, yo, porque había sido el culpable de todos nuestros problemas desde el principio. Sin embargo, la paciencia en lo que respecta a la mujer que tengo entre mis brazos nunca ha sido mi fuerte, y tres meses después, le pedía matrimonio en el mismo parque donde la encontré aquella noche en la que logré recuperarla. Fue una boda íntima, muy sencilla, a pesar de que mi madre puso el grito en el cielo, ya que,

según ella, se casaba su primogénito, el heredero de los Sinclair. Sin embargo, ninguno de los dos dimos nuestro brazo a torcer y ahora, observando la foto que adorna la repisa de la chimenea del salón de mis padres, donde una Emma sonriente parece devolverme la mirada, no puedo más que sentirme afortunado.

—Salimos guapos, ¿verdad? —pregunta al darse cuenta de que miro nuestra foto de boda—. Gracias. —Agacho la mirada para observarla.

—¿Por qué? —pregunto, extrañado.

—Por cumplir tu palabra. —Sonrío y la beso—. Por hacerme feliz día tras día.

—Las gracias debería dártelas yo a ti, ¿no crees? —cuestiono—. Después de todo, tú fuiste la valiente al confiar en mí de nuevo…

—Las gracias me las tendríais que dar a mí —interrumpe Alexander desde el sillón—. Tú te habías rendido —señala—. Y ella estaba acojonada.

—Vaya, muchas gracias por la parte que me toca —masculla ofendida—. Eres todo tacto. Como abogado, te vas a lucir.

—Lo sé —se jacta—. No lo dudes, Rubia. Os dejo solos, tanto amor me pone los pelos de punta…

—Ya caerás —le grito mientras me enseña el dedo medio—. Voy a disfrutarlo muchísimo.

Emma se ríe todavía entre mis brazos. Acaricio su cabello ahora que ha crecido un poco. Cada vez que la veo, es un recordatorio constante del daño que le hice, le pido perdón en cualquier momento, incluso ha llegado un punto en el que se enfada, porque dice que ya me ha perdonado, el problema es que yo no lo he hecho, no soy capaz de perdonarme a mí mismo.

—Deja de flagelarte —masculla, acariciando mi pecho sobre la camisa—. ¿Piensas pasarte los próximos cincuenta años haciéndolo?

—cuestiona.

—Sí —asiento con seriedad, me mira sorprendida, imagino que no esperaba la respuesta—. Ambos sabemos que lo que hice fue…

Se alza de puntillas para besarme y así hacerme callar. Me pierdo en su sabor. Mis manos bajan de sus caderas hasta su trasero, la escucho gemir y eso me enciende de inmediato.

—¿Por qué no nos vamos a casa? —pregunto con la voz enronquecida por el deseo—. Ya hemos decidido quién será el padrino, así que…

—Hemos venido a comer con tus padres —musita jadeante.

—A la mierda —le digo cuando mi erección se estremece—. Creo que lo entenderán.

La cojo de la mano y tiro de ella, me despido de mis padres gritando que nos tenemos que ir. Emma ríe mientras cruzamos la calle y entramos en la casa nueva que compramos en cuanto supimos que Gisele venía en camino.

—¿Te has vuelto loco? —pregunta cuando la cojo en brazos y subo las escaleras hasta nuestra habitación—. ¿Qué van a pensar…?

—Que me muero por hacerle el amor a mi mujer —respondo, tumbándola con cuidado sobre la cama.

La observo mientras me desnudo. Siempre ha sido hermosa, pero el embarazo le confiere una luminosidad distinta, saber que en su interior crece una personita creada por los dos es un sentimiento indescriptible. Me recreo mientras le quito la ropa con lentitud, adorando cada palmo de piel que tengo a mano. Ella se estremece impaciente. Cuando no puedo más, me tumbo y la insto a que me monte, lo hace con una sonrisa de lo más *sexy* capaz de encender mi sangre.

—Cabalga, vaquera —murmuro mientras mis manos amasan sus pechos, siseo cuando me voy adentrando en su calor—. Joder,

sigues tan estrecha…

No vuelvo a hablar, porque no soy capaz de decir nada coherente. Comienza a moverse sobre mí, buscando su propio placer, aumentando el mío, verla gritar con cada estocada, tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no correrme antes de tiempo. Lo hacemos los dos a la vez y, cuando se deja caer exhausta sobre mí, la abrazo mientras ambos recuperamos la respiración.

—Te amo —susurro, acariciando su espalda, besa mi pecho sudoroso—. Te amo más que a mi vida, no lo olvides jamás.

—Yo también te amo —dice, alzando su rostro sonrojado—. Por tu culpa, no he comido —amonesta risueña—. ¿Qué piensas hacer para remediarlo, marido?

Le devuelvo la sonrisa, sintiéndome el hombre más feliz del mundo. Si hace cuatro años me hubieran dicho que iba a estar casado, a la espera de mi primera hija y siendo el heredero de una de las familias más ricas del país, me hubiera reído en su cara.

—Pediré algo de comer —resuelvo, se carcajea mientras se aleja, gruño molesto—. ¿Dónde vas?

—Al baño —responde—. Mientras me doy una ducha, pide algo…

—Emma —se detiene y me mira sobre su hombro—. Te quiero.

Rueda los ojos, me manda un beso y cierra la puerta del baño. Me levanto de la cama y obedezco a mi esposa, hambrienta puede ser temible. Unos diez minutos después, baja a la cocina solo con una bata de color rosado que deja poco a la imaginación. Relamo mis labios, preguntándome si alguna vez tendré suficiente de ella. Mientras se sienta a la espera de la comida, la observo, me acerco y la beso en la frente. Ella suspira para después apoyarse en mi pecho. ¿Hay algo mejor que esto? No. No lo creo.

Deseo vivir en esta nube todos los días de mi vida, junto a ella, junto a mi Ninfa.

FIN.

AGRADECIMIENTOS.

Poner punto y final a esta historia no ha sido fácil.

El mayor de los Sinclair ha sido un capullo cabezota la gran parte del libro, ¿verdad? Para mí, escribir romance contemporáneo significa salir de mi zona de confort, por lo que espero de todo corazón que os haya gustado, que hayáis disfrutado un ratito con las locuras que llegan a mi cabeza y, lo más importante, que le deis una oportunidad a Alexander y a Anthony.

Los mellizos Sinclair llegarán pisando fuerte, no lo dudéis. Mientras tanto, recordad que tanto como Jane Mackenna o como Jeanne Parker siempre me dejaré llevar por el amor y los finales felices, porque no lo concibo de otro modo.

Gracias por estar siempre ahí, por apoyarme en cada uno de mis proyectos. Este viaje no sería lo mismo sin vosotras. Agradezco la paciencia infinita con la que esperáis cada publicación, la oportunidad que me dais de entrar en vuestras vidas, aunque sea por un breve lapso de tiempo. Sois las mejores, nunca me cansaré de decirlo.

Esperad la próxima aventura, por favor…

Jeanne Parker.